

CUERPOS EN ESCENA

Materialidad y cuerpo sexuado en Judith Butler y Beatriz Preciado.

MARTIN A DE MAURO.

Cita:

MARTIN A DE MAURO (2014). *CUERPOS EN ESCENA Materialidad y cuerpo sexuado en Judith Butler y Beatriz Preciado* (Tesis de Licenciatura). ESCUELA DE FILOSOFIA ; FACULTAD DE FILOSOFIA Y HUMANIDADES ; UNIVERSIDAD NACIONAL DE CORDOBA.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/martindemauro/106>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/pdggf/g1H>



UNIVERSIDAD NACIONAL DE CÓRDOBA

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y HUMANIDADES

ESCUELA DE FILOSOFÍA

CUERPOS EN ESCENA

Materialidad y cuerpo sexuado en Judith Butler y Beatriz Preciado

Martín Adrián De Mauro Rucovsky

Director: Eduardo Mattio

Co-director: Mauro Cabral

Córdoba 28 de Marzo de 2014

Dedicatoria

Este trabajo de investigación, como todos, no tiene un único autor. Hay por supuesto, un “individuo” que lo escribió, que figura en su tapa. Pero a un libro lo hacen posible muchas personas, durante muchos años. Seres que escuchan, que leen, que aconsejan, que aman, que demasiado frecuentemente tienen que soportar a su “autor”- y que, por lo tanto, no son meros coautores: son los afectos y las inteligencias sin los cuales ninguna empresa intelectual, por más modesta que sea, tendría sentido.

Eduardo Grüner, El fin de las pequeñas historias

Exhumar el pasado, aquellos parientes, paisanos, liberales antifascistas, judíos laicos y comunistas (Tío Ruben, el Petizo Parischewsky, Francisco Pablo De Mauro, Moises Rucovsky y Carlos Kanarek). Por aquellos fantasmas de justicia e igualdad.

Al futuro por venir, aquello que adviene al mundo, lo nuevo conjugado en tiempo presente, con toda su carga metafísica: un niñx que nace, futuro sobrinx

(Colorado Emi y Romi la papa).

A Chinita Noy quien me acompaña a diario, quien sostiene las alegrías y obsesiones cotidianas. Al amor confeso que le tengo.

Para Anton y la cuca Whitney Houston

Last but not least, aquellxs que formaron parte del Frente Nacional por la Ley de identidad de género, a Eduardo Mattio por su paciencia monástica y su generosidad continua, a Mauro Cabral por mantener la pasión crítica y el trabajo conceptual militante. Y a Juana la chony Gerber, por sus knishes, aquel cuidado repertorio gastronómico y sus modos de ampliar lo doméstico. A Lilova por su arte, limadura y espíritu libertario. Adriana Renee, Mario Adolfo, Sofina Gabriela. A Célica G. Di Ronco y todxs los que me conocen

TABLA DE MATERIAS

-ÍNDICE-

0. INTRODUCCIÓN: Puesta en escena	4
1. ACTO PRIMERO: TEATRO Y DRAMA EN JUDITH BUTLER.	9
2. ACTO SEGUNDO: EL GÉNERO COMO PROBLEMA.	49
3. ACTO TERCERO: MUTILACIONES, PRÓTESIS Y CYBORGS EN BEATRIZ PRECIADO	92
4. ACTO CUARTO: ¿LOS LÍMITES DE LA CARNE COINCIDEN CON LOS LÍMITES DEL CUERPO?	129
5. BIBLIOGRAFÍA	146

0. INTRODUCCIÓN: PUESTA EN ESCENA

Elevar el propio pensamiento hasta el nivel del enojo.

Elevar el propio enojo hasta el nivel de una tarea

Georges Didi-Huberman, *Desconfiar de las imágenes*

¿Qué tal si pudieras borrar de tu mente que has visto un cuerpo humano y luego vieras uno?

Imagínate que extraño se vería, este raro y desgarrado, ...incomodo organismo, y pensarías...

...¿por qué están estas partes donde están?

Spike Jonze, *Her* (2013)

Cada parte de su cuerpo existía tomando en consideración a la que la continuaba.

Recordé mi Nietzsche: "tu cuerpo no dice 'yo' más actúa como Yo".

Jorge Baron Biza, *El desierto y su semilla*

¿Cómo ha llegado el cuerpo a convertirse en un objeto de investigación filosófica? Parece especialmente legítimo planteárselo, en una tradición filosófica dominada por el cartesianismo y su reverberancia racionalista, donde todo contribuye a conferirle un estatus menor y un papel secundario, al menos hasta finales del siglo XIX. Hasta aquí el interrogante se mantiene, pero queda la evidencia, la de un *cambio fundamental*. No obstante tal menosprecio conceptual, en el momento del cambio de siglo, la relación entre el sujeto y su cuerpo empieza a definirse en otros términos. La singularidad de su presencia a lo largo del siglo XX delimitan una evidencia, efectivamente "el siglo XX ha inventado teóricamente el cuerpo" (Courtine, 2006:21) y esto no ocurre sino a partir de *mutaciones de la mirada*: nunca antes el organismo había sido penetrado como va a serlo por las tecnologías de visualización médica, nunca antes el cuerpo íntimo, sexuado, había

conocido una sobreexposición tan obsesiva, la suma incalculable de imágenes de los sufrimientos infringidos por la guerra, los genocidios y las distintas tragedias sangrientas de las violencias del siglo, y finalmente, los placeres que se ofrecen a la mirada desde las imágenes, las pantallas, los escenarios y las tribunas revelan una parte del complejo proceso de las mutaciones actuales del cuerpo sexuado.

Si situáramos ahora estos rasgos generales de la filosofía del siglo XX según la caracterización sumarisima que hemos hecho de ella, deberíamos anotar la centralidad que ha cobrado la reflexión sobre el lenguaje. Aquel paradigma que efectivamente dio preeminencia al lenguaje se denominó “giro lingüístico” y fue elaborado, en gran medida, en la filosofía francesa¹, por lo que se llamó “postestructuralismo”. Analizado el lenguaje desde el punto de vista de su “historicidad irreductible” ya no se tratará entonces de la estructura del lenguaje sino más bien de esos actos de habla que llamaremos “discursos” o “textos”. Todo lo que puede ser pensado se deja pensar únicamente a través de la mediación lingüística de un acto de habla singular, como texto o como discurso. Llegados a este punto, retomemos un problema general con el cual el abordaje sobre los modos corporales se debe confrontar: bajo el precepto de “todo es discurso” o “todo es un texto” ¿qué pasa con el cuerpo?, ¿Cómo pensar entonces la relación de un texto con su contexto, de un discurso con las condiciones materiales de su producción?. ¿Cuál sería, entonces, la relación del discurso con lo que no es discurso y que, sin embargo, le sirve de soporte y emplazamiento? “¿Qué decir de la violencia y el daño corporal?, “¿hay en el posestructuralismo alguna materia que importa?” (Butler,2002: 54). Al hablar de “mediación lingüística” estamos ya señalando el índice de un problema, ¿acaso se trata de la disolución de toda materialidad y modos corporales bajo lo discursivo o lo textual?.

En lo siguiente, retomaremos un problema general apenas esbozado, que se refiere a la materialidad del cuerpo sexuado e indagaremos algunos principios de acercamiento que

¹ En el panorama de la filosofía francesa: “ese pensamiento debe gran parte de sus movimientos a los análisis arqueológico-genealógicos de Michel Foucault que elaboran -no sin alteraciones, tanteos y virajes- una específica noción de «discurso» y a la escritura deconstructiva de Jacques Derrida que intenta realizar un desplazamiento en la noción tradicional de «texto»” (Romanutti, 2011: 4).

pueden estar señalados en lo dicho y escrito por Judith Butler y Beatriz Preciado. El presente recorrido se propone delinear las operaciones analíticas y conceptuales que en principio oponen la teoría performativa del género de Judith Butler (en sus distintas versiones) con la teoría de incorporaciones prostéticas y cuerpos híbridos de Beatriz Preciado. La tarea de recuperación de la materialidad y del cuerpo sexuado, su hechura, densidad y composición específica es el eje central que estructura y opone ambas cajas de herramientas. Para ser más específicos, el *diferendo* entre ambas perspectivas analíticas se dirime alrededor del *constructivismo* que Beatriz Preciado atribuye (tardíamente) a la teoría performativa del género de Judith Butler. Y existen buenas razones para creer que el *diferendo* Preciado-Butler se fundamenta también en torno a la *cuestión de la (bio)tecnología* en el cambio de escala que cada análisis propone.

Según veremos en los capítulos precedentes, en las distintas versiones de la teoría performativa del género que Butler desarrolla, no solo ésta da cuenta del presunto constructivismo del género (que conllevaría a posturas idealistas o de reducción lingüística de toda materialidad) sino que además la caja de herramientas butleriana mantiene un nivel de generalidad conceptual que resulta complementario al planteo (más específico y local) de Preciado. Y esto ocurre por dos motivos centrales: por un lado Butler desarrolla una primera versión de la teoría performativa y de la identidad performativa (en distintos escritos iniciales -1986,1988 y 1989- que luego retoma de modo sistemático en *El género en disputa* de 1990) que no es incluida en el articulado crítico de Preciado. Allí Butler mantiene una noción de materialidad del cuerpo ligada a la noción de actuación o gestos corporales que no se vincula directamente a la teoría del discurso y por ello responde, al menos parcialmente, a la crítica de Preciado. Y por otro lado, Butler desarrolla también una segunda versión de la teoría performativa del género (en *Cuerpos que importan* de 1993) más cercana a la teoría del discurso y en especial, a la lectura derrideana de la teoría de los actos de habla, que en sus propios términos puede dar respuestas a las críticas planteadas por Preciado. En particular, Butler propone concebir al género como una *matriz iterativa de subjetivación* cuyo producto central es la misma diferencia sexual, su materialización como cuerpo sexuado, su materialización como naturaleza. De manera

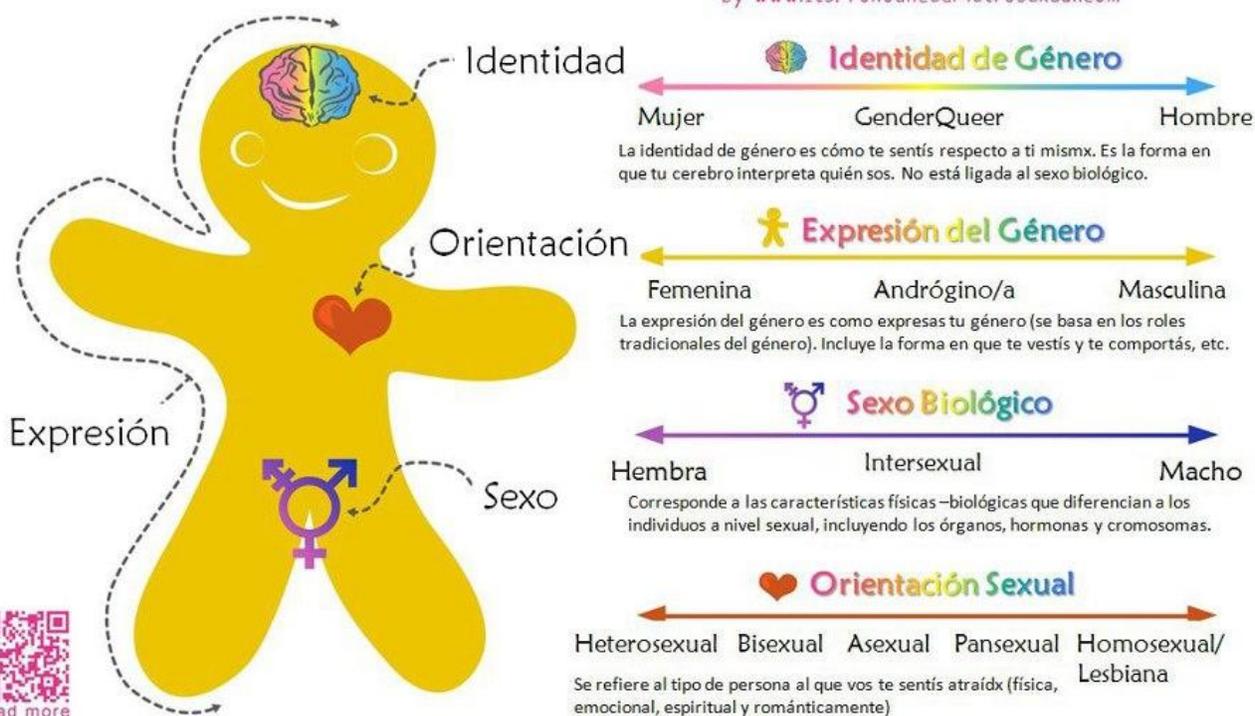
general, el sexo siempre se produce como una reiteración de normas hegemónicas. Es a través de tales normas (repetidas y citadas, de ahí su fuerza de ley: se las producen mediante la cita como aquello que precede y excede) que uno se vuelve un cuerpo sexuado y generizado. Y en la medida en que dicha citación normativa se reitera como una convención ritual (sedimentada temporalmente), estos cuerpos sexuados se colocan dentro de una esfera de inteligibilidad cultural para constituir e identificar un sujeto viable. En efecto, dicha matriz de inteligibilidad no se opone a la teoría de incorporación prostética o del “materialismo tecnológico fisicalista” (Da Rocha, 2012) de Preciado sino que, según ampliaremos, es posible su complementación y encastre conceptual mutuo (al menos en distintas escalas de análisis).

Hemos partido del esbozo de una amplia caracterización de la filosofía del siglo XX a partir de las transformaciones operadas en ella al haber asumido el cuerpo y el lenguaje no sólo como objeto marginal de estudio, sino como elementos centrales. Ello nos trajo hasta el problema de las relaciones entre discurso y texto con la materialidad del cuerpo: cuestión que interroga, de algún modo, por los límites en las cuales se inscriben las prácticas discursivas y en relación con esta problemática, la incidencia que tiene el constructivismo. El presente trabajo se despliega como una tentativa de volver a pensar y situar filosóficamente las coordenadas de esa área problemática, desde las cajas de herramientas que Judith Butler y Beatriz Preciado desarrollan. Para ello partiremos de una reconstrucción de la primera versión de la teoría performativa del género delineada por Judith Butler, en una serie de escritos poco considerados en su habitual interpretación. En el capítulo siguiente presentaremos la sistematización que Butler realiza de estos escritos inaugurales, en su obra más canonizada y difundida, *El género en disputa* y luego ampliaremos, en el mismo capítulo, sobre la segunda versión de la teoría performativa que Butler despliega en *Cuerpos que Importan*. En una tercera instancia, reconstruiremos el planteo de Preciado alrededor de la materialidad del cuerpo sexuado, las fuentes y tradiciones que la inspiran y ésta interpreta. Una vez esbozado esto, plantearemos la peculiar teoría de incorporación prostética del género de Preciado en contraste con la teoría performativa del género. Finalmente, plantearemos la cuestión de la equiparación

analítica de una y otra teoría alrededor de un interrogante ético-metodológico, a saber, aquel ejemplo paradigmático que ambas cajas de herramientas mantienen como objeto colonizable: la *drag queen* en Butler y la trans en Preciado. Sugeriremos entonces el diferente modo en que Butler y Preciado despliegan sus respectivas cajas de herramientas, en distintas escalas de análisis y sobre objetos analíticos similares pero no idénticos, para pensar la potencia que todavía puede haber en el discurso en torno a las corporalidades y las sexualidades.

Aprendamos sobre sexualidad

by www.ItsPronouncedMetrosexual.com



1. ACTO PRIMERO: TEATRO Y DRAMA EN JUDITH BUTLER

Bien puedo irme al fin del mundo, bien puedo esconderme por la mañana bajo mis mantas, hacerme tan pequeño como pueda, puedo dejarme derretir al sol en la playa, él siempre estará allí donde yo estoy. Él está aquí, irreparablemente, nunca en otro lugar. Mi cuerpo es lo contrario de una utopía, eso que nunca está bajo otro cielo. Él es el lugar absoluto, el pequeño fragmento de espacio con el cual, en sentido estricto, hago cuerpo. Mi cuerpo, topía despiadada.

Michel Foucault, *El cuerpo utópico*

1.1 Contexto de gestación

El necesario punto de partida, para aproximarnos al recorrido conceptual de los capítulos sucesivos, lo constituye el recorrido conceptual de la pensadora norteamericana Judith Butler.

Con anterioridad a la publicación de *Gender Trouble* (1990), podemos rastrear en una serie de textos algunas de sus concepciones sobre el género, el cuerpo generizado y su particular revisión crítica de la orientación fenomenológica sobre los cuerpos. Este *corpus* de escritos, que adquiere poca relevancia en la tradicional interpretación de la obra butleriana, constituye una etapa intermedia en la producción teórica de la pensadora norteamericana. Dichas consideraciones analíticas prefiguran una tonalidad de pensamiento que podemos ubicar entre la presentación de su tesis doctoral *Subjects of Desire: Hegelian Reflections in Twentieth-Century France* en 1984 y la publicación de *El género en disputa* en 1990, quizás la más conocida de sus obras y la que mayor repercusión académica e internacional le ha proporcionado. Este *corpus* pocas veces ha sido incorporado en el análisis de su posterior teoría performativa del género y según veremos, tampoco es considerada por el análisis crítico de Beatriz Preciado.

Desde el inicio de este recorrido conceptual, la preocupación por el cuerpo generizado está alentada por su potencialidad feminista y tal utilidad para la teoría del género se la proporciona antes que nada, y sobre todo, la recuperación de Simone De Beauvoir. A

partir de Beauvoir, particularmente de *El segundo sexo*, Butler desarrollará algunos aspectos de su propia concepción del cuerpo generizado sobre los que volverá ampliándolos y recreándolos, en sus trabajos sucesivos.

Partiendo del planteo contenido en De Beauvoir, Butler confrontará algunos elementos de la teoría de Jean Paul Sartre con Maurice Merleau-Ponty; sobre este último nos abocaremos más detalladamente, dada su importancia conceptual sobre la teorización butleriana.

1.2 Del cuerpo natural al cuerpo generizado

Uno de los textos centrales en los que indagaré analíticamente sobre la obra de Simone De Beauvoir se intitula “Variations on Sex and Gender: Beauvoir, Wittig, Foucault” y fue publicado en 1986. Tomando como puntapié inicial el *dictum* aparentemente sencillo «No se nace mujer: llega una a serlo», Butler encontrará distintos matices y niveles de sentido a dilucidar.

En ese *dictum* Butler localiza y rastrea una distinción fundamental entre sexo y género que, sin embargo Beauvoir no desarrolla explícitamente. Si el ser mujer no es un producto distintivo del acto de nacer («no se nace mujer») o un mero dato anatómico y biológico que puede constatarse, sino que ser mujer es un proceso transitivo de “llegar a ser”, entonces lo que finalmente nos hace mujer u hombre es un transcurrir hacia *algo más* que el nacer en determinado sexo. El sexo entendido como dato físico constatable no es determinante para ser mujer o ser hombre. Más bien, el ser mujer u hombre es un proceso de “llegar a ser” un género. Y esto indica en la formulación de Beauvoir, conforme a la interpretación de Butler, dos aspectos relevantes: el género concebido como transcurrir (“llegar a ser”) supone que no hay algo naturalmente dado (sexo físico) sino un conjunto de mediaciones y de valoraciones de sentido instauradas social e históricamente en el género. Y además la formulación de Beauvoir afirma la no coincidencia entre los dos elementos del *dictum*, vale recordar, el *nacer* (en una anatomía sexual) y el *llegar a ser* (una identidad de género). La separación de géneros (masculinos o femeninos), los valores o disvalores adscriptos a ellos y sus respectivos lugares en la sociedad son el producto de

la interpretación histórica y cultural de esos rasgos biológicos. En palabras de Butler “la interpretación cultural de los atributos sexuales es distinguida de la facticidad o simple existencia de esos atributos” (1986b:303). Entonces, no es posible postular un comportamiento de género dotado de verdad puesto que tampoco hay un modo natural y correcto de asumir el género. Más aún, la relación entre los términos no presupone un vínculo de rango ontológico entre los géneros y los cuerpos anatómicamente naturales.

De acuerdo a la lectura de Butler, no sólo el sexo y el género se separan distintivamente, poniendo en jaque la *tradicional conexión causal* sexo-género y la correspondiente jerarquización en lo biológico del rol subordinado de la mujer. «El llegar a ser» supone una importante contribución que señala la *indeterminación de la relación* entre sexo y género. Tener un cuerpo, el cual identificamos como macho o hembra, y «llegar a ser» mujer son modos distintos de ser. El pasaje del sexo al género no reconoce un punto definitivo de llegada. Esto sucede “porque lo que llegamos a ser [no coincide] con lo que somos ya” (Butler, 1986b:303). Un cuerpo de hombre, anatómicamente clasificado como tal (macho), por ejemplo, bien podría adquirir el género “mujer” (femenino), ya que, como comentamos, no se es mujer desde el nacimiento; y porque lo que llegamos a ser es un espacio, al menos indeterminado, es decir, resultamos diferentes a lo que ya somos.

Por lo demás, «el llegar a ser» será motivo para plantear otra serie de argumentaciones. El lema beaivoriano contiene una ambigüedad constitutiva: “no sólo estamos contruidos culturalmente sino que en cierto sentido nos construimos a nosotros mismos” (Butler, 1986b:303). La adquisición de un género instituye una ambivalencia: parece que se trata de una cuestión de elección voluntaria, al mismo tiempo que de una determinación cultural. Si se considera que «el llegar a ser» significa un conjunto de actos deliberados y electivos, ¿qué le ocurre entonces a la definición de género como una interpretación cultural del sexo?. De este modo, Butler contextualizará al citado «llegar a ser un género» en el marco filosófico existencialista donde los conceptos de elección y de

proyecto² significan encarnar³ intencionalmente un conjunto gradual de destrezas y un estilo o significación corporal. El género elegido se convierte en el *locus* corpóreo de determinados significados culturales, una especie de estilo corporal que a la vez se recibe y reinterpreta bajo ciertas regulaciones disponibles en el medio.

Siguiendo lo desarrollado hasta aquí, un cuerpo es el producto de un proceso de significación cultural y elección voluntaria que, no implica un nexo ontológico entre los atributos físicos anatómicos (el sexo) y un modo verdadero de asumir el género. “Ser-un-cuerpo” o “llegar a ser un cuerpo”⁴ consiste en encarnar y significar un estilo corporal bajo ciertas condiciones que son asumidas.

1.3 El género como rompecabezas ontológico

La idea de que elegimos nuestro género nos plantea un “rompecabezas ontológico”, afirma Butler (1986b:305). En principio, no pretenderá resolver este rompecabezas sino mostrar sus elementos constituyentes, lo que es una vía para resaltar la problemática de los cuerpos generizados. En rigor, el recorrido de Butler se interesa por la doctrina existencial sartreana que influye el planteo de Beauvoir, lo cual abre una perspectiva de

² Sartre señala en *El ser y la nada* la relación de co-pertenencia entre elección y realidad humana: “Cualquiera que fuere, la elección es fundada y reasumida por el ser, pues es la elección que él es. (...) la realidad humana puede elegirse como bien lo entienda, pero no puede elegirse (...) no ha habido posibilidad de no elegirse” (2004:500-506). Dicha elección constitutiva se realiza en el mundo como totalidad y de allí que implique en su propia ejecución una temporalidad (ya sea como proyección que se refiere al tiempo presente, pretérito o al porvenir), bajo un cierto margen de contingencia, imprevisibilidad y absurdo. En efecto, la elección como proyecto es una temporalidad, precisamente, no dada ni realizada de una vez, sino inscrita en un mundo de relaciones con el mundo; de allí que la elección es una perpetua renovación y, por lo mismo, designa otras tantas operaciones electivas posibles.

³ El término “encarnar” es la traducción del término inglés *embodies* que bien podría traducirse por “él/ella encarna, corporiza, incorpora”. A su vez *embodiment* significa “encarnación, incorporación”. Ambos términos son utilizados por Simone De Beauvoir y Judith Butler en distintos contextos.

⁴ La conjunción responde al carácter transitivo y volitivo de la corporalidad (*embodies/embodiment*) en cuanto a campo de posibilidades en contraste a su pertenencia estática, autoidéntica y realizada.

particular relieve. En este punto, lo que adquiere relevancia son los aspectos cartesianos más equívocos en la herencia sartreana. Beauvoir deberá lidiar con sus propios fantasmas cartesianos ya presentes en Sartre al momento en que sostiene una conciencia previa y ontológicamente distinta al cuerpo generizado.

Precisamente, una de las piezas centrales del rompecabezas es la *estructura egológica* que preexiste con anterioridad al lenguaje y a la vida cultural. En la medida en que elegir un género presupone un yo anterior que elige, esto admite un espacio previo o una posición por fuera del género desde donde podríamos realizar la elección. Sin embargo, podría parecer imposible que podamos ocupar una posición foránea al género, puesto que siempre estamos ya generizados de antemano e inmersos en el género. Las piezas no sólo son ontológicamente distintas (la estructura egológica del género, el espacio previo de la elección), sino que además el yo-personal es un prerrequisito para adoptar un género.

La tesis dualista que afirma una conciencia desencarnada previa al cuerpo y que posee una realidad ontológica cualitativamente distinta será tanto admitida como negada, de modo ambivalente, por Sartre en su obra *El ser y la nada*.

Justamente, esta ambivalencia respecto de ecos cartesianos emergen en *El segundo Sexo* de Beauvoir, aunque pueden rastrearse también los esfuerzos por radicalizar estas posiciones sartreanas y expulsar los fantasmas cartesianos.

En lugar de refutar el cartesianismo, la teoría de Sartre asimila el postulado cartesiano: “intenta conceptualizar el rasgo desencarnado o trascendente de la identidad personal como algo paradójico aunque esencialmente relacionado con la conciencia en tanto que encarnada” (Butler, 1986b:306). Aunque el cuerpo y la identidad personal son realidades coextensivas, también sugiere que la conciencia de algún modo está más allá del cuerpo. Haciendo de Sartre su propio intérprete, Butler insistirá en que estas referencias acerca del más allá o de “sobrepasar” el cuerpo pueden leerse no sólo presuponiendo el dualismo mente-cuerpo, sino entendiendo esta trascendencia como un movimiento corporal. La subversiva paradoja latente en Sartre consiste en el hecho de que el cuerpo supone cierto auto-trascenderse, es decir, el cuerpo no es un fenómeno estático sino un modo de intencionalidad. Para Sartre, todos los seres humanos se

esfuerzan por las posibilidades aún no realizadas⁵. El cuerpo está más allá de sí mismo (i.e., su condición *ek-stática*) y es experimentado en cuanto modalidad del *llegar a ser*. De este modo, la interpretación de Butler vincula el *llegar a ser* de Beauvoir con la comprensión de Sartre de la existencia corpórea. La formulación de Beauvoir constituye una radicalización y una concretización de la formulación sartreana al escenario del sexo y el género. Ahora bien, mientras la paradoja sartreana reside entre estar “en” y “más allá” del cuerpo, en Beauvoir la tensión reside entre trasladar el cuerpo natural (sexuado) al cuerpo atravesado por la cultura, al cuerpo generizado. Sin duda, este movimiento del sexo al género⁶ se efectúa siempre en el ámbito de la vida corporal. No obstante, el movimiento temporal de este llegar a ser o devenir un género no sigue una progresión lineal, porque no se puede delimitar ese supuesto momento inicial originario, ni tampoco encuentra un punto definitivo de llegada: “En un sentido importante, no se puede rastrear el origen del género de forma definible porque él mismo es una actividad originante” (Butler, 1986b:308). Adquirir un género es una empresa que tiene lugar incesantemente, ya que el género es la manera, en cada situación temporal, de vivir el propio cuerpo en el mundo.

1.4 Eligiendo los géneros

Si bien uno elige su propio género, no realiza esta elección desde la distancia o desde una conciencia desencarnada y exterior al género. De mantenerse esta distancia, se

⁵ Con respecto a estas posibilidades aún no realizadas o no-existentes, Sartre se refiere a este conjunto en términos de trascendencia y capacidad de modificación: “No podría ser de otro modo, ya que toda acción ha de ser intencional; en efecto, debe tener un fin, y el fin a su vez, se refiere a un motivo (...) Motivos y móviles no tienen sentido sino en el interior de un conjunto pro-yectado, que es justamente un conjunto de no-existentes. Ya este conjunto es, finalmente idéntico a mí mismo como trascendencia, soy en tanto que tengo-de-ser yo mismo fuera de mí (...) sólo huyendo una situación hacia nuestras posibilidad de modificarla organizamos esa situación en complejos de motivos y de móviles” (Sartre, 2004:462-463).

⁶ Una translación semejante puede observarse en el tratamiento que realiza Butler sobre la obra de la pensadora Monique Wittig. Véase el apartado: 1.10 «Una no nace lesbiana».

estaría presuponiendo un enlace ontológico entre el agente elector (yo-conciencia) y el género elegido (cuerpo generizado). Contra este otro escollo metafísico que mantiene una coincidencia entre agente elector y género elegido, Butler pone en marcha, una vez más, la herencia e interpretación sartreana en Beauvoir. Así, la concepción de Beauvoir del género como proyecto que tiene lugar incesantemente, acto diario de reconstrucción e interpretación, se inspira en la elaboración sartreana de la “elección prerreflexiva”, pero proporciona a esa enunciación una concreción, un significado cultural. La elección prerreflexiva es un acto tácito directo y espontáneo que Sartre denomina “cuasi-conocimiento”. No siendo totalmente consciente en el momento en que la ejecutamos, es accesible a la conciencia posteriormente.

Beauvoir se apoya en esta noción de elección cuando se refiere al tipo de acto electivo por el que vamos adoptando un género. Asumir un género no es un acto realizado instantáneamente y por única vez sino que se trata de un proyecto laborioso, sutil y estratégico en gran medida tácito o encubierto.

Llegar a ser un género supone la progresiva interpretación, reinterpretación, de las normas, tabúes y prescripciones otorgadas por nuestra cultura. En este sentido, el acto volitivo de elegir un género no es un acto de creación radical o una elección incondicionada. De allí que Butler reinterprete la compleja y ambigua herencia sartreana en Beauvoir en los términos de una compleja interrelación entre voluntarismo y coacción en clave corporal. Se nos impone ajustarnos a las interpretaciones culturales de género, a sus normas y prescripciones; sin embargo, tiene lugar alguna forma de elección, como reproducción y reinterpretación en los términos corpóreos de uno. La elección de género radica entonces en “asumir determinado tipo de cuerpo, vivir o vestir el propio cuerpo de determinada manera, implica un mundo de estilos corpóreos ya establecidos” (Butler, 1986b:309). A pesar de ello, advierte Elvira Burgos, “Beauvoir no explicita los mecanismos concretos que dan vida a ese estilo corporal (...)” (2008:45).

Con todo, Butler subraya cómo la apuesta de Beauvoir se inclina a favor de infundir potencial emancipador al análisis de la opresión de las mujeres. De la perspectiva de Beauvoir se deduce que la opresión no es un sistema que se contenga a sí mismo, acaso

no funciona sin una cierta aceptación y participación individual por parte de la persona sometida. La cooperación es decisiva en el funcionamiento de las normas de género. No hay imposición pasiva sobre los individuos, hay complicidad con el amo⁷ porque los sujetos pueden elegir apropiarse de unos rasgos y no de otros. Al mismo tiempo, esto también supone que existe la acción transformadora, porque la cooperación y complicidad de sometimiento es, en su otro rostro, voluntad de rebeldía y emancipación. La opresión es reversible en su carácter cooperativo y volitivo y como tal puede dar lugar a ciertas reapropiaciones y desviaciones de género.

Paso seguido, Butler enfoca su desarrollo hacia la fuerza del peso de las normas de género. Lo que no deja tampoco de agudizar su análisis hacia la libertad esencial de interpretación que hay en el origen de todo género. La inserción en un medio social exige de toda persona la adopción de un género binario sea masculino o femenino sin ambigüedad y en consonancia con las normas establecidas. Si la existencia humana es siempre normativamente generizada, entonces el traspasar abruptamente los límites del género establecido tiene una significación metafísica, lo que en consecuencia puede significar la pérdida de la propia existencia. El miedo, la angustia y el terror dan testimonio de los constreñimientos sociales que acompañan al abandono de los géneros normativos. Esta interacción constitutiva entre constreñimiento y libertad muestra el valor de la afirmación beauvorianana, dicho de la manera más concisa posible: si bien no hay determinación absoluta en el inicio “una no nace mujer”, el espacio de apertura, agencia y libertad que adquiere la conjunción “llega una a serlo”, se establece dentro de los cánones reconocibles de la masculinidad o la femineidad. En el momento en que se comienza a entender la libertad como una carga de interpretación intrínseca a “ser mujer o ser

⁷ G.W.F. Hegel es una de las influencias filosóficas apreciables en la obra de Butler. Ya en su Tesis Doctoral, *Subjects of Desire. Hegelian Reflections in Twentieth-Century France* presentada en 1984 y publicada en 1987, inicia una aproximación a una lectura del sujeto hegeliano con cierta sensibilidad feminista. Allí se puede leer, así lo hace Butler, cómo el deseo entendido como instancia humana de la razón dialéctica pone en peligro la meta dialéctica, la intimidad ontológica del sujeto con el mundo. Debe notarse que la traducción al español de este primer escrito se realizó 25 años después de su publicación en inglés, en el año 2012.

hombre” se perfila esa misma capacidad de agencia bajo las normativas establecidas del género.

1.5 El cuerpo es situación

Frente a las críticas realizadas al modelo masculino de libertad y autonomía, resulta ineficaz sostener aquella postura reactiva que considera que la emancipación de las mujeres viene acompañada de la adopción de los valores y comportamientos de los hombres. Beauvoir sugiere una alternativa a esta polaridad radical de géneros donde la existencia descorporeizada es masculina y la existencia femenina está esclavizada en el cuerpo, lo que a su vez, se presupone una realidad natural inmovible. Tal como advierte la pensadora francesa,

si el cuerpo no es una cosa, es una situación: es nuestra aprehensión del mundo y el esbozo de nuestros proyectos (Beauvoir, 2009:58).

El cuerpo como situación, destaca Butler, tiene dos significados: es una *realidad material* que, como *locus* de interpretaciones culturales, ha sido localizada y definida dentro de un contexto cultural de sentido. Y el cuerpo es también, en tanto vehículo de nuestras metas, el ámbito del ejercicio de nuestra capacidad de *elección*. De nuevo volvemos a encontrar esa tensión dialéctica, que relaciona determinación cultural y voluntad de elección. La tensión supone que el cuerpo es situación en tanto campo de posibilidades culturales a la vez recibidas y reinterpretadas (o en otros términos una *realidad material* dentro de un contexto de sentido), y por lo mismo el género es una forma de existir el propio cuerpo (léase una capacidad de elección). El cuerpo es situación como ámbito corporal donde se interpretan un conjunto de normas (o posibilidades culturales) de género que ya han informado al estilo corpóreo.

Se delinea, así, uno de los pilares de la teoría de Butler sobre el género (en particular en *El género en disputa*), como se ve, la reinterpretación de las normas de género abre la posibilidad de que nuestro devenir un género produzca la proliferación y variación de

estilos corporales⁸. Una vez esbozado el principio de no necesidad ontológica del sistema binario de géneros, la postura butleriana de “proliferación de géneros y variación de estilos corporales” proyecta la citada dialéctica (vale recordar elegir o existir el propio cuerpo y las posibilidades culturales o normas) como un nudo gordiano entre cultura dada e invención. La apuesta interpretativa de Butler consistirá en señalar el carácter productivo de la misma tensión dialéctica entre determinación cultura y elección,

En la medida en que las normas de género funcionan bajo la égida de los constreñimientos sociales, la reinterpretación de esas normas mediante la proliferación y variación de estilos corporales se convierte en una forma muy concreta y accesible de politizar la vida personal (Butler, 1986b:312).

Sin resolver ambos polos en tensión, Butler vislumbra la posibilidad de hacer de este enfrentamiento dialéctico una “forma muy concreta y accesible de politizar la vida personal”. Así, Butler considera la sentencia «llegar a ser» mujer no sólo en el carácter volitivo o electivo de identificarse como hombre o como mujer, sino un campo de posibilidades interpretativas (bajo un cierto marco de constreñimientos sociales) que puede conducir a una diferencia corporal. Siendo el género un proceso y una actividad con capacidad transformadora, el cuerpo sexuado está abierto a múltiples elaboraciones más allá del acostumbrado binarismo de género.

En efecto, si aceptamos el cuerpo como una “situación” cultural abierta a posibilidades, entonces la noción de un cuerpo natural y, por igual de un sexo anatómico, deviene cada vez más sospechosa. Que uno llegue a ser su propio género (o debería leerse, “existir el propio cuerpo”) comporta aún más implicaciones que la misma distinción entre sexo y género. En palabras de Butler, “no sólo la anatomía no dicta más el género sino que la anatomía no parece presentar necesariamente límite al género” (1986a: 19). Butler rastrea no sólo un principio de distinción radical entre sexo y género sino además el carácter convencional y culturalmente establecido de este vínculo, con lo cual tanto el género como el sexo parecen ser cuestiones completamente culturales.

⁸ Según veremos más adelante, también se refiere a la proliferación de géneros y estilos corporales en relación a la obra de Monique Wittig y Michel Foucault. Véase apartados 1.10 - 1.15.

1.6 Fenomenología de la corporalidad

Siguiendo lo desarrollado hasta aquí, la consideración butleriana de la existencia corporal o cuerpo generizado conlleva una serie de críticas a posturas desarrolladas por Simone De Beauvoir. La lectura interpretativa de Butler, supone lo que E. Grüner llama una “política de la interpretación”⁹ e igualmente un momento crítico deconstructivo en su tejido argumental (léase *pars destruens*). De este modo, Butler rastrea en Beauvoir una teorización fenomenológica en la que el cuerpo aparece como espacio situacional dentro de un marco de normatividad social que no obstante habilita posibilidades abiertas y no realizadas. El cuerpo entendido como realidad material conlleva la continua historización del género, siendo este último un modo de existencia corporal que tiene lugar continuamente y asimismo es un campo de posibilidades donde realizar nuestras metas o elecciones.

El camino trazado por Butler será indirecto¹⁰ y pone de manifiesto el carácter polémico de la interpretación que Butler hace de Beauvoir, lo cual constituye nuestro punto de apoyo para entablar un diálogo positivo y propositivo. En principio, Butler reconocerá críticamente algunos tópicos en la postura de Beauvoir dentro del marco fenomenológico de Merleau-Ponty que contribuyen a la ampliación de sus vías argumentativas. Una vez más, la exégesis de un pensamiento (sea Merleau-Ponty, J. P. Sartre o Simone De Beauvoir) funciona dentro de una política interpretativa que se dirige más allá de los límites de sus

⁹ Si toda interpretación significa la ampliación de un campo de batallas por los sentidos posibles, entonces el sintagma política-hermenéutica resulta al menos redundante. No obstante, vale insistir en la apuesta butleriana por “politizar la vida personal”, lo que viene a subrayar los efectos politizantes de ciertas lecturas en el contexto de conflicto de las interpretaciones. Dicha lucha de sentido se inserta en una cadena de tradiciones y, para ser más específicos, se trata de ciertos contextos de recepción de la obra de Beauvoir signados por la reinscripción de la diferencia sexual como canon ortodoxo. Al respecto véase Grüner (1995).

¹⁰ Baste decir, a modo de indicación metodológica, que los apartados siguientes son la interpretación y lectura de Butler sobre la fenomenología existencial de esta tríada de pensadores. Lo que focaliza y anuda el presente recorrido es la teoría performativa del género de Judith Butler y no la exégesis de los aparatos conceptuales que la influyen.

propias formulaciones pero también trabaja al interior de los postulados, apropiándose los.

En este contexto de gestación, Butler desarrolla al menos dos instancias analíticas sobre la obra de Merleau-Ponty, por un lado en el texto “Performative Acts and Gender Constitution: An Essay in Phenomenology and Feminist Theory” (publicado en 1988) y posteriormente en “Sexual Ideology and Phenomenological Description. A Feminist Critique of Merleau-Ponty’s Phenomenology of Perception” (publicado en 1989). Vale aclarar que, en la realización de su tesis doctoral sobre Hegel, el temprano interés por la fenomenología y el conocimiento de la noción de cuerpo de Merleau-Ponty habían sido examinados.

En “Sexual Ideology...”(1989), Butler presenta un análisis de Merleau-Ponty que contiene variados matices y niveles de complejidad. En el intento de evaluar los potenciales aportes de Merleau-Ponty respecto de la corporalidad sexuada, Butler observa que sus argumentos parecen aportar una perspectiva interesante cuando, lejos de considerar a la sexualidad como instinto biológico, la piensa en relación con la existencia desde una situación histórica concreta, reconstruyendo así los componentes electivos de la experiencia sexual. En la *Fenomenología de la percepción* de Merleau-Ponty (1945) el cuerpo es conceptualizado como idea histórica antes que como especie natural, caracterización que resultará influyente en la formulación sobre el género de Beauvoir. En ese plano, así lo señala Merleau-Ponty: “Como la vida sexual no puede circunscribirse, como no es una función separada y definible por la causalidad propia de un aparato orgánico (...) la existencia biológica está acoplada a la existencia humana (...) El hombre es una idea histórica, no una especie natural.” (1993:175-176 y 187).

El género como situación en Beauvoir y el cuerpo para Merleau-Ponty es una modalidad de existencia no estática y, por ello, en transformación, donde el individuo realiza y dramatiza una serie de posibilidades. En palabras de Merleau-Ponty,

(...) mi cuerpo es asimismo lo que me abre al mundo y me pone dentro de él en situación. El movimiento de la existencia hacia el otro, hacia el futuro, hacia el mundo, puede reanudarse al igual como un río se deshíela (...) La sexualidad es

dramática, se dice, *porque* empeñamos en ella toda nuestra vida personal (1993:181 y 187).

Pese a estas consideraciones, Butler indica una serie de prejuicios metafísicos en el pensamiento de Merleau-Ponty que sostienen en paralelo elementos positivos y negativos. La estructura de percepción se basa positivamente en la expresión existencial e histórica del cuerpo, pero a diferencia del hombre, el cuerpo femenino contiene negativamente una “esencia” fundada en su cuerpo:

En el sujeto normal, un cuerpo no solamente se percibe como un objeto cualquiera, esta percepción objetiva está habitada por una percepción más secreta: el cuerpo visible está subtendido por un esquema sexual, estrictamente individual, que acentúa las *zonas erógenas*, dibuja una fisionomía sexual y reclama *los gestos del cuerpo masculino*, integrado a esta totalidad afectiva (Merleau-Ponty, 1993:173, la cursiva es nuestra).

Como nota Merleau-Ponty, el esquema que subyace al cuerpo enfatiza las zonas erógenas, pero no queda claro si las “zonas erógenas” son erógenas para el sujeto que percibe o para el sujeto percibido. La experiencia erótica pertenece exclusivamente al sujeto que percibe, cosa que resulta equívoca y no tiene ninguna consecuencia si la experiencia es compartida por el sujeto percibido. De acuerdo con Butler, sólo en el cierre del apartado descubrimos que “el sujeto normal” es masculino y que “el cuerpo” percibido es femenino: “el cuerpo femenino tiene una “esencia” a ser encontrada en el “esquema” que invariablemente provoca los gestos del deseo masculino” (Butler, 2013:9). La esencia que caracteriza a los cuerpos femeninos es en sí misma física y los designa como un objeto más que como un sujeto de percepción. A diferencia del sujeto masculino definido como existencia abierta y mirada constituyente, la esencia femenina es siempre ya fijada y formada. Así, ella nunca está mirando, siempre está siendo mirada. Por otro lado, ese cuerpo que sostiene la estructura de percepción de forma general, sin especificaciones y que denota existencia abierta, pareciera entonces que tiene que ser masculino. Por tanto, la condición existencial no pertenece a la mujer.

El elemento ideológico de la fenomenología de la percepción se produce mediante el paradójico proyecto, “imposible de sostener”, según aclara Butler, de un sujeto abstracto y entonces universal frente a la existencia concreta, vivida. El sujeto al que Merleau-Ponty

se refiere cuando presupone una percepción corporal abstracta es un sujeto concreto, el cuerpo masculino que percibe. En el minucioso análisis de Butler, la estructura de la percepción se devela como misógina. La sexualidad masculina es mirada descorporalizada y universal que posteriormente enfoca su objeto de deseo (un cuerpo percibido femenino) como cuerpo y solo crudo cuerpo. En vez de describir las estructuras universales de la existencia corporal (de percepción corporizada), Merleau-Ponty se limita a describir ejemplos concretos cargados ideológicamente que revelan la imposibilidad de ese proyecto. Si se trata de estructuras universales de percepción corporal, ¿por qué privilegia la particular mirada masculina y la feminidad como pura corporalidad objetual?. Si la sexualidad nos sitúa en un mundo común y nos hace partícipes de una comunidad universal, ¿cómo se explica que una específica construcción cultural de la sexualidad (léase heterosexual) se vuelva natural?.

El mundo común que Merleau-Ponty describe es, sin embargo, la reificación de una relación de dominación entre los sexos, una dialéctica no recíproca entre los hombres y las mujeres. El hombre que mira, el *voyeur*, y la mujer objetualizada son los elementos irreductibles en la universal estructura de la percepción. El proyecto de la *Fenomenología de la percepción* mantiene un sujeto abstracto al tiempo que invoca una estructura universal de la existencia corporal que privilegia secretamente ciertos casos singulares y particulares. De este modo, de acuerdo a Butler, el resultado del recorrido de Merleau-Ponty es una invocación universal y legítima de una forma concreta de sexualidad organizada culturalmente pero fijada como esencia natural. La organización cultural específica de la sexualidad se reifica a través de una descripción que afirma la universalidad. En el análisis de la experiencia vivida lo que hace el pensador francés no es otra cosa que investir al cuerpo de una estructura ahistórica, pretendidamente universal, que es en realidad profundamente histórica desde el origen. En otros términos, a pesar de que la descripción de Merleau-Ponty de la existencia corporal discute el supuesto de una estructura natural de la sexualidad, su planteo desemboca, de acuerdo a Butler, en una consolidación de la dinámica cultural de la relación heterosexual.

En este recorrido fenomenológico, la política interpretativa de Butler reconoce no obstante una apropiación feminista de Merleau-Ponty extrayendo conclusiones no recorridas en su planteo inicial. Desde esta perspectiva, la historia provee de las condiciones para la conceptualización del individuo como tal. Por consiguiente, el cuerpo expresa y dramatiza temas existenciales y estos temas son de un género específico y completamente históricos. En relación con esta enunciación, cabe señalar que la sexualidad está en sí misma formada por la sedimentación de la historia sociocultural de la sexualidad. Y por su parte, el cuerpo encarnado en situación “se vuelve un lugar de lucha cultural, de improvisación y de innovación, un dominio en el que lo íntimo y lo político convergen, además de una oportunidad dramática de la expresión, del análisis y de la responsabilidad” (Butler, 2013:13). Desde este ángulo, Butler establece al “cuerpo como lugar de expresión y puesta en escena de elementos existenciales dotados de un género y de una historia, y la sexualidad como ámbito de luchas culturales susceptible de innovación y de cambio” (Burgos, 2008:62).

1.7 El teatro del género: performance y dramaturgia

Así, yo tengo amigos que dicen: “Prefiero morir antes que ponerme un vestido”. Algunos son hombres, otros mujeres.”Prefiero morir antes que ponerme un pantalón”. Al parecer se actúa con el género. Se actúa al ser mujer, se actúa al ser hombre.

Judith Butler, “Filósofa en todo género”

Butler realiza el análisis más sistemático de la fenomenología existencialista de Simone de Beauvoir y de Maurice Merleau-Ponty en el ensayo titulado “Performative Acts and Gender Constitution: An Essay in Phenomenology and Feminist Theory” publicado en 1988. En esta ocasión, pone en juego dos teorías que, leídas a la luz de ciertos desplazamientos hermenéuticos, formarán parte de su “caja de herramientas”¹¹ en ulteriores planteos conceptuales. Los modelos teóricos de la representación y actuación

¹¹ Nos referimos a la teoría como caja de herramientas en el sentido que “no se trata de construir un sistema sino un instrumento, una lógica propia a las relaciones de poder y a las luchas que se comprometen alrededor de ellas; que esta búsqueda no puede hacerse más que poco a poco, a partir de una reflexión (necesariamente histórica en algunas de sus dimensiones) sobre situaciones dadas” (Foucault, 1985:8).

teatral (vinculadas a los estudios antropológicos sobre drama social ritual de Victor Turner y Esther Newton) le sirven para explicar una idea del cuerpo como lugar de dramatizaciones de significados materiales específicos.

Una vez más, la sentencia de Beauvoir «la mujer no nace, *se hace*» le sirve de punto de partida, pero esta vez pone el acento sobre el carácter estilizado del género como un conjunto de actos repetitivos. Los actos de género indican dos aportes decisivos a su previa conceptualización fenomenológica del cuerpo: aquí el género no remite a una identidad estable y sustancial “de una sola pieza” (Butler, 1988:296), sino, por el contrario, a una identidad débilmente construida que hace necesaria una conceptualización sobre la *temporalidad social*. Además, esta acción temporal es tanto discontinua cuanto iterativa por lo que el género es un “resultado performativo” (Butler, 1988:297) sujeto a diferentes maneras de repeticiones y transformaciones. El motivo butleriano consiste aquí en objetar ciertas conceptualizaciones que naturalizan el cuerpo cuando cosifican y petrifican el género. Frente a ello, propone este modelo performativo de constitución del género, donde los actos constituyen la *identidad* y la fijación identitaria del sujeto actor, en palabras de Butler, se trata de la “ilusión irresistible de un yo generizado permanente” (1988:297). Mediante el aparato conceptual planteado, Butler revisará el modelo teatral y fenomenológico contra el fondo de la tesis performativa, dado que, tal como veíamos con anterioridad, aquellos asumen un yo que es núcleo ontológicamente fundante y necesariamente preexistente a los actos.

Tal como desarrollamos previamente, Butler apunta hacia la distinción que Beauvoir traza entre sexo y género lo que cuestiona el determinante biológico sobre los significados sociales. La teoría feminista al igual que los postulados fenomenológicos inscriben el cuerpo como situación y actuación histórica antes que como un hecho natural, como bien ya sabemos. En ambos contextos, aclara Butler, la realidad de las dimensiones materiales o naturales del cuerpo no resulta negada sino replanteada de tal suerte que se distingue del proceso específico e histórico por el que el cuerpo adopta significados culturales. Tanto Beauvoir como para Merleau-Ponty, el cuerpo se concibe como un proceso activo e intencional de encarnación de ciertas posibilidades y significantes culturales e históricos.

Ahora bien, para describir el cuerpo generizado, insistirá Butler, la teoría fenomenológica requiere de una ampliación de la consideración de los actos que dé cuenta no solo de cómo el cuerpo porta ciertos significados sino de *cómo se interpretan, se dramatizan y actúan los significados*. En este mismo sentido, Butler distingue el funcionamiento de los actos performativos (proceso por el cual el cuerpo termina portando significados culturales) de las dimensiones constitutivas del género (el cuerpo como situación y actuación histórica).

Retomando lo hasta aquí bosquejado, Butler indicará que los actos que constituyen performativamente el género ofrecen similitudes con el contexto teatral y es de gran utilidad examinar de qué manera los actos corporales específicos construyen el género.

1.8 Hacer, dramatizar, reproducir

A continuación de “Performative Acts...”(1988), Butler nuevamente contrastará el modelo teatral de actuación performativa del género con el enfoque fenomenológico. El juicio crítico que realiza con respecto a la fenomenología se detiene, esta vez, sobre la utilidad de este enfoque para una descripción feminista del género. A primera vista, el interés fenomenológico por el modo en que los cuerpos van actuando históricamente los diferentes medios disponibles y, en consecuencia, constituyendo la identidad cultural, ofrece un terreno común para el esfuerzo feminista por entender el modo en que los cuerpos se insertan necesariamente en géneros. Ahora bien, el problema con el enfoque fenomenológico reside, según Butler, en el carácter exacerbadamente individualista (léase actos individuales situados históricamente) y excesivamente existencialista de su punto de partida analítico.

Frente a ello, el lema feminista «lo personal es político» sugiere, al menos en parte, que lo personal e individual es pues implícitamente político en el sentido de que está condicionado por un contexto social y cultural más ampliamente compartido, esto es, la “sistemática opresión a las mujeres”(Burgos,2008:79). La formulación de este lema retoma además la distinción público/privado expandiendo ambas categorías. La incidencia de un ámbito sobre el otro, en un juego de tensiones dialécticas expandidas, presume que

las estructuras políticas y las convenciones colectivas son implementadas y sostenidas, al menos en parte, por actos y prácticas de agentes individuales que sus actuaciones mantienen. Pero de modo inverso, el análisis de situaciones ostensiblemente personales ubican al agente en un contexto cultural más ampliamente compartido: “Lo personal es una categoría que se expande hasta incluir las más amplias estructuras políticas y sociales” (Butler, 1988:302). En consecuencia, frente al individualismo fenomenológico hay que considerar no sólo las condiciones sociales sistémicas y la acción colectiva, sino también, agrega Butler, las convenciones implícitas que estructuran cómo se percibe culturalmente el cuerpo.

Como venimos desarrollando, el estandarte feminista «lo personal es político» indica que el mundo de las relaciones de género está constituido, parcialmente, por actos concretos e históricamente mediados de los individuos. Pero además, esta serie de actos personales son consolidados y sedimentados en el tiempo, y por ello, el género no es un único acto que realiza un agente en aislamiento. La dramatización del género no es un acto solitario porque al actuar un género se escenifica bajo ciertas condiciones preexistentes, sedimentadas y heredadas. Sedimentación que con el tiempo ha ido produciendo un cierto número de ficciones sociales coactivas; en forma cosificada, éstas aparecen como estilos corporales y producen ciertos tipos de identidades de género binarias y sus correspondientes sexualidades “naturales”. En palabras de Butler,

el acto que uno hace, el acto que uno ejecuta, es en cierto sentido, un acto que ya fue llevado a cabo antes de que uno llegue al escenario. Por ende, el género es un acto que ya estuvo ensayado, muy parecido a un libreto que sobrevive a los actores particulares que lo han utilizado, pero que requiere actores individuales para ser actualizado y reproducido una vez más como realidad (1988:306-307).

En efecto, Butler afirma que los actos que efectuamos no son nunca completamente originales, ya que han sido ensayados o puestos en escena con anterioridad. Es como un libreto que subsiste por encima de sus concretas dramatizaciones. Y justamente la actuación al no ser un acto único ni solitario requiere ensayo y repetición. En palabras de

Burgos, “la actuación de un género es una suerte de ritual repetitivo de significados socialmente establecidos” (2008:66).

Recapitulando lo desarrollado hasta aquí, detengámonos en una consideración más general sobre la que insistirá Butler: “¿En qué sentidos, entonces, es el género un acto [repetitivo]?” (1988:307). *El primer elemento para destacar es que la actuación de género requiere una performance repetida. Esta repetición es a la vez reactuación y reexperimentación de un conjunto de significados socialmente establecidos.* Butler aplica aquí la noción del antropólogo Victor W. Turner (1974) de *performance social*, desarrollada en sus estudios sobre el drama social ritual. Desde una perspectiva que enfatiza la interacción simbólica, Turner alude a la dimensión necesariamente temporal en la dinámica de la vida social y destaca también el nivel de conflictividad y contradicciones inherente a los sistemas sociales. Butler reconoce en la dramatización social la capacidad mediadora en los conflictos internos a una cultura y asimismo el carácter regenerativo del drama social, convirtiendo esta instancia en aglutinante o cohesor social.

No obstante, un planteamiento explícitamente feminista del género como actos performativos, además de incluir la representación pública de estos actos reiterativos del género, debe ser combinada también con un análisis de las sanciones políticas y de los tabúes bajo los cuales esta representación puede darse en la esfera pública o no. Aún bajo estos considerandos, lo que Butler divisa con claridad analítica en esta teorización antropológica es la vertiente pública y dramática del género; no siendo un asunto de exclusiva elección individual, son acciones con dimensiones temporales, rituales y colectivas. La performance hace explícita las leyes sociales, se lleva a cabo con el estratégico propósito de mantener al género dentro de un marco binario. Lo que significa que el género como acción pública y acto performativo no es una elección radical producto de una voluntad creadora individual. El cuerpo no es materia pasiva sobre la que se inscriben los códigos culturales, como si se tratara de un recipiente sin vida de un conjunto de relaciones culturales previas: “Los actores siempre están ya en el escenario dentro de los términos mismos de la performance” (Butler, 1988:308).

1.9 Puro teatro, calculado simulacro

Que el contexto teatral sea fructífero para el planteo butleriano es motivo de una serie de indicaciones que introducen elementos al esquema antes bosquejado de la teoría de los actos performativos de género. Como punto de partida, Butler se acerca a la obra de la antropóloga Esther Newton (1972), lo que adquiere más relevancia para nuestra reflexión. Con ello, Butler utiliza como ejemplo paradigmático la figura experiencial de la travesti (que en escritos posteriores será reemplazada por la figura de la *drag queen*) para considerar una serie de distinciones problemáticas.

Aunque la distinción entre papel teatral y papel social, reflexiona Butler, parece difícil de trazar, las performances de género en contextos no teatrales son regidas por convenciones y normas sociales más punitivas y restrictivas que en contextos exclusivamente teatrales (léase arriba del escenario). En ambas situaciones los códigos y convenciones pueden provocar reacciones diferenciadas, en un caso, la travesti actuando en un show nos provoca aplausos y risas (en ese contexto su performance “no es más que actuación”), mientras que la misma travesti sentada a nuestro lado en el tren nos provoca miedo, ira o hasta la agresión violenta. Ahora bien, lo que esa distinción entre papeles distintivos sostiene, es que lo real de la performance se resuelve en base a nuestras presunciones ontológicas existentes sobre aquello que norma al género. Es decir, las convenciones sociales que postulan papeles diferenciados entre “actuación o teatro” en un caso y no en otro, trazan una distinción estricta entre performance y vida. Según esta postura, una travesti caminando por la calle carga con una apariencia que contradice la realidad del género, esto es, una realidad no realizada o diferida temporalmente. Las mismas convenciones (o contextos de recepción) que distinguen estrictamente entre performance y vida son las que habilitan una marcación de los espacios de realidad, en los cuales no se delimita un espacio otro de lo imaginario o de lo actuado. Esa misma realidad, autoevidente y normativa es producto también del presupuesto y la distinción ontológica, es también una modalidad de género actuada.

Desde el punto de vista de dichas categorías, no se trata simplemente de notar la distinción entre sexo y género que la travesti expresa en la calle, o de igual modo,

interrogarse por la realidad del género de la travesti, que la jerga popular apunta acusativamente a modo de interrogante: “¿es realmente un chico o una chica?”. Desde la perspectiva butleriana, la realidad del género es performativa, lo que significa, en términos generales, que es “real” solo en la medida en que es actuada. Es por ello que lo real funciona como un presupuesto ontológico existente sobre los arreglos del género; son las mismas convenciones sociales quienes trazan límites y fronteras entre la performance y la vida o dicho en otros términos, entre realidad y apariencia.

Justamente es la travesti quien desafía implícitamente, la distinción entre apariencia y realidad sobre la que se asienta buena parte del pensamiento “implícito, común y popular” sobre la identidad de género. La travesti en actuaciones nocturnas y teatrales actúa el género que supone encarnar. El género expresado en sus actuaciones viene a nivelar el estatuto de ‘realidad’ y ‘verdad’ para el individuo no trans o cissexual¹² que también actúa su género y es igualmente sometido a los géneros dictados socialmente: “Los géneros, entonces, no pueden ser verdaderos o falsos, reales o aparentes” (Butler, 1988:310). De hecho la distinción entre expresión y performatividad es crucial, de acuerdo con Butler, porque si aceptamos que tanto los atributos y los actos de género son performativos, entonces no hay identidad de género que no sea expresada y por ello patrón de medición. Como se lo ha señalado repetidas veces, si la realidad del género está constituida por la performance y sus actuaciones, entonces no se puede apelar a un “sexo” o “género” esencial, interno y no realizado, que sería expresado en cada una de las performances de género. Una vez más, no hay géneros más reales o verdaderos que otros

¹² Por Cisexualidad o Cisgeneridad nos referimos a las fronteras de la diferencia sexual que dividen todas las identidades y expresiones de género entre Trans y no Trans. La distinción entre hombres y mujeres y personas transexuales funciona sobre una lógica de distribución que privilegia el primer conjunto mientras que desconoce al segundo (o lo reconoce bajo el imperio de una cúpula menor). Una explicación simple se refiere al género identificado al nacer, si un* se identifica con éste, es una persona cissexual y si un* no se identifica con el género identificado al nacer, es una persona Trans. Invirtiendo la carga de la prueba, la Cisexualidad denota a aquell*s que carecen del atributo de ser Trans (transexuales, transgéneras, travestis, cross dressers, no géneros, multigéneros, de género fluido, gender queer y otras autodenominaciones relacionadas).

ya que no hay identidad de género natural, auténtica o interior. En consecuencia, el género de la travesti es tan real y verdadero como el de cualquier persona cissexual cuya performance cumple con las expectativas y normas sociales.

Ahora bien, según venimos desarrollando, esta teorización “implícita y popular” (Butler, 1988:309) sobre los actos y gestos expresivos del género deja entrever además un postulado axiomático no menos problemático. En términos generales este postulado afirma que el género en sí existe anteriormente a los diversos actos, gestos y posturas que lo representan y lo dramatizan. En rigor, existe una conexión (ontológica) entre ciertos tipos de actuaciones de género que vienen a expresar un núcleo previo, real e interno de género. En otros términos, estas actuaciones son usualmente interpretadas como expresiones de un núcleo de género o identidad. De modo que esas actuaciones o bien expresan ese núcleo interior de género y por ello están en conformidad con una identidad de género esperada, o bien cuestionan, de alguna manera, esta expectativa.

Por el contrario, lo que la teoría performativa pone en escena es la posibilidad de desarticular esta versión “implícita y popular del género”. La interpretación performativa repara en el carácter ficcional y regulativo del núcleo identitario de género, entendido de modo normativo como una realidad verdadera. El género en tanto performances sociales sostenidas no expresa ninguna esencia previa e interior, sino que ellas mismas son las que constituyen la identidad de género. Si la “realidad” del género está constituida por la performance misma, entonces no se puede apelar a un “sexo” o un “género” esencial previo y no realizado. Con lo cual, uno no actúa parcialmente su género dejando de lado cierto núcleo esencial reducto de la identidad primigenia («lo que uno realmente es» o «lo que uno siempre fue»).

1.10 El sexo es una unidad ficticia

Entre el conjunto de lecturas especialmente significativas para la propia gestación de la teoría de la construcción performativa del género, no pueden pasar desapercibidas las referencias a los textos de la pensadora francesa Monique Wittig (1935-2003). La obra de

esta autora, cuyo esquema teórico no es deudor del marco de la fenomenología existencial, muestra sin embargo, desde otro ángulo, un vínculo polémico con la obra de Simone De Beauvoir. En numerosos textos¹³, Butler alude a lecturas e interpretaciones críticas de la obra de Wittig. Entre ellos, focalizaremos nuestro análisis sobre una referencia particular en “Variations on Sex and Gender...” publicado originalmente en 1986, que ya expusimos previamente.

Conviene señalar que el pensamiento de Monique Wittig comparte una serie de presupuestos teóricos comunes con Butler en distintos niveles. Según veremos a continuación, la cercanía entre ambos aparatos conceptuales da lugar a ciertos “parecidos de familia” en puntos clave de los que luego Butler se distanciará críticamente, y esto ocurre, sobre todo, a partir del programa ontológico y político emancipatorio que Wittig defiende.

Aunque en el texto de Wittig «One is Not Born a Woman» (1980) no se menciona el tan conocido lema de Beauvoir, podemos leerlo como un esfuerzo por explicitar la teoría de la adquisición del género. El implícito punto de partida de Wittig es, en el mencionado escrito, el *dictum* beauvoiriano «No se nace mujer: llega una a serlo» el cual habilita sus tesis y le permite radicalizar sus posiciones. Al igual que Beauvoir, rechaza la noción esencialista de la feminidad y, sin duda, contribuye a la problematización del género. Wittig rechaza, desde el comienzo de «No se nace mujer», la idea de que las mujeres constituyen un grupo natural; por el contrario, afirma que las mujeres son socialmente subyugadas en un grupo de carácter artificial: “El que nos experimentemos a nosotros mismos o a otros como “hombres” o “mujeres” son categorías políticas y no hechos naturales” (Butler, 1986b:315). Esa separación de la cual las mujeres han sido objeto es política, y así muestra que han sido “ideológicamente reconstruidas como un «grupo natural»” (Wittig, 2010:31). La ideología trabaja tanto sobre las mentes como sobre los cuerpos con el objeto de someter a las mujeres a lo que ha sido dictado para ellas como

¹³ Según reconstruiremos en segundo capítulo (véase acto segundo :el género en problemas), al cierre de *El género en disputa* (1990) la crítica a Wittig es reconsiderada por Butler.

naturaleza, lo que a su vez, se presupone como una existencia anterior al engranaje de la opresión.

Partiendo de Beauvoir, Wittig formula explícitamente sus planteamientos sobre el sexo y el género al cuestionar la naturalidad no sólo del género sino del mismo 'sexo natural'. Si el cuerpo -y el "sexo" natural- conllevan una reconstrucción ideológica, ¿"sexo" no es también una elaboración sociocultural como "género"? En efecto, Wittig determina que el sexo es un sistema de significación opresivo y una unidad ficticia resultado de elaboraciones socioculturales y lingüísticas; la distinción misma entre sexo y género es insuficiente y políticamente estéril. A partir de esta interpretación de Wittig, Butler invierte una vez más los términos de la tradicional relación causal del sexo al género. De modo que el género se convierte en lo que centralmente hay que problematizar en cuanto punto de arranque de las categorías sexuales.

El planteamiento de Wittig somete a discusión, como dijimos, la naturalidad del sexo y no únicamente del género. También de modo central, al circunscribir lo que no hizo Beauvoir, discute el privilegio de la heterosexualidad en otro conocido escrito titulado «The Straight Mind» (1978). La relación heterosexual, como el conjunto completo de la actividad humana y, en particular, como relación obligatoria entre hombres y mujeres, tradicionalmente no ha sido sometida a análisis, ni siquiera por parte de algunos feminismos. Por mucho que se admita que no hay naturaleza (sexuada), que todo es cultura, la relación heterosexual sigue postulándose como punto de partida presupuesto, como si fuera un núcleo de naturaleza que resiste al examen y permanece inscrito en el interior de la cultura. La heterosexualidad no se explica únicamente en su reducción vincular y obligatoria, sino que se entrega, siguiendo a Wittig, a una interpretación totalizadora (la relación sexual es elevada a institución política). Este régimen político se refiere, globalmente, a la historia, la realidad social, a todos los fenómenos subjetivos y fundamentalmente al lenguaje. La dominación se produce en y a través del lenguaje como producción de conceptos cuyas consecuencias son claramente materiales. Desde esta lógica, la heterosexualidad dicta su ley, estableciendo claros y contundentes efectos opresivos sobre las mujeres conceptualizadas como "lo otro" diferente, siendo siempre lo

subordinado, lo sujetado y dominado al hombre. De ahí que Wittig complete a Beauvoir en lo que ésta no hizo, esto es, en circunscribir la diferencia entre los sexos al ámbito de la heterosexualidad obligatoria (no sólo como deseo u orientación sexual sino como régimen político totalizante).

La relación heterosexual, como categoría incorporada y por ello incuestionada, entre hombres y mujeres se define a partir de la figura de la lesbiana. Wittig pone el acento en la figura espectral de la lesbiana y su potencial analítico, puesto que dentro de los vínculos heterosexuales y normativos de género, el estatus que califica a las lesbianas en su condición de mujeres es impugnado. Bien lo indica Wittig: “sería impropio decir que las lesbianas viven, se asocian, hacen el amor con mujeres porque «la-mujer» no tiene sentido más que en los sistemas heterosexuales de pensamiento y en los sistemas económicos heterosexuales” (2010:57). Hacia el final de «El pensamiento heterosexual» (1978) postula un lema que con posterioridad será una proclama con amplia popularidad: «las lesbianas no son mujeres»¹⁴. En opinión de Wittig, el poder del lenguaje para trabajar sobre los cuerpos posee la capacidad ambivalente de ser causa de la opresión sexual y esto se explica porque el término mujeres dentro de un marco totalizante de pensamiento y de vida heterosexual tiene un significado opresivo y determinante. No obstante, el lenguaje asimismo es un camino para subvertir el orden subyugante del sexo, de allí la tarea estratégica de construir la propia subjetividad lesbiana a través del habla y de este modo, asumir el punto de vista universal hegemonizado por la heterosexualidad

¹⁴ La palabra hombre o mujer tienen sentido en una determinada economía, que se llama economía de la diferencia. En el marco conceptual que sustenta la liberación de la mujer, esa mujer no es liberable. Esa mujer sólo tiene sentido en ese esquema de la diferencia en el cual también tiene sentido la categoría de hombre. Por lo tanto, el eslogan «las lesbianas no son mujeres» supone que las lesbianas no forman parte de esta economía reproductiva heteronormativa. “Las lesbianas no son mujeres” implica la renuncia a cierta feminidad y en este sentido, a ciertos estereotipos de género heterosexuales (aquellos que asocian el sexo anatómico a la identidad de género). Y de ahí «las lesbianas no tenemos vagina», puesto que la vagina solo adquiere sentido como órgano sexual respecto del falo en una economía reproductiva. El separatismo lesbiano (como utopía discursiva) tomará como estrategia y proclama una cultura homolésbica donde las lesbianas como subjetividad política (frente a cierto feminismo con pretensiones universalistas y totalizante) escapan a toda matriz o contrato heterosexual.

masculina obligatoria. La lesbiana, arrebatada la posición de “sujeto hablante autorizado” y mediante el habla se asume prófuga del contrato y de toda matriz heterosexual.

Al parecer, sostiene Wittig, el “mito de la mujer” se configura sobre la base de una naturaleza intrínsecamente previa a las situaciones de opresión y sometimiento cultural del género. Este mito, en tanto figura ideológica de esta naturaleza femenina (universalmente compartida), es el fruto de un imagen proyectiva y no de un dato previo o un hecho dado. Siguiendo a Wittig, “lo que nosotras consideramos causa y origen de la opresión, es solamente la marca que el opresor impone sobre los oprimidos” (2010:34). La marca (mito femenino) no preexiste a la opresión (socio-cultural del género), como demuestra el ejemplo en el contexto colonial y geopolítico: antes de la esclavitud, el concepto de raza no existía, del mismo modo que el sexo femenino (como naturaleza mítica anclada en la maternidad) no preexiste a la opresión social del mismo. La diferencia sexual no es un dato previo; no hay en este sentido una naturaleza física y natural de los sexos anterior a la interpretación que se hace sobre la diferencia. Por el contrario, esta demarcación es en sí misma el resultado de un acto interpretativo cargado de los supuestos normativos del sistema de género binario. De acuerdo con Wittig, “la percepción que creemos que es directa y física [que pertenece a un orden natural], no es más que una construcción sofisticada que reinterpreta rasgos físicos [en sí mismos neutrales] por medio de la red de relaciones con que se los percibe” (2010:34). Según afirma Butler, esta postura es contraintuitiva porque vemos la diferencia sexual constantemente. La percepción de rasgos sexuales es tan patente y evidente tal como sucede con la hipótesis de *La carta robada* de E. A. Poe, que en razón de su proximidad y sencillez resulta imperceptible.

Acaso lo que desea explicitar Wittig es precisamente la educación política de la percepción. No es que Wittig, advierte Butler, niegue las diferencias materiales constatables en los cuerpos; lo que cuestiona es la estrategia social de dar preponderancia a unas distinciones anatómicas por encima de otras. De acuerdo con ello, damos sentido e importancia a aquellas partes del cuerpo que son instrumentos necesarios para la reproducción, en lugar de atender a otros órganos. El destino de las personas desde su

nacimiento se determina por los rasgos anatómicos sexualmente diferenciados, por el binarismo de género y por la heterosexualidad que han sido privilegiados. Aquí, el principio de organización y jerarquización corporal viene dado por el peso del constructo normativo del binarismo de género. El cuerpo físico, inmediatamente percibido, se organiza sobre una “arquitectura corporal” o *erogeneidad* (Preciado 2002:74-75) que, por un lado, delimita y localiza espacio-temporalmente el placer, el deseo, los flujos y las reacciones físicas en los órganos anatómicos, entendidos como ‘centro orgánico originario’. Y, por otro lado, jerarquiza ciertas partes del cuerpo (genitales sexuales) como configuradoras de una identidad sexual. Por ello, Wittig arguye que la capacidad de respuesta sexual del cuerpo, es restringida por la institucionalización de la diferencia sexual binaria, siendo reducido lo sexual a ciertos rasgos funcionales para la actividad reproductiva.

El género es un principio de organización sexual de los cuerpos, por consiguiente, la percepción directa de rasgos anatómicos (sospechadamente neutros) es el producto de la red de relaciones en la que son percibidos. De allí que en la observación directa de la desnudez del cuerpo¹⁵, por ejemplo, el entendimiento popular perciba el cuerpo como primigenio (vale decir edénico), puramente natural y funcionalmente biológico. Esta percepción visual de lo directo e inmediato supone percibir la pura cognoscibilidad del cuerpo como un dato constatable. La mirada se presume transparente y neutral; no hay secreto o tabú en la mirada anatómica de los cuerpos y esto justamente, se nos revela como ficticio, imaginario y es un producto retrospectivamente mítico (vale aclarar, el carácter mítico del dato anatómico se refiere a su entendimiento como axioma metafísico inmutable).

¹⁵ Véase G. Agamben para quien la desnudez, en nuestra cultura, es además inseparable de una signatura teológica heredada e inherentemente moral. Al mostrar la conexión inmediata entre desnudez y pecado señala el ámbito de la caída original como un proceso: “(...)transgresión de la orden divina implica el paso de una desnudez sin vergüenza a una desnudez que debe cubrirse”. Y agrega: “que Adán y Eva antes del pecado no pudieran ver su desnudez porque ésta se halla recubierta de un vestido de gracia no está dicho en modo alguno en la Biblia. La única cosa segura es que al principio Adán y Eva estaban desnudos y no sentían vergüenza” (2011:104).

1.11 «Una no nace lesbiana»

«La lesbiana no es una mujer», exponíamos; la lesbiana no acepta ser una mujer, esto es, ella rehúsa la necesidad dictada por el patriarcado de habitar un cuerpo física y biológicamente determinado. Lo que pretende la figura de *la lesbiana* es poner en evidencia la artificialidad y la opresión de las marcas sexuales, lo cual implica una crítica de la diferencia sexual que constituye ontológicamente a las mujeres en otros diferentes. Wittig es determinante en su crítica a las marcas sexuales. La diferencia sexual no supone para Wittig un dato natural ni una esencia trascendental, sino categorías políticas, lingüísticas y económicas con una temporalidad determinada.

Desde esta lógica de la opresión que ubica a las personas tal y como el opresor dice ver que son, Butler reconoce en la figura de *la lesbiana* dibujada por Wittig cómo esta lógica fracasa y es sugerida la performatividad lingüística. Cuando Butler dice de Wittig: “cuando nombramos la diferencia sexual, la creamos” (1986b:314), está reescribiendo el texto de Wittig para que preste apoyo a sus reflexiones sobre la performatividad. Al nombrar la diferencia sexual restringimos nuestro entendimiento de las partes sexuales a aquellas que ayudan en el proceso de reproducción, haciendo del marco heterosexual (de percepción-prescripción) una necesidad ontológica. En este mismo sentido, las lesbianas no son mujeres *verdaderas*, porque desafían el *dictum* de ser una mujer con un cuerpo determinado bioanatómicamente y porque además desafían roles culturales y socialmente asignados. Y, además, ellas no son mujeres verdaderas bajo cierta declaración del opresor o mandato social constrictivo. En el caso de la falsedad (femenina) de las lesbianas, vale recordar que el género, para Wittig al igual que para Beauvoir, es tanto “una tarea cuanto una proscripción” (Butler, 1986b:315). Esto significa que, por un lado, el acto nominativo puede nombrar otros rasgos sexuales como las bocas, las manos, los brazos, etc., siendo la nominación posible bajo ciertas coacciones sociales (la denominada arquitectura corporal) que bien puede reinterpretarse como otro orden corporal sexual a partir de la educación política de la intuición. Porque vemos la diferencia sexual regularmente, se trata de percepción constatable y, según indicábamos, transparente e inmediata. No obstante se trata de la educación estética-política ya realizada y

sedimentada sobre nuestro campo perceptivo, de allí el valor de una pedagogía política (como tarea de re-significación crítica o análisis deconstructivo) que pugne por otras nominaciones creativas.

El cuerpo lesbiano de Wittig no se limita a trazar un retrato de una lucha erótica por reescribir los lugares habituales de la identidad sexual. Ya sea como herramienta crítica del patriarcado e inclusive aún como instrumento de disputa con el feminismo heterosexual, el cuerpo lesbiano reclama la anulación o reescritura de la restricción binaria impuesta al nacer como fuente de potencial placer erótico. Si el cuerpo entero se organiza desde esta lógica binaria que identifica la sexualidad con la genitalidad reproductiva, entonces el cuerpo de la lesbiana deja de aparecer como un dato reconocible e inmediato de la experiencia.

El problema que reconoce Wittig es la operación reductiva que la categoría de sexo determina sobre las mujeres. Las mujeres son visibles (y deberíamos agregar socialmente cognoscibles) como seres exclusivamente sexuales. Es la sexualidad como categoría totalitaria la que une a las mujeres “porque ellas no pueden ser concebidas por fuera de esa categoría” (Wittig, 2010:28) y ello determina la esclavitud de las mujeres. En palabras de Butler, “más que defender la superioridad de una cultura heterosexual, Wittig concibe una sociedad sin sexo” (1986b:316).

El punto de inflexión está en la figura de la lesbiana debido a que ella significa, según afirma Wittig, el único arreglo conceptual allende de las categorías de sexo y de heterosexualidad obligatoria. Si admitimos que “la categoría de sexo es una categoría política que funda la sociedad en cuanto heterosexual” (Wittig, 2010:26), se sigue de ello que la lesbiana pone en jaque la estructura binaria del régimen político heterosexual, puesto que el sujeto designado lesbiana no es una mujer y ésta rechaza la sexuación del cuerpo femenino, oponible y complementario a la genitalidad del hombre.

1.12 El eje del mal es heterosexual o los problemas de la lesbiana polimorfa

No hay superación de la sexualidad como tampoco

hay ninguna sexualidad encerrada en sí misma

Maurice Merleau-Ponty

El punto que aleja a Butler de la pensadora francesa será el programa político emancipatorio, el que se asienta en una ontología discursiva que dará lugar a distintas estrategias de resignificación radical. Entre ellas cuentan principalmente la disolución de la estructura binaria heterosexual y la abolición de la categoría “sexo”.

El sexo en tanto economía de la diferencia e interpretación política-cultural del cuerpo supone un sistema de significación opresivo para mujeres, gays y lesbianas. En otras palabras, “Wittig entiende que la dominación se produce en y a través del lenguaje en tanto es capaz de crear una ontología artificial que genera disparidad y asimetría entre los cuerpos sexuados” (Mattio, 2006:3). Esta creación lingüística presupone órdenes ontológicos diferenciados: una ontología socialmente constituida que mantiene la relación asimétrica entre hombres y mujeres y otro orden más fundamental, presocial y prediscursivo de personas unificadas e iguales. El horizonte semántico-libertario para Wittig se ubica precisamente en esta realidad ontológica anterior a las marcas de sexo donde “puede encontrarse una nueva y subjetiva definición de persona y del sujeto para toda la humanidad” (Wittig, 2010:42-43). En tal caso, la lesbiana prófuga del contrato heterosexual asume mediante el habla la construcción de la propia subjetividad y así “ofrece, de momento, la única forma social en la cual podemos vivir libremente” (2010:42-43). Wittig parece querer salir, desde luego, al encuentro de un programa profundamente humanista, y de un sujeto individual de alcance feminista en su exigencia de una erradicación del sexo. En contra de lo que ésta parece sugerir, para Butler ni la heterosexualidad es la causa explicativa insuperable de la subordinación de género ni el lesbianismo es un tropo literario que representa una relación sexual liberada del poder.

Inicialmente, el problema radica en el hecho de que estar fuera de la cultura heterosexual, ejemplificado por la lesbiana, difícilmente pueda sustraerse a ese juego

cultural de oposiciones binarias: “en relación con esta oposición binaria de “hombre” y “mujer”, el hecho de que estar más allá de la oposición sigue siendo un modo de estar relacionada con esa oposición, desde luego una relación binaria con ello” (Butler, 1986b:317). Tal separatismo discursivo implica una purificación del lesbianismo que mantiene vigente, con todas sus jerarquías, el binarismo disyuntivo entre una cultura heterosexual y un “sujeto poscultural” lesbiano. Si la cultura es definida como la matriz que necesariamente reproduce oposiciones binarias, entonces su ideal emancipatorio de una lesbiana poscultural es deudora de un supuesto estructuralista (anclado en oposiciones) y del discurso ontoteológico tradicional .

En la medida que concibe a la lesbiana como completamente afuera de la cultura heterosexual, como radicalmente no contaminada por la economía heterosexual, desconoce la presencia de constructos heterosexuales mediante los cuales toda identidad lésbica o gay se construye parcial e inevitablemente. De allí que no se trata de un afuera radicalmente exterior (la heterosexualidad hegemónica como lo “otro” de ese sujeto lesbiano pos-sexual) sino un afuera dependiente de la oposición misma.

Asimismo esta purificación anclada en la oposición dicotómica hetero/homo también deslegitima la proliferación de identidades gay-lésbicas que subvierten y desplazan los mismos constructos heterosexuales. La heterosexualidad funciona no sólo como ley obligatoria, sino como una “comedia inevitable puede parodiarse” (Butler, 1990:242) en su interior. Se trata, en última instancia, no de trascender la matriz de inteligibilidad heteronormativa sino de la posibilidad de plantear estrategias políticas más económicas, próximas y viables en la experiencia misma. No obstante, dicha superación dicotómica (entre un espacio fuera y dentro de la heteronorma), no ocurre sino como proliferación de identidades (gay-lesbicas) *desde dentro* del ámbito cultural de la norma heterosexual. La recomendación que Butler indica a Wittig, será entonces: “el programa político para superar restricciones binarias debería preocuparse, por tanto, por la innovación cultural más que por mitos de la trascendencia” (Butler, 1986b:318).

El postulado de un sujeto humanista natural, asexuado, sexualmente polimorfo (en términos freudianos) y anterior al orden de las oposiciones culturales no parece válido ni

políticamente beneficioso. Fuera del ámbito de la cultura no hay referencia alguna a la realidad humana que tenga significado (puesto que es la cultura la que codifica la existencia y el sentido de los cuerpos) y, en efecto, la emancipación como el *plus ultra* de la cultura sexual es un mito. Esta es la razón de que, en lugar de exigir una total trascendencia del sexo, Butler defienda una readecuación de la teoría de Wittig: la proliferación de géneros al interior del sistema binario o, en otros términos, pero igual sentido, la “innovación de significados culturales” *dentro* de las normas constrictivas del contrato heterosexual .

1.13 Más allá del sexo o sobre el mito de trascendencia sexual

A continuación del análisis del programa político de Wittig, Butler recurre a la conceptualización de Michel Foucault sobre las teorías del poder y específicamente sobre el dispositivo de sexualidad. Apoyada en el primer volumen de la *Historia de la sexualidad* de Foucault (1976), la autora evidencia la utilidad de algunas estrategias para la subversión de la jerarquía del género, a las que recurrirá numerosas veces en escritos posteriores. Foucault no defiende una sexualidad emancipada, al margen del poder y de la cultura, como propugna Wittig. Para Foucault, la organización binaria del poder (el modelo jurídico de opresor y oprimido), incluida la que está basada en estrictas polaridades de género, se efectúa mediante la diseminación y diversificación de formas de poder tanto productivas como estratégicas. Comenta Butler que Wittig está paradójicamente más cerca de la teoría sexual de Marcuse, en *Eros y Civilización* (1955), cuando imagina una identidad sexual y una sexualidad (llamada *Eros*) progresivamente liberada de relaciones de dominación. Para Foucault, en cambio, ésta no es una opción real, el eros que se libera (ese supuesto deseo liberado) está igualmente saturado de la dinámica de poder: “No hay que creer que diciendo sí al sexo se diga no al poder; se sigue, por el contrario, el hilo del dispositivo general de la sexualidad” (Foucault, 2003:191). Al igual que Wittig y Beauvoir, el pensador francés postula el “sexo natural” como dato

primario que el dispositivo de poder dispone en una dirección binaria, entendida ésta como unidad ficticia y artificial:

La noción de sexo permitió agrupar en una unidad artificial elementos anatómicos, funciones biológicas, conductas, sensaciones, placeres y permitió el funcionamiento como principio causal, pero también como sentido omnipresente, secreto a descubrir por todas partes: el sexo, pues pudo funcionar como significante único y como significado universal

(Foucault, 2003:187).

La teoría de la sexualidad de Foucault, inspirada en Nietzsche, revela cómo se pueden reducir los valores que parecen naturales a sus orígenes culturales contingentes.

No obstante aquellas posturas, la subversión de los opuestos binarios no conlleva el mito de trascendencia del poder, sino su proliferación y diseminación como instrumento de resistencia. Como estrategias que vuelven difuso el antiguo juego de poder de opresores y oprimidos (denominada “hipótesis represiva del poder”), Foucault parece sugerir la “«proliferación» y la «asimilación» (...) hasta un punto en el que las oposiciones binarias dejen de tener sentido” (Butler, 1986b:319). El resultado de estas diversas estrategias (internas) de poder es el desarrollo de abundantes diferencias y configuraciones productivas de poder.

La proliferación de diferencias foucaultiana dispone, para Butler, una idea de proliferación y multiplicación que no puede pensarse sino empleando y desplegando convenciones culturales existentes. Según indica Butler, el problema que suscita esta teoría es doble: en primer lugar, no sólo elijo mi género y lo hago dentro de los términos que culturalmente se dispone. El género que me constituyo bien puede oponerse con el género en que otros se reconocen, y esta oposición puede ser cómica o incluso trágica. De manera análoga siempre estoy siendo constituido por los otros y, por ello, la prescripción foucaultiana de la invención radical elude el modo en que estamos constituidos por otros, por la mirada fija del otro. En segundo lugar, aquello que somos y llegamos a ser es un proceso de restricción de nuestra ambigüedad sexual de acuerdo con los tabúes del incesto que fundan nuestra identidad. Una proliferación de género que pretenda superar

las oposiciones binarias instituidas por las convenciones sociales constituye, por tanto, un intento de retorno a la ambigüedad (sea ésta descrita como bisexualidad o polimorfismo sexual) preedípica o precultural. Postular tal voluntad trascendente, supone Butler, nos sacaría de la cultura, lo que en rigor no es necesariamente practicable y realizable en la lucha cultural por renovar las relaciones de género¹⁶.

La teoría de la proliferación y multiplicación queda delimitada, por tanto, en un ámbito de restricciones colectivas en cuyo espacio elijo mi género en perspectiva de concordancia o disonancia con las expectativas de otros. Y, precisamente, este reiterativo conjunto de actos se realizan dentro de un marco de inteligibilidad cultural donde la innovación y la proliferación de géneros es posible.

¹⁶ Una voluntad similar advierte Butler en la pensadora francófona Luce Irigaray (1981). De acuerdo a Irigaray las mujeres son ese “sexo que no es uno” porque es plural y múltiple, puesto que son el sexo que no halla representación en el lenguaje unívoco de la economía masculinista (principio globalizador y causa monolítica). Las mujeres como sujetos y “lo otro” reverso negativo de los hombres (léase Beauvoir) pertenecen al sistema masculino “falocéntrico”, donde la mujer y lo femenino quedan radicalmente excluidos de la metafísica de la substancia. Asimismo el deslizamiento que lo femenino supone dentro del sistema masculinista ni siquiera como elemento negativo sino ajeno a la dinámica de poder (un “sexo no marcado”), presupone una sexualidad liberada y liberadora del poder. No obstante la reflexión de Irigaray hace derivar de la anatomía femenina un placer específicamente femenino, es decir las mujeres se reconocen dentro del sistema de la diferencia sexual y falocéntrico que por ello no permite huir fácilmente de postulados esencialistas. Cfr. Marquez (2012)

1.14 FINAL DE ACTO PRIMERO: Cuerpos que encajan en géneros

Un *corpus* no es un discurso ni es un relato. Sería por tanto un *corpus* que haría falta aquí. Aquí, donde hay una promesa de que debe *hacer acto* el cuerpo, de que se va a tratar de él, ahí mismo, casi sin demora. Una especie de promesa de que no se hará de él ni objeto de un tratado, ni materia de citas o recitados, ni personaje u ornato de una historia.

J.L. Nancy - *Corpus*

De la cantidad y riqueza de los problemas abiertos y abordados por Butler nos hemos circunscripto primero al planteo marcadamente fenomenológico y, luego al teatral-lingüístico del cuerpo generizado. Este conjunto de escritos iniciales construyen, a nuestro entender, un contexto de gestación de conceptos que desarrolla en obras posteriores. El aparato conceptual butleriano se nutre de ciertos interlocutores filosóficos con quienes dialoga y polemiza; especialmente, la obra de Simone De Beauvoir y de Maurice Merleau-Ponty. Toda esa discusión que ha ido angostando su problemática nos llevó a focalizarnos sobre la terna de escritos “Variations on Sex and Gender: Beauvoir, Wittig, Foucault”(1986), “Performative Acts and Gender Constitution: An Essay in Phenomenology and Feminist Theory” (1988) y, por último, “Sexual Ideology and Phenomenological Description. A Feminist Critique of Merleau-Ponty’s Phenomenology of Perception”(1989).

Aunque hemos valorado y contextualizado este *corpus* poco atendido en las habituales interpretaciones de Butler, por lo demás, no hemos precisado la motivación central de tal empresa. En consecuencia, si nos preguntamos en qué podría consistir la potencialidad de los textos anteriormente analizados, estaríamos dando cuenta, por definición, del recorte metodológico conforme a la contribución butleriana en estos escritos.

El aporte decisivo de esta política de la interpretación butleriana consiste en su concepción fenomenológica discursiva del cuerpo y en la primera versión de la teoría performativa y teatral del género que, si bien está presente en escritos posteriores, se

trata de un acento, más que de un diferendo conceptual¹⁷ con respecto a *El Género en disputa* (1990) y *Cuerpos que importan* (1993). Según veremos en los capítulos siguientes, el desarrollo teórico de este corpus contribuye a fundamentar y ampliar aspectos poco considerados en la réplica realizada por Butler (específicamente en prólogo de *Cuerpos que importan*) frente a las imputaciones de presupuestos constructivistas en su teoría performativa de las actuaciones de género. La intención de esta contextualización es pensar este trazado conceptual que va desde estos escritos intermedios hasta *Cuerpos que importan*, más que como etapas claramente diferenciadas, como un cambio de acento y semblante conceptual en la tonalidad de su propio recorrido.

En “Variations on Sex and Gender “(1986) e igualmente en “Sexual Ideology” (1989), la existencia corpórea que Butler rastrea, en polémica con y a través de la fenomenología existencialista de Sartre, Beauvoir y Merleau-Ponty, es concebida como situación y acto en un doble sentido: como *realidad material* (locus de interpretaciones culturales heredadas) y además como *capacidad electiva* (vehículo de nuestras metas). Lo que no quiere decir que todo cuerpo está hecho por una intención voluntaria ejecutada de modo individual por única vez. Para la pensadora norteamericana, la existencia corpórea es un fenómeno que está más allá de sí mismo (i.e., condición *ek-stática*), esto es, un conjunto de posibilidades heredadas y recibidas que el individuo actúa y dramatiza (de modo innovador o reiterativo) en un espacio histórico. Butler entiende el cuerpo como una posición temporal y material que tiene lugar incesantemente, pero, vale aclarar, dentro de un campo de constricciones socioculturales que determinan el espectro de lo pensable, de lo posible y de lo realizable.

¹⁷ Así se refiere Butler sobre su propia obra: “Tengo la impresión de reemplantar siempre los mismos problemas, solo los medios y los contextos difieren. Mi tesis se refería sobre el deseo y el reconocimiento en la obra de Hegel. Después transformé la pregunta en *El género en disputa* para repetirla de otro modo en *Deshacer el género*. Replanteo las preguntas, las pienso en otros contextos (...) Para mí, mientras se hacen más preguntas ellas son más complejas y profundas. No tengo un sistema. No intento reconciliar mis diferentes obras, eso no me interesa. Mis trabajos son un proceso, no son contradictorios. Vuelvo a partir siempre en un ángulo diferente(...) No es un sistema, es un proceso que está en marcha” (2006).

A partir de la fenomenología existencial de Beauvoir, el cuerpo generizado, desplegado analíticamente por Butler, no es un producto causado por el sexo biológico. La capacidad transitiva inherente al género (el «llegar a ser») señala no sólo la indeterminación del proceso generizante, lo que abre un vasto campo de posibilidades e incoherencias entre cuerpos sexuados, identidades de género y orientaciones sexuales, sino que además supone una cierta capacidad electiva de quien realiza su género. En razón de ello, asumiendo la ambigüedad constitutiva entre una posición voluntarista y determinista, el proceso de adquirir un género implica una realidad corporal cargada de significados culturales. Si bien el estilo corporal se asume dentro de un *pool de opciones heredadas* no por ello deberíamos sostener modos verdaderos de encarnar y asumir un estilo corporal.

Butler insistirá en el pasaje que va del sexo anclado en el esencialismo biologicista al género entendido como voluntad corporal electiva. El cuerpo como mapa somático de posibilidades se realiza e inserta, sin duda, como género. Y de modo inverso, el género constituye un estilo corporal asumido y simultáneamente elegido. En este sentido, llegar a ser un género consiste en la progresiva interpretación, reinterpretación de las normas, tabúes y prescripciones otorgadas por nuestra cultura.

El género es constitutivamente un acto electivo, reiterativo y constante. Lo que significa que, por un lado, uno reinterpreta ciertas opciones heredadas (inclusive puede negociarlas de modo desviado y reapropiativo). Y, por otro lado, que la opresión no es un sistema que se contenga a sí mismo, que no funciona sin una cierta aceptación y participación individual (o acto electivo) por parte de la persona sometida. La cooperación es decisiva en el funcionamiento de las normas de género. No hay imposición pasiva sobre los individuos, hay complicidad con el amo porque los sujetos pueden elegir apropiarse de unos rasgos y no de otros. Al mismo tiempo, esto también supone que existe la acción transformadora, porque la cooperación y complicidad de sometimiento es, en su otro rostro, voluntad de rebeldía y emancipación. Butler asume la tensión dialéctica (entre acto electivo y determinación social) en su carácter irresolublemente productivo, apostando

por la proliferación y variación de estilos corporales más allá del acostumbrado binarismo de género.

Esta lectura butleriana que aboga por una dimensión politizante sobre la diversidad y la complejidad corporal no acarrea necesariamente programas emancipatorios que respaldan un espacio antecesor a las normas de sexo y de género establecidas. Las políticas que propugnan por un más allá del sexo (Monique Wittig) o un más allá del género (Gayle Rubin) conducen a ficciones míticas antes que a programáticas válidas o a políticas fructuosas. Siguiendo a Foucault y Beauvoir, no hay significación posible más allá de la cultura, puesto que el afuera de la cultura está, de algún modo, relacionado con la cultura (como su otro vinculante). De allí que *la lesbiana* de Wittig que pretende trascender el ordenamiento heterosexual de los cuerpos devendría un otro vincular. Postular tal voluntad trascendental no sólo nos conduce a una realidad retrospectivamente previa (polimorfismo sexual, bisexualidad primigenia, identidades heterogéneas, sexualidades autónomas, etc.), que difícilmente pueda sustraerse a ese juego cultural de oposiciones binarias, sino que tampoco garantiza que ésta no estuviera saturada de dinámicas de poder y situaciones de dominación.

La proliferación y diseminación de diferencias de poder sostenida por Foucault dispone, para Butler, una nueva fundamentación a su idea de proliferación radical de géneros. Siendo que esta variación de estilos corporales no puede pensarse sino empleando y desplegando convenciones culturales existentes.

Es interesante advertir que, frente a esta inaugural conceptualización del cuerpo, Butler sobrepone una teoría dramaturgica-performativa de los actos de género que articula, por cierto, en "Performative Acts" (Butler, 1988).

El cuerpo se concibe como un proceso activo e intencional de encarnación de ciertas posibilidades y significantes culturales. El género es un resultado de estas performances sujetas a transformaciones y vigilancias permanentes. Estos mismos actos se constituyen como rituales reiterativos y temporalmente discontinuos que componen la identidad del sujeto y producen (retrospectivamente) la permanente ilusión de una identidad. De esta

manera, el cuerpo es una continua e incesante puesta en escena de materialidades, significados y posibilidades.

Para describir el cuerpo generizado, Butler insistirá, sobre la reinterpretación de la teoría fenomenológica. Ampliar la perspectiva fenomenológica significa dar cuenta no sólo de cómo el cuerpo lleva significados (“el cuerpo es situación”), sino de cómo funcionan los actos performativos o, lo que es lo mismo, cómo se representan, se dramatizan y actúan los significados.

La dramatización del género manifiesta un estilo de corporización o un conjunto de estrategias continuamente realizables que nunca se ejecutan enteramente. Esto no significa que el cuerpo es materia fáctica o, en otros términos, una forma cosificada fija. Por el contrario, la actuación corporal del género es a la vez un acto constrictivo y colectivo de repetición dramático que se escenifica bajo ciertas condiciones sedimentadas y heredadas pre-existentes. Sedimentación que con el tiempo ha ido produciendo un cierto número de ficciones sociales coactivas, siendo la diferencia sexual el basamento más recurrente; en forma cosificada, estas ficciones aparecen como estilos corporales y producen ciertos tipos de identidades de género binarias y sus correspondientes sexualidades “naturales”.

Si la “realidad” del género está constituida por la performance misma, entonces no se puede apelar a un “sexo” o a un “género” esencial previo y no realizado. Por ello, el género con todas sus modos de expresión y atributos identitarios son performativos y entonces actuados. De allí el carácter ficcional y regulativo del núcleo identitario de género, entendido como una realidad y sexualidad verdadera. Y, en consecuencia, no hay identidad de género que sea más verdadera que otra; dicho en otros términos, no hay identidad que sea patrón de medición fundante.

Tal es, en efecto, la doble apuesta butleriana en esta primera versión de la teoría performativa y teatral del género. Por un lado, *critica el modelo esencialista de categorías universales cerradas y delimitadas*. El cuerpo generizado no posee una identidad más verdadera que otra puesto que no se puede apelar a un “sexo” o a un “género” esencial previo, interior y no realizado. El género es esencialmente todas las expresiones exteriores

y actuaciones del mismo. Y por otro lado, pese al carácter fuertemente coercitivo de las dramatizaciones del género *el género es un asunto fundamentalmente innovador*. De allí que adquiera sentido la proliferación de juegos teatrales a través de *performances subversivas* de diversas clases y la *proliferación de géneros* como capacidad de ampliación cultural del campo corporal.



2. ACTO SEGUNDO: EL GÉNERO COMO PROBLEMA

El límite y la superficie de los cuerpos están contruidos políticamente

Judith Butler, *El género en disputa*

Es necesario hablar del cuerpo, de la violencia ejercida contra él, sufrida en él. La carne viva que se abre no es una *metáfora melodramática* porque, sobre todo, no es en ninguna instancia una metáfora. La importancia de un cuerpo muerto no se reduce a una imagen de dos segundos en una tarde de *zapping* televisivo. La carne y sus heridas son reales, generan dolor físico a quien las padece

Sayak Valencia, *Capitalismo Gore*

2.1 Las disputas por el género

En el capítulo primero se procuró dar cuenta de los antecedentes teórico-políticos que posibilitó la emergencia de la inicial propuesta butleriana acerca de la teoría performativa y dramaturgica del género. Es propósito del presente capítulo ingresar a los contenidos de su segunda formulación contenidos respectivamente en *Bodies that Matter*(1997). El espacio conceptual que despliega *Gender Trouble* (1989), señala una reconsideración sistemática de los escritos iniciales (según vimos en Cap.1) y constituye sin lugar a dudas, una obra fundacional del pensamiento posfeminista¹⁸ y de la denominada *Queer Theory*¹⁹.

¹⁸ En el prefacio de 1999 de *El Género en disputa* (1989), Butler se reconoce como *combatiente y antagonista* de ciertas formas del feminismo precedente, su intención es, sobre todo, despojar al feminismo de sus rasgos heterosexistas y falocéntricos (Butler, [1999] 2007: 8). De modo general, sus objeciones tienen como asiento teórico las que el posmodernismo esgrime en contra de la tradición filosófica occidental. Las críticas postmodernas a la racionalidad e instrumentalidad política totalizadora de la filosofía universalista (ocultadas bajo el signo de la objetividad) sientan uno de sus grandes pilares teóricos para pensar las emergencias sociales acerca de los sujetos generizados. Por ello, actualmente se la suele inscribir dentro del *Post-feminismo*. Sin embargo, los rótulos de sus trabajos como *Postfeminismo* y *Teoría Queer* exceden, según la propia autora, sus intenciones iniciales y se deben, en parte, *al entorno cambiante en el que fue acogido* su trabajo (Butler, [1999] 2007: 7). Ahora bien, la pregunta aún permanece latente, ¿a que se denominó posfeminismo?. “Luego de las décadas del sesenta y el setenta, en las que las autoras feministas debatían acerca de la igualdad y la diferencia, de la justicia y el reconocimiento, el feminismo fue “bombardeado” desde su interior por una serie de críticas que se basaron, principalmente, en la discusión acerca de la producción transversal de las diferencias, dando forma al movimiento teórico posfeminista” (Cansenco, 2011:15). Dichas posiciones críticas apuntaron desde distintas aristas (lesbofeminismo,

El recorrido trazado por Butler presupone inicialmente la interpretación, relectura y deconstrucción de al menos cuatro fuentes o estrategias político-conceptuales: Inicialmente, según veremos, la disputa sobre las «mujeres» como sujeto político del feminismo (sec. 2.2). Seguidamente, la consideración del ensayo de Derrida acerca de Kafka como recurso metonímico que explica el funcionamiento del género. Este mecanismo implica la anticipación de una esencia interior a través del cual origina lo que plantea como exterior a sí misma. (sec. 2.3). En tercer lugar, la reinterpretación de los postulados antiesencialistas de Nietzsche sobre el agente detrás de la acción y la consiguiente crítica a la metafísica de la substancia (sec. 2.4). Y por último, la postulación de la noción de performatividad del género a partir de su teoría dramatúrgica del género (desarrollada previamente en torno a la fenomenología de Merleau-Ponty y Beauvoir), en

feminismo afroamericano, feminismo chicano lesbiano y las feministas pro-sexo o *sex radicals*) sobre un objetivo común: la constitución del sujeto político del feminismo. A pesar de la riqueza de sus debates, todas estas estrategias políticas coincidían en plantear la necesidad de cuestionar las categorías identitarias asumidas por el feminismo y la exigencia de pensar el cruce entre lugares de poder de modo de dar cuenta de las diversas experiencias sin crear nuevas exclusiones. Al respecto, Butler (2006:286) distingue entre un feminismo que no sale en la foto (del reconocimiento y la legitimidad), de aquellos que “surgen de localizaciones subalternas, de los países “en desarrollo”, del hemisferio sur, de Asia y de las nuevas comunidades de emigrantes”.

¹⁹ ¿A que nos referimos con la *Queer theory* o *teoría cuir* (según su apropiación hispanoparlante)? “La crítica pos-feminista de los ochenta al sujeto “mujeres”, entonces, tendrá su correlato en el movimiento gay y lesbiano (dado que su objetivo es la obtención de la igualdad de derechos y que para ello se basan en concepciones fijas de la identidad sexual, contribuyen a la normalización y a la integración de los gays y las lesbianas en la cultura heterosexual dominante) y se traducirá en la *Queer Theory* durante los años noventa. El movimiento *queer* señalará a este sujeto político, entonces, como un sujeto homogéneo y excluyente. Por el contrario, el colectivo que no entraba en esa identidad, que escapaba de la homonormatividad hegemónica, comienza a constituirse como sujeto político inestable y dispuesto a la rearticulación permanente. Es así como estos microgrupos se reapropian de lo que, en un principio, se entiende como un insulto y se autodefinen políticamente a partir de este término: *queer*. Dicho vocablo es, en definitiva, el antónimo de *straight*, esto es, recto y, por extensión, heterosexual. Podría, entonces, traducirse la palabra *queer* como torcido, desviado o perverso, principalmente en el ámbito sexual, llevando el significado de la palabra a insultos homofóbicos como marica, tortillera, rarito/a, etc” Canseco (2011:15).

particular la noción de *performance* que toma de los estudios antropológicos acerca de los dramas sociales de Victor Turner (sec. 2.5). Estos considerandos conducen finalmente a postular, a partir de trabajo etnográfico de Esther Newton, el carácter imitativo y paródico del género como estrategia política (sec.2.6-2.7).

2.2 Categorías, mujeres, política

En el lenguaje de la teoría feminista la referencia a la categoría mujer ha sido decisivo o al menos de suma importancia. Bajo este punto de vista se tiende a pensar que la mujer ha sido excluida de la historia de la cultura que los hombres han escrito -ha sido silenciada y distorsionada en textos de filosofía, biología y física-, y existe un grupo de seres tangibles, socialmente reconocido como la mujer, que hoy, bajo el nombre del feminismo, deben descubrir una identidad común. La recurrente utilización de la categoría «mujeres», tomando un ejemplo sintomático de esta perspectiva, posee una carga cosificante ya que el término adopta un significado unívoco para el cual se procura la representación política. Por consiguiente, Butler analiza el alcance político de una teoría del género, como la que aquí hemos apuntado, a la luz de la evaluación de determinadas categorías ontológicas que bajo la teoría feminista se dan por contadas.

La feminista francófona Luce Irigaray (1981) sostiene que la estructuración binaria del lenguaje produce sus valoraciones mediante una economía sexualizada que sitúa la mujer como incorrecta, como el fondo primordial sobre el cual se define el sujeto masculino. Así, entiende que las mujeres son ese “sexo que no es uno” porque es plural y múltiple, puesto que son el sexo que no haya representación en el lenguaje unívoco de la economía masculinista (principio globalizador y causa monolítica). Las mujeres como sujeto y “lo otro” reverso negativo de los hombres (como sostiene Beauvoir) pertenecen al sistema masculino “falocéntrico”, donde la mujer y lo femenino quedan radicalmente excluidos de la metafísica de la substancia. Frente a esta orientación de la reflexión de Irigaray, Butler reconoce una crítica de la gramática sustantiva del sexo. No obstante, Butler le discute a Irigaray, que todos sus trabajos sobre la gramática sexual tienden a subsumirse dentro de la morfología de la diferencia sexual. Y esto sucede porque, según Irigaray, solo

hay un sexo “apropiado” (el masculino) y por lo mismo postula un placer específicamente femenino (derivado de la anatomía femenina). Esta referencia a lo biológico (que no puede ser capturado por el lenguaje masculino y falocéntrico), no deja de ser problemáticamente esencialista porque establece una distinción tajante entre una sexualidad femenina y una fálica, o dicho en otros términos, reinstaura una separación ontológica entre naturaleza (placer femenino) y cultura (lenguaje masculinista). En razón de ello, deja al descubierto un presupuesto que permanece incuestionado en todo su aparato analítico, las «mujeres» como sujeto y principio ontológico.

En rigor, la discusión sobre el esencialismo del término y del uso de la categoría «mujeres» como condición universal es sumamente beneficioso para la política feminista. Aquí, Butler utilizará el concepto de esencialismo estratégico u operacional de Gayatri Spivak (1987), que en textos posteriores abandonará, insistiendo una vez más en una fundamentación contingente y en una falsa ontología de las mujeres en cuanto categoría universal. Si bien la categoría no es plenamente expresiva, puesto que la multiplicidad y la discontinuidad de las referencias (de los modos de ser mujer) burlan e impugnan la univocidad del signo, la utilización de dicha categoría persigue fines estratégicos siempre y cuando sea consciente del carácter ficticio e insuficiente de la ontología que promueve. De igual modo que con la fundamentación de un sujeto político y de una agencia ético-política, Butler no prescribe una renuncia de la categoría «mujeres»; lo que afirmará es que no se puede simplemente renunciar a la problematización de las categorías.

En efecto, cuestiona esta articulación, ciertamente normativa, que celebra y emancipa una esencia o naturaleza, incluso más, una realidad cultural y una opresión común propia de las mujeres, pero imposible de encontrar. Esto implica, por lo tanto, que un punto de vista de las mujeres no redscribe el mundo, puesto que esta opción interpretativa no es singular. Estos puntos de vista (sea de las mujeres o de hombres, inclusive) son desde luego constituidos socialmente. Y también, esta naturaleza compartida de las mujeres necesita muchas veces, en particular en algunas críticas literarias feministas, postular el

presupuesto de la diferencia sexual²⁰. Esa idea supone que se toma a la diferencia sexual como momento fundante de la cultura y se evita el análisis de cómo se constituye esa misma diferencia sexual, cuál es la temporalidad de su organización. Asimismo, esta postura se aleja analítica y políticamente de la constitución de clase, raza, etnia y otros ejes de relaciones de poder que conforman la noción de identidad. Y esto ocurre tanto dentro de la tradición masculina que se apropia de un punto de vista universal, cuanto en el contexto de su adopción por esas posiciones feministas que proclaman una categoría unívoca del término “mujer” en nombre de la expresión o, en todo caso, de la liberación de una clase subyugada. La crítica hecha desde la diferencia sexual a la identificación de lo masculino con lo universal (reiteramos, desde cierto feminismo literario) preserva invariablemente una consolidación del binarismo del género e igualmente un marco implícitamente heterosexual para la descripción del género, la identidad de género y la sexualidad. En términos de Butler, “el sujeto así liberado queda más profundamente encadenado de lo que previamente había pensado”(1988:313). La diferencia sexual, ya sea dictada por el orden masculino o sea también defendida por posiciones feministas, “plantea serios problemas porque sus efectos son constrictivos” (Burgos, 2008:69). Puesto que, estas posiciones presuponen el sexo (anclado en el modelo de la diferencia sexual)

²⁰ La diferencia sexual se refiere al modelo de oposiciones bioanatómicas o de dimorfismo radical entre una genitalidad distintivamente masculina opuesta a una femenina, con sus rasgos y especificidades propias. La diferencia entre estos datos bioanatómicos no solo fundamenta distinciones biológicas observables y por ello oposiciones estables entre los sexos, sino todo un conjunto de dicotomías que funcionan como el fundamento epistemológico de afirmaciones normativas sobre el orden social del género. La diferencia sexual (como régimen estético-político) vincula el sexo a la reproducción y se eleva a categoría no solo natural y biológica, sino trascendental e inmutable (como si estuviera más allá de todo contexto histórico o cultural).

Bajo este presupuesto metafísico surgido de la nueva anatomía sexual (S.XVIII), algunas posiciones feministas tienden a inscribir reductivamente el *sexo* como naturaleza distintivamente femenina (vale aclarar, su genitalidad reproductiva en un “cuerpo natural”), que anuda una realidad cultural y una opresión común de las “mujeres” como categoría universal (el *género*).

para insistir en el valor del género como diferencia cultural en donde la mujer ocupa un rol menoscabado, el sexo resulta el fundamento acrítico y determinante del género²¹.

Ya en 1990, Seyla Benhabib junto con Nancy Fraser y la misma Butler tuvieron un intercambio alrededor de la cuestión de si la noción de performatividad del género capacita o por el contrario anula por completo la potencia para la acción del sujeto. En ese contexto, Benhabib (2006) considera que la postura de Butler, al apropiarse del pensamiento de Nietzsche inevitablemente conduce hacia “la muerte del sujeto” político y su correlativa capacidad de agencia. El rechazo del supuesto de una identidad de género como fundamento de las expresiones de género y el vaciamiento de una identidad como origen de los actos de género supone imposibilitar la acción transformadora, por parte del sujeto. En la medida que, “debemos despedirnos del “hacedor detrás del acto”, y por ello, de la identidad de género detrás de las expresiones de género, la capacidad de decisión femenina se reduce a un ‘hacer sin hacedor’” Benhabib (2006:244). Benhabib entiende la performatividad como una reducción teatral en donde los individuos no somos más que un conjunto de actuaciones de género, con lo que no había un núcleo de arranque para proponer un cambio en la dinámica de las performances que nos constituyen. La lectura determinista que Benhabib ha hecho de la performatividad no repara en la noción de agencia que Butler desarrolla. La capacidad de acción, es entendida por Butler como “una

²¹ La complejidad y combinatorias posibles del sistema de género es sumamente amplia, para complejizar el análisis conviene distinguir al menos tres niveles: el *sexo* (características bioanatómicas asignadas médicamente en el nacimiento. Incluyen además, las gónadas sexuales y los cromosomas), el *género* (vinculado a la autopercepción y la expresión del mismo, a la identidad y el comportamiento social) y la *orientación sexual* o deseo (se refiere a la atracción sexual). De este modo, el espectro abierto entre sexo anatómico (macho, hembra, intersex), identidad de género (masculino, femenino, trans, queer) y deseo u orientación sexual (hétero, homo, gay, lésbico, bisexual, pannsexual, etc) en todas sus posibles combinatorias es reducido a un continuo biologicista que insiste en la concordancia de uno con el otro. Así la serie constrictiva entre hembra y feminidad se presupone como categoría universal de las mujeres, siendo un marco implícitamente heterosexual y reproductivo donde las “mujeres” nacen corporalmente codificadas como hembras , se autoperciben en el género femenino y desean su sexo opuesto, el hombre viril y masculino.

variación de la repetición”. “Lo que Benhabib no parece comprender es que, para Butler, la agencia no depende de tales recursos (fuentes psíquicas, intelectuales u otras de creatividad y resistencia) sino que es el resultado de la ausencia de clausura en la constitución discursiva del sí mismo. Porque no somos determinados por los discursos que nos emplazan, es que podemos repetirlos con variaciones” Mattio (2008:8).

Sin embargo, la conclusión de este argumento no debería hacernos perder de vista la complejidad de los postulados butlerianos. La tentación de señalar un fundamento ausente de toda acción ético-política es muy grande, ya que Butler interroga al sujeto volitivo y conjuntamente el espacio de interioridad psicológica. Pero, de hecho, estas críticas distan de dar en el blanco: el argumento es definitivamente falaz y sus conclusiones no se siguen de sus premisas. El cuestionamiento de los fundamentos metafísicos (que sostienen una ética-política), no conduce únicamente a su ausencia o, inclusive más, no conducen tampoco a su mera inversión. En un texto posterior titulado “Contingent foundations: Feminism and the cuestión of ‘posmodernism” (1992), Butler sostiene que la idea de los fundamentos es algo de lo que no podemos librarnos fácilmente. En palabras de Butler, “la cuestión no reside en suprimir los fundamentos o incluso defender una posición denominada antifundacionalismo (...) La tarea consiste, más bien, en interrogar qué autoriza y qué excluye o forcluye, precisamente, el movimiento teórico que establece los fundamentos” (1992:7). Lo que distingue los argumentos butlerianos de un planteo antifundacionalista (que bien podrían conducirnos a un nihilismo, un inocuo existencialismo o un pluralismo antifundacional del “todo vale”) es que no supone necesariamente la ausencia de cualquier fundamento; lo que sí supone es la ausencia de un *fundamento último*. En palabras de Marchart, “Como resultado de ello, lo que se vuelve problemático no es la existencia de fundamentos (en plural), sino su estatus ontológico, que se considera ahora necesariamente contingente” (2009:29). A diferencia de autores como Elvira Burgos (2008:67) y Francisco Ortega (2010:37-40) que leen en Butler una renuncia a la fundamentación ética y por ello políticamente transformadora. La propuesta butleriana, que vale aclarar carece de un planteo antifundacionalista, no renuncia al fundamento de la acción sino, más bien, sostiene una

noción de *fundamentos contingentes* como marco alternativo, que bien podría describirse mejor como un debilitamiento ontológico del estatus de fundamento que no los suprime por completo. La política butleriana, en todo caso, insiste en la fundamentación no esencialista de los sujetos y en el carácter excluyente en determinadas prácticas y posturas políticas que se fundamentan en un sujeto único, transparente y delimitado (las mujeres del feminismo, los gays de la diversidad sexual, etc)²².

²² Una interesante representación de estas posturas la significan los debates alrededor del ingreso de travestis y trans femeninas al Encuentro Nacional Feminista (luego denominado Encuentro Nacional de Mujeres). Al parecer la identidad femenina sopesaba sus propios límites al excluir o forcluir la identidad travesti como un sujeto acusado de solapar su origen biológico masculino (portador del privilegio patriarcal por excelencia: el falo-pene). Al respecto añade Amaya (2009:3): “el problema es el sistema binario de géneros, como estructura patriarcal. No un pene. Ni un cuerpo con pene. Sino la estructura que privilegia y jerarquiza unos cuerpos sobre otros”. Y esto se debe “justamente porque «femenino» ya no parece ser una noción estable, su significado es tan problemático y vago como «mujer»” (Butler,1990:38). La ontología de lo femenino, cifrada bajo los parámetros esencialistas (yo-interior mujer) que fundamentan un sujeto único femenino, se vio trastocada por la identidad travesti que se reclama feminista: “Decimos no anclar en lo biológico, defendemos que ser mujer no es ser madre, no tenemos como destino la heterosexualidad... la femineidad no tiene un sexo único, hay que desnaturalizar las vaginas en el feminismo. Dentro de las femineidades hay cuerpos con pene, sin senos, negros, campesinos, esclavos, clitorudos, peludos, bigotudos, pelados...” (Amaya, 2009:3).

Lo que implica aún hoy “una ruptura dentro del movimiento que aún no está saldada” (Berkins 2003:149). Lejos de promover la disolución y la renuncia a la fundamentación de la acción ética-política, estas disputas suponen la ampliación del sujeto político del feminismo, una fundamentación no esencialista (atenta a sus exclusiones) y un permanente cuestionamiento al sustrato biologicista de sus posiciones: “yo no iba a ningún sitio con la expectativa de que me acreditaran como feminista. No siento el deber ni la necesidad de pedir permiso porque no reconozco absolutamente ninguna voz autorizada para deslegitimar a los cuerpos trans en el feminismo, como en otros movimientos sociales. Practicar feminismo es, entonces, la construcción política de un aglomerado ilimitado de subjetividades en constante deconstrucción, búsqueda y propuesta” (Amaya,2009:2).

2.3 De sexo y género en la banda de Moebius

Con frecuencia, la división entre sexo y género parecen dar por presupuestas por un lado, una generalización del cuerpo como medio pasivo, materia inerte y anterior al discurso. Así lo explica Butler: “¿cómo se delimitan los contornos del cuerpo en tanto terreno o superficie incuestionados donde se circunscriben los significados del género, una simple facticidad que no tiene valor y que es anterior a la significación?” (Butler 1990:255). Y por otro lado, se presupone que la inscripción cultural actúa sobre el cuerpo de modo externo. Un interesante ejemplo de esta postura lo constituye el relato “En la colonia penitenciaria” de Kafka²³ (2010:225) donde un ex comandante fabrica una monstruosa máquina con un detallado número de engranajes, la cual funciona como aparato de tortura física. La máquina, en efecto, inscribe en el cuerpo de los condenados el precepto infringido por estos (*¡Honra a tus superiores!*). Respecto a la inscripción, vale recordar la etimología compartida del “sustantivo *character* que tanto en griego como en latín significaba “muesca”, “grabado” o “marca”, que pasó a significar “personaje” o “papel teatral” en inglés” (Scavino,2009:84). Y si hablamos de inscripción o grabado, ¿no suponemos acaso que el cuerpo humano es una tabla de escritura?, decisivo resulta aquí el texto que habrá de inscribirse en la carne de los condenados (*¡Sé justo!*); esta inscripción en el cuerpo ocupa el lugar ritual de iniciación o sacrificio inicial, esto es, la negación de la vida pre-simbólica como condición para acceder al teatro del mundo. De modo que se admite no solo un cuerpo previo (o deberíamos decir prelingüístico) a esa *inscripción violenta de la ley*²⁴, sino además un cuerpo estable e idéntico a sí mismo. Dicha

²³ Este cuento de Kafka representa además una ejemplificación literaria de la idea foucaultiana del poder como fuerza ubicua, difusa y reticular en tanto la máquina de tortura (perfeccionamiento del poder punitivo y disciplinar en la colonia) no puede imaginarse por completo en una totalidad, en tanto no existe el poder como una totalidad sistemática sino como una ramificación capilar.

²⁴ Agamben (1989) atribuye a este relato, una reflexión sobre el valor de justicia, castigo y penalidad del lenguaje mismo como orden simbólico. El aparato de tortura es una evocación del instrumento del lenguaje, que funciona de modo similar en la constitución simbólica de los cuerpos, en su modalidad constitutivamente violenta. En este sentido, *la colonia penitenciaria* no trata de la expiación de culpas y penas sino de comprender el sentido del lenguaje: “No se trata naturalmente de la comprensión de un

operación de inscripción absorbe y desplaza al cuerpo del condenado al instalarlo en un espacio presimbólico y previo a la ley. La condición corporal previa -situada en la negación presimbólica- es la condición *sine qua non* a partir de la cual el sujeto criminal será grabado en su humanidad, en las puertas de acceso humanista a su vida civilizada.

A pesar de la proclamada división sexo/género, Butler insistirá en la indiferenciación ontológica del sexo respecto del género, ya que ambos son elaboraciones culturales y por ello pertenecen al mismo ámbito de realidad. Estamos sujetos todo el tiempo al orden cultural desde el cual entendemos al orden del género como una instancia secundaria o derivada del orden primario y axiológico del sexo bioanatómico. Ahora bien, si este mismo orden cultural postula un género derivado, entonces el sexo primigenio es también producto de la interpretación cultural que produce, justamente, al sexo fundante. La categoría de sexo es un producto de interpretación cultural (o categoría política según Monique Wittig) tanto como el género es producto de relaciones culturales. Así, el sexo no crea el género e igualmente no se puede afirmar que el género refleje o exprese el sexo. No obstante ello, en un plano analítico es posible distinguir ambas nociones, dado que todo “sexo natural” es un efecto derivado de “relaciones de poder que producen el efecto de un sexo prediscursivo y ocultan así esa misma operación de producción discursiva” Butler (1990:7).

A partir de ello, Butler ofrece una concepción de género que, permite desarticular la relación causal o modelo expresivo que la matriz heterosexual articula entre sexo (dato bioanatómico y dicotómico: macho/hembra), género (*qua* interpretación cultural de la diferencia sexual: masculino/femenino) y deseo (como práctica u orientación sexual: hétero/homo). Esta constitución discursiva de la matriz heterosexual (entendida como

sentido lógico, tal y como se podría leer también con los ojos, sino de un sentido más profundo, que puede ser descifrado sólo a través de las *heridas* y que al lenguaje le compete sólo en cuanto pena. {El sentido último del lenguaje es la orden *¡sé justo!*; y a pesar de ello es precisamente el sentido de esta orden lo que la máquina del lenguaje no es capaz de ninguna manera de hacernos comprender. O, mejor dicho, puede hacerlo dejando de desempeñar su tarea penal, saltando en pedazos y *convirtiéndose de castigadora en asesina*” (Agamben,1989:100-101).

modelo discursivo/epistémico y rejilla de inteligibilidad hegemónica) vincula el género como producto del sexo, y el deseo del género en un *continuum* coherente; lo cual supone que para que los cuerpos sean coherentes y tengan sentido debe haber un *sexo estable* expresado mediante un *género estable* (masculino se expresa como varón, femenino se expresa como hembra).

Dicha matriz de inteligibilidad heterosexual presupone la existencia de un *núcleo de género*, de hombre y mujer, que no es más que la construcción de una interioridad psicológica en la que residiría la “verdad” del género. Incluso este ámbito de interioridad funciona a partir de la separación entre lo interno y lo externo y la consiguiente reducción que coloca la identidad de género dentro de un “yo”.

Lo que esta relación oculta, según veremos, es el amplio abanico de “discontinuidades de género” que existen en el contexto heterosexual, bisexual, gay y lésbico. Se trata de una serie de discontinuidades en esa cadena causal que liga la producción de sexo y género frente a configuraciones culturales que suelen verse como naturales y necesarias.

El problema surge cuando la exigencia de continuidad heterosexual (que instaura la norma de inteligibilidad social) no es respetada y ciertas identidades se definen a partir de su imposibilidad. La norma permite que ciertos tipos de prácticas y acciones sean reconocibles como tales, imponiendo una red de legibilidad sobre lo social y definiendo, de este modo, los parámetros de aparición o invisibilidad dentro de la esfera de lo social. Aunque dichas figuras corporales permanecen paradójicamente ininteligibles, cayendo por ello, fuera del campo social como lo deshumanizado y lo *abyecto*²⁵. Éstas permanecen

²⁵ La idea de abyección, que será retomada en *Cuerpos que importan*, Butler la toma de la adaptación que Iris Marion Young (2000) hace de la obra de Julia Kristeva (1988). La abyección nombra aquello que es expulsado fuera del cuerpo, construido como “no-yo” (una ajenidad deshonrosa y un excremento corporal) para constituir al “yo” y determinar los límites del cuerpo, que también son los contornos del sujeto. El límite del cuerpo, asimismo la distinción interno/externo, se produce por medio de la expulsión de algo que en un principio era una parte de la identidad en una otredad deshonrosa. De este modo, a partir del lenguaje, se constituye el campo de lo real. Aunque se supone que lo expulsado es algo ajeno al cuerpo, sin embargo lo ajeno no es algo constituido previamente al hecho de su eliminación: es la dinámica misma de la

definidas en relación de dependencia con la norma. Es decir, aún las formas más deficientes e insuficientes de encarnar lo masculino o lo femenino son comprendidas, en términos de la norma social de lo “bastante masculino” o lo “aceptablemente femenino”. Este es un proceso que puede dar explicación a fenómenos de exclusión y repudio como el sexismo, el racismo, la homofobia, al incidir en el modo como se construye la identidad a través de la exclusión y dominación del Otro abyecto-deshumanizado.

Ese lugar de la ininteligibilidad y la abyección no conlleva la presuposición de un afuera del género o una política de la trascendencia a las mismas normas de género. “No se trata de quedarse al margen” (Butler 1990:41), sino por el contrario implica asumir que la norma no supone únicamente y exclusivamente la matriz hegemónica de lo masculino y lo femenino en su coherencia binaria, sino que además el género es interpretación-actuación y aquellas alteraciones del género que no cuadran con la matriz de inteligibilidad heterosexual forman parte tanto como su ejemplo más normativo. Así pues, la posibilidad de subversión de la norma es constitutiva de la producción de la norma misma, los desplazamientos son inmanentes a la norma y la contaminación de la regla se produce *desde dentro*.

En efecto, la lectura que Butler perfila se contrapone con el tratamiento hegemónico que entiende a las nociones de sexo y género de manera *sustantiva* y las categorías identitarias como mentando rasgos *esenciales* del sujeto. La propuesta butleriana las comprende, por el contrario, como resultados del cruce de diferentes regímenes de poder que, en la medida en que se producen y actúan, ocultan su génesis dando una falsa sensación de estabilidad y coherencia.

expulsión la que establece la noción de ajeno. El procedimiento de repulsión establece y refuerza identidades culturalmente hegemónicas basadas en el hecho de instaurar al «Otro» mediante la exclusión y la dominación. Por último, mediante la fragmentación de los mundos internos/externos del sujeto se establece una frontera o límite (que combate por la estabilidad) y que se preserva débilmente con finalidades de reglamentación y control sociales.

2.4 Disputando los géneros

Butler delinea una primera versión de su concepción performativa del género que entiende las expresiones de género no como actos únicos, gestos y realizaciones que emanan o expresan un *núcleo de género*. El género no es la expresión verdadera y natural de este núcleo interior coherente. A la luz de elaborar una crítica a la idea de una identidad de género detrás de las expresiones de género, Butler recurre a los postulados antiesencialistas de Nietzsche (1998)²⁶ y a la lectura de *Vigilar y Castigar* de Foucault. De acuerdo a esta lectura nietzscheana, no hay ningún núcleo ontológico detrás del hacer, ni un sujeto-agente implícito ni una substancia o *cogito* latente, ese “agente” ha sido ficticiamente añadido al hacer.

En respuesta a cualquier “metafísica de la substancia”, la teoría performativa del género discute la noción de identidad substancial fundante y, justamente debido a ello, discute el supuesto habitual de la necesidad de un sujeto-agente (previo) que realice y sostenga la acción. No se trata de un actor previo a las acciones, expresiones y actuaciones del género; lo que hay son acciones y actuaciones (vale la insistencia “el hacer es todo”). Estas actuaciones hacen aparecer el efecto de un sujeto y por ello son actuaciones performativas. Según enfatiza Butler, ese sujeto poseedor de una identidad se constituye performativamente por las mismas expresiones que parecen ser resultado de esta. O de otro modo, son las *acciones* propias de uno u otro género las que configuran dicha identidad performativamente (léase tanto los caracteres sexuales secundarios como toda *identidad son performances de género*). Es decir, el sujeto, la identidad y el género son *efecto* de instituciones y resultado de *prácticas discursivas* de origen diverso. Se trata, por tanto, de dar cuenta de esas instituciones y de deconstruir la idea de una identidad previa al discurso.

²⁶ En particular, se refiere a la crítica nietzscheana de *La genealogía de la moral* (1998) al ser detrás del hacer. Dicho en otros términos sujeto y predicado, ser y substancia, son ilusiones provocadas por la gramática que se presentan como índices verdaderos de la realidad ontológica.

En otro contexto, anota Butler, la ley disciplinar esbozada en *Vigilar y Castigar* por Foucault no se interioriza literalmente sino que se incorpora sobre los cuerpos de los prisioneros, disimulándose en sus cuerpos como significado de sus almas, su conciencia y deseo. La estrategia de poder consiste aquí en que el alma inscrita en la superficie del cuerpo se presenta bajo la ilusión de ser la más profunda interioridad del individuo. El alma es la significación externa inscrita en el cuerpo, como una significación social que continuamente se niega a sí misma como tal. En efecto, la ley es del todo manifiesta y del todo latente, ya que nunca aparece como exterior a los cuerpos, ella somete y subjetiva.

Del mismo modo, el cuerpo con género es un producto performativo que no tiene una posición ontológica distinta de los diversos actos expresivos que conforman su realidad. Estos actos, gestos, deseos y signos corpóreos son invenciones fabricadas y ficciones reguladas que crean la ilusión de un núcleo de género estable (figura del espacio psíquico interior) pero lo hacen grabándolo en la *superficie del cuerpo* como significación social que permanentemente se sustrae a sí misma como tal. Así, el género instauro un control fronterizo que distingue lo interno (núcleo psicológico substantivo) de lo externo (expresiones de género)²⁷, y esa misma interioridad es un efecto de un discurso decididamente público y social que establece la “integridad” del sujeto “con el propósito de regular la sexualidad dentro del marco obligatorio de la heterosexualidad reproductiva”(Butler,1990:267).

²⁷ Para situarnos en las coordenadas geopolíticas de gestación de este trabajo final de licenciatura, es indispensable considerar la recientemente sancionada Ley de Identidad de género N° 26743 en nuestro país. En su primer artículo, dicha ley cita como fundamento jurídico Los principios de Yogyakarta (*sobre la Aplicación del Derecho Internacional de Derechos Humanos a las Cuestiones de Orientación Sexual e Identidad de Género*) en el cuales se considera por identidad de género esta misma ambivalencia que Butler analiza, entre un espacio psíquico interior (ámbito de la autopercepción) y las expresiones de género (ámbito de lo externo y visible): Por identidad de género se entiende “la profundamente sentida experiencia interna e individual del género de cada persona, que podría corresponder o no con el sexo biológico, incluyendo el sentido personal del cuerpo (que, de tener la libertad para escogerlo, podría involucrar la modificación de la apariencia o la función corporal a través de medios médicos, quirúrgicos o de otra índole) y otras expresiones de género, incluyendo el vestido, el modo de hablar y los modales”.

2.5 Ante la ley del género

Continuando con la indagación crítica sobre las categorías de sexo y género y sus modos de articulación a partir de prácticas discursivas, Butler acude a la noción de performatividad a partir de la interpretación que hace del ensayo de Jacques Derrida (1984) acerca del cuento de Franz Kafka “Ante la ley” (2010). En dicho texto, Derrida interpreta aquel cuento kafkiano en donde un hombre procedente del campo se aproxima a la puerta de “la ley” y quién protege la puerta, un guardia, no le permite su entrada. El campesino que se dispone a ingresar no lo hace puesto que parece conferirle cierta fuerza a la ley - “Ten en cuenta que soy poderoso, y además soy el guardián más ínfimo” (Kafka,2010:222). Esto ocurre a partir de la anticipación de una revelación fidedigna del significado, el cual se mantiene oculto e inaccesible. Paradójicamente, el modo de acceso a la ley es, sin embargo, la imposibilidad de hacerlo (“si tanto te incita, intenta entrar a pesar de mi prohibición” (Kafka,2010:222). Es decir, el campesino permanece ante las puertas (abiertas) de la ley, hasta se inclina para mirar que hay en el interior, pero sin jamás poder ingresar a la misma. La interpretación derrideana plantea la cuestión de la inaccesibilidad a la *historia* de la ley (la imposibilidad de acceder a su génesis), de modo que esta inaccesibilidad se convierte en su esencia o identidad. En otros términos, “la identidad de la ley sería su no-identidad, su no-accesibilidad, su no-poseer ninguna esencia. La violación de esa identidad implicaría, sin embargo, un comparecer ante la ley, cuya historia vuelve a escaparse para poder funcionar como tal” (Canseco,2011:24). La fuerza de la ley, entonces, se constituye a partir de su anticipación; ésa es su identidad, aquello que se espera de ella, no de ella misma, puesto que es inaccesible. Quien espera a la ley, quien espera de ella un significado la dota de una fuerza de autoridad que se instala como efecto en el sujeto que la anticipa. En palabras de Butler, “la anticipación conjura su objeto” y referido al género, éste funciona con una expectativa similar a quien espera a la ley. Quien espera frente a la puerta atribuye cierta fuerza a esa ley. La anticipación del significado es el medio a través del cual la autoridad conjura su objeto. De este modo, *la anticipación de una esencia interior provista de género origina lo que plantea como exterior a sí misma*. La expectativa de cierta verdad de una esencia interior que deba

manifestarse o exteriorizarse produce esa misma verdad que anticipa. *La verdad acerca de lo masculino o lo femenino en el sujeto se produce, entonces, a través de la repetición ritualizada de actos que van teniendo efecto a partir de la naturalización de esos gestos en el contexto de un cuerpo.* “De esta forma, lo que hemos tomado como un rasgo «interno» de nosotros mismos es algo que anticipamos y producimos a través de ciertos actos corporales y gestos naturalizados” (Butler 1990:17).

La performatividad del género gira en torno a la figura retórica de la metalepsis, dicho tropo como figura retórica clásica refiere a un desplazamiento metonímico. Es decir, al usar esa figura la dimensión apelativa se desplaza a su cumplimiento mismo²⁸.

De allí que, el mecanismo metonímico como mostración que señala su cumplimiento nos conduce a postular un núcleo interior previo o espacio psicológico que contiene la esencia de sujeto generizado, el cual sería causa y origen de los modos de expresión y actuación externos al sujeto mismo. En consecuencia, el mecanismo por el cual todo sujeto tiene uno y solo un género, no es el resultado de un conjunto de acciones expresivas que haya que atribuir a un sujeto previo postulado anticipadamente. Este núcleo interior previo, reducto psicológico del sujeto, es producto del enunciado mismo, es decir, como figura

²⁸ El ejemplo tradicional es: "Recuerdo tu juramento", allí la metalepsis desplaza en su misma enunciación el sentido al cumplimiento de tal juramento. La figura toma o asume la realización de lo mentado en su significación literal. De allí que la metalepsis es una figura de sentido, no meramente de dicción. En rigor, resulta embarazoso establecer una distinción causal entre lo expresado en la dicción mismo y la captación de su sentido como realización. Se trata de un proceso que se da en el interior de la figura, es decir implica afirmar su realización, mostrarla.

En la metalepsis, a pesar del común entendimiento (la definición canonizante de la RAE), no hay inversión de antecedente y consecuente porque no hay antecedente y consecuente. Si los hubiera deberíamos hablar de dos eventos, y la figura metaleptica remite a uno, el de la dicción, que muestra, apela, y en el mostrar o apelar señala su cumplimiento. Lo enunciado se desplaza de la apelación a la realización en el mismo tiempo del sentido de la figura.

Por último, la RAE enuncia por metalepsis (del griego μετάληψις, cambio). *Ret. Tropo*, especie de metonimia, que consiste en tomar el antecedente por el consiguiente, o al contrario. Por esta figura se traslada a veces el sentido, no de una sola palabra, como por la metonimia, sino de toda una oración; p. ej., *acuérdate de lo que me ofreciste, por cúmplelo*.

metaleptica asume la realización y cumplimiento de su formulación en la misma demanda de un sujeto.

2.6 Teatro del género

Desde el punto de vista platónico, la escena del teatro, que es a la vez el espacio de una actividad pública y el lugar de exhibición de “fantasmas”, confunde *el reparto de identidades*, de actividades y de espacios. Y está el espacio *del movimiento de los cuerpos* que se divide el mismo en dos modelos antagónicos. Por un lado está el movimiento de los *simulacros de la escena*, ofrecido a las identificaciones del público. Por el otro, está el movimiento auténtico, el *movimiento propio de los cuerpos comunitarios*.

Jacques Ranciere , *El reparto de lo sensible*

Como hemos visto, la categoría «género» no alude a una identidad estable de la que emanan diversos actos, sino por el contrario se trata de una identidad edificada a través de la *repetición estilizada de actos (una verdadera temporalidad social constituida)* que consolidan la impresión de estabilidad en el ser un hombre o ser una mujer. En otras palabras, el género se instaura mediante *actuaciones* que son *internamente discontinuas* pero no obstante ello han creado, mediante normas sedimentadas y ficciones culturales constantes, una serie bien definida de “estilos de la carne”: cuerpos “naturales” en sexos que existen en una relación binaria uno con el otro.

Otro antecedente que juega un papel importante en la formulación de la teoría de la performatividad, tal como lo desarrolláramos previamente, es la metáfora teatral que le sirve a los fines explicativos para plantear los procesos de generización. Las actuaciones de género requieren acciones repetidas y expresivas que llevan a cabo significados sociales previamente establecidos (vale recordar la teoría de la dramatización del género en «Performative Acts and Gender Constitution..» de 1988). Como en otros rituales sociales²⁹, la performance o actuación de género hace explícita las leyes sociales en una suerte de ritual repetitivo de significados socialmente establecidos. La dramatización del género no es un acto solitario porque actuar el género se escenifica bajo ciertas

²⁹ Cfr. la noción de *performance social* que Butler utiliza del antropólogo Victor W. Turner (1974) desarrollada en ACTO PRIMERO, secciones 1.8, 1.9 y 1.16.

condiciones preexistentes, sedimentadas y heredadas. Los actos que efectuamos no son nunca completamente originales, ya que han sido ensayados o puestos en escena con anterioridad. Es como un libreto que subsiste por encima de sus concretas dramatizaciones. En un contexto teatral, el texto (libreto) “es un signo más dentro del espectáculo teatral -no una norma a la cual serle fiel-, el estatuto del texto cambia en la instancia compositiva de un espectáculo teatral y proyecta esa modificación hacia el espectador” (Paz, 2013:2). Justamente la actuación al no ser un acto único ni solitario requiere ensayo y repetición. La actuación de género requiere una performance repetida proyectada hacia los espectadores. Esta repetición es a la vez reactuación y reexperimentación de un conjunto de significados socialmente establecidos.

Hasta aquí la teoría dramaturgica del género, que Butler postula en sus escritos iniciales, le sirve a los mismos fines de la crítica antiesencialista o de la metafísica de la substancia.

En la metáfora teatral, es como si la máscara del actor constituyera al actor mismo a tal punto que sin ella no tendría rostro. Dicha máscara se va incorporando (haciéndose cuerpo) en la medida en que el actor la va usando. No existe, por tanto, un “yo” prediscursivo del que se desprenden significaciones, sino que él mismo es resultado de las operaciones discursivas que lo nombran. El sujeto nace en y gracias a los gestos corporales y otras prácticas discursivas. (Cansenco, 2011:26)

Estas actuaciones de género se llevan a cabo con el estratégico propósito de mantener al género dentro de marco binario de la heterosexualidad. Y además, presuponen un proceso de sedimentación que con el tiempo funda y consolida ficciones sociales coactivas tales como el sujeto generizado (prediscursivo) e igualmente ciertos tipos de identidades de género binarias con sus correspondientes sexualidades “naturales”. Las identidades resultan, entonces, ideales normativos e impositivos más que expresiones de una realidad.

2.7 Drag Queen: entre la parodia y la imitación

Algunas feministas, como la mayoría de las personas, sostienen el mito de que las que construimos nuestro cuerpo somos sólo las personas transgeneros, pero esto no es así. Todxs somos consecuencia de mandatos institucionalizados que nos hacen ser lo que somos aún antes de nacer. Cuando nacemos, somos incorporadas a reforzar la norma, naturalizando lo que debemos ser.

Mayte Amaya, *Nuestra identidad trasciende el cuerpo*

Ahora bien, el espacio argumental desplegado en *El género en disputa* no solo muestra el carácter reiterativo de las actuaciones de género y la consiguiente insistencia en la proliferación de géneros (o discontinuidad en la unidad heterosexual sexo/genero/deseo). Al mismo tiempo, la apuesta butleriana defiende la capacidad de acción transformadora y subversiva de algunas actuaciones de género que permitan algunos desplazamientos, variaciones o, incluso más, que subviertan internamente las normas del género.

Frente a dos posiciones bien definidas, Butler definirá su propia estrategia analítica y su propuesta de agencia política. Por un lado, las *restrictivas ontologías del género*, que han caracterizado al feminismo más abocado a la búsqueda de la definición certera de un sujeto del feminismo y por otro lado, la *estrategia separatista* más radical que insiste en la trascendencia de la matriz de inteligibilidad heterosexual (léase Wittig). Butler cree, de este modo, que las exhibiciones hiperbólicas de la feminidad que tanto la *drag* como las *butch/femme* realizan, promueven desplazamientos en las mismas reglas de género. Pues como sabemos, el género es un acto repetitivo abierto a la parodia y la crítica interna.

Tomando como punto de partida los estudios antropológicos de Esther Newton en *Mother Camp: Female Impersonator in America* (1972), Butler considerará el ejemplo paradigmático de la actuación de la *drag queen* (dentro de la cultura trans) y de las *butch/femme* (dentro de las identidades lésbicas)³⁰ como representación de las

³⁰ La identidad y cultura lésbica reconoce un amplio abanico de expresiones. Entre ellas “las lesbianas *butch* son aquellas con una expresión de género calificada, en nuestra cultura, como extremadamente masculina, mientras que las lesbianas *femme* son aquellas que expresan, en el mismo contexto cultural, una femineidad extrema. Estos términos no son solamente descriptivos, sino que han sido históricamente apropiados y conjugados como identidades individuales, comunitarias y políticas” (Serrano, 2009:38).

identidades paródicas que dan cuenta de la construcción social de género y la repetición subversiva como estrategia política. Butler hará de la figura de *butch* y de la *drag* auténticos prismas culturales cuya fuerza subversiva es poner de manifiesto la estructura paródica, mimética, performativa y fabricada de la identidad de género.

Vestida con ropas del sexo opuesto, la *drag* actúa con fines artísticos una apariencia exterior femenina (por lo general hiperbólica) pero cuya anatomía corporal es masculina. La *drag* ocupa un espacio paradójico que se sitúa entre la supuesta verdad aunque oculta del sexo anatómico y la verdad representada del supuesto falso género teatralizado: la *drag queen* hace de la lectura de la identidad sexual un ejercicio contradictorio en el que la verdad resulta imposible. La “frivolidad de la actuación” indica no solo la radical contingencia que media entre el sexo y el género, sino que también altera la distinción entre espacio psíquico interno y externo o entre anatomía del actor y género actuado.

Pese a que la performance de la *drag* es vista (incluso por muchas feministas) como una copia mala o degradada de una feminidad original su actuación asume un carácter diferente: al imitar el género, la *drag* manifiesta la *estructura imitativa de todo proceso de generización* como también su carácter contingente. Justamente el que se pueda producir en la puesta en escena (artística) una imagen unificada de la mujer pone en evidencia que la idea de una sexualidad originaria y coherentemente heterosexual no es más que una construcción sociocultural que es susceptible de ser desplazada. No hay identidad esencial u original de género detrás de las performances de género. La identidad sexual es, por el contrario, resultado de las performances del género. En efecto, la mujer biológica cissexual³¹ se constituye performativamente mediante un conjunto de imitaciones y repeticiones que naturalizan su lógica y se atribuyen el valor de ser fundamento originario de cualquier imitación posible.

³¹ Vale recordar que por cissexualidad o cisgeneridad nos referimos a las fronteras de la diferencia sexual que dividen todas las identidades y expresiones de género entre Trans y no Trans. De otro modo, esta noción indica la división entre aquellas mujeres que se identifican con el sexo asignado al nacer y aquellas que no, siendo el nominativo cissexuales para las primeras y mujeres trans para las últimas. Véase ACTO PRIMERO..

La *drag queen* no imita un estereotipo de mujer originaria puesto que lo que definimos como lo “original” y “normal” resulta ser un ideal regulativo que es producido, reificado y naturalizado por las mismas actuaciones (de género) que se suponen como su efecto. La noción de parodia, en este sentido, trata de mostrar, a partir de la *imitación* de un “original” cómo funciona de hecho la conformación de una identidad generizada que, al imitar, *fracasa* de manera inevitable. El “original” queda, entonces, expuesto como copia de un ideal normativo al que tampoco nunca alcanza. Más que una imitación de un original o una copia truncada, la *drag* parodia la noción misma de original y así desplaza el significado del original como ideal que es inevitablemente fallido y que por ello nadie puede personificar. De todo ello se deduce que *el género no es más que una parodia permanente de sí mismo* y una imitación sin un origen, una producción que en su efecto se presenta como imitación de un estereotipo original e ideal.

En otros términos, la heterosexualidad como sistema obligatorio es una parodia permanente de sí misma, una comedia intrínseca en su propia ley. Precisamente las categorías paródicas, tales como las identidades *queens* (reinas), *butches*, *femmes*, *girls* (chicas) y hasta la reapropiación paródica *dyke* (machona), *queer* y *fag* (maricón), sirven para desnaturalizar el sexo que se presume como ley e ideal original pasible de imitación.

En este contexto, la cultura *butch-femme* (prácticas lesbianas en las que una parte de la pareja es femenina y la otra masculina) ha sido tradicionalmente deslegitimizada por el feminismo al considerar que suponía la repetición de normas heterosexuales. Suele culparse a la comunidad *butch* de rechazar cierta feminidad primaria o ser simplemente antifemeninas (aversión misógina), lo que llevaría al extremo de la duda sobre si estás se sienten realmente atraídas por lo femenino. La relación de estos deseos e identidades lésbicas no están al margen ni trascienden las convenciones heterosexuales³², lo que tampoco deberías llevarnos a concluir que éstas proceden de una original identidad

³² Véase al respecto el diferendo entre Butler y el separatismo lesbiano de Wittig, donde esta última opone su proclama política de transcendencia lesbiana frente a las dinámicas opresivas de la ley heterosexual. Capítulo 1, secciones 1.10-1.15.

heterosexual. En este mismo sentido, la identificación lésbica con la masculinidad en la identidad *butch* ("camionera", "marimacho") como la feminidad hiperbólica de la lesbiana *femme* no representan copias de una heterosexualidad más originaria ni tampoco significan una mera reintegración del lesbianismo al ámbito de la heterosexualidad normativa. Justamente el que la *butch* pueda reproducir en el marco lésbico dinámicas heterosexuales ("le gusta que sus chicos sean chicas"), pone en evidencia que la heterosexualidad como relación sexual originaria no es más que los efectos de la repetición sedimentada y por ello es una construcción sociocultural pasible de ser desplazada y parodiada. En un régimen heterosexual que produce los códigos dominantes de la masculinidad y la feminidad asignándole su estatuto de identidad sexual original (mientras el resto de las variantes sexuales como la homosexualidad serían consideradas sólo una imitación, una "mala copia"), la resignificación paródica que realiza la cultura *butch-femme* supone el acceso a un cierto dispositivo de poder. Dicho de otro modo, la heterosexualidad es una parodia de género sin original en las que las posiciones compulsivas de la feminidad y la masculinidad son el resultado de repeticiones y recitaciones performativas. La oposición que se establece entre heterosexualidad y homosexualidad en términos de género no opone modelos naturales a modelos imitativos o ficcionales. Todas las performances de género, sean hetero, homo o transexuales son paródicas, la diferencia es que unas son legitimadas como naturales y otras son denunciadas como imitativas y perversas. De allí que la identidad *butch* otorgue un nuevo significado a la feminidad, explore una comprensión más abierta de la feminidad e igualmente se apropie y se adueñe de la categoría sexual masculina. Lo que ocurre con la construcción específica del deseo *butch* es que excede el estrecho marco binario y falogocéntrico que define lo femenino. Lo masculino no pertenece al cuerpo sexuado del macho o en otros términos se trata de una masculinidad que no se halla solo y de modo exclusivo en los hombres; esta es la posible disociación de la coherencia heterosexual (sexo/género/deseo) que la *butch* trae a escena. La cultura *butch-femme* entiende la masculinidad como una convención de estilos (habitualmente asociada al poder y la autoridad) que se puede citar, manipular, descontextualizar y deformar para *provocar*

efectos no previstos. Lo que Butler considera tanto en la *butch* como en la *femme* es que, la repetición del modelo heterosexual por parte de estas identidades lésbicas, es un sitio posible de cuestionamiento, resignificación paródica y subversión que transforma los códigos de género como mecanismo de naturalización heterosexual. De este modo, se comprende la proliferación de identidades paródicas como estrategia política que “impide a la cultura hegemónica y a su crítica, confirmar la existencia de identidades de género esencialistas o naturalizadas” (Butler,2006:269).

Antes bien, frente al recurso analítico que evoca la figura de la *drag*, es interesante no pasar por alto el valor epistémico que ocupa su utilización ejemplificadora. Si bien la *drag* ilustra el modelo imitativo y entonces paródico del género, ¿puede elevarse esta historia de vida a rango de paradigma universal?. ¿Lo que cuenta, en efecto, es la ejemplaridad?. ¿La repetición paródica que pone en jaque la unidad de coherencia heterosexual no presupone entonces un sujeto ejemplificador o dislocador de la misma?. En otros términos, dado que las actuaciones paródicas implican un desplazamiento subversivo de la norma y de allí queda demostrado el carácter paródico de todo género, la pregunta por quiénes encarnan y ejemplifican dichos desplazamientos se mantiene irresuelta. En razón de todo ello, es interesante reconsiderar las críticas recibidas a la teoría butleriana respecto a la instrumentalización de la performance de la *drag queen* como ejemplo paradigmático y modelo epistemológico en la producción de la identidad performativa. Dentro de estas primeras críticas, es importante destacar el valor de la crítica trans (en su doble sentido de, producción de epistemes y aparatos analíticos militantes-comunitarios e igualmente aparatos conceptuales-académicos) en especial Jay Prosser (1998) y Mauro Cabral (2008) quienes, junto con Beatriz Preaciado (2002) y Dardo Scavino (2009) posteriormente, insistirán en aquella pretensión de generalidad y/o universalidad del sujeto *drag* que la performance pone en juego. La utilización instrumental de la *drag* como ejemplo característico (y por ello célebre) sugiere que “tod*s somos *Drag Queen* dado que nos travestimos o nos ataviamos con los artificios de un ‘género’”

(Scavino,2009:57)³³. Por otro lado, también deberíamos notar el uso colonizador y “cosificador” de ciertas corporalidades, experiencias e identidades de la disidencia sexual a modo de ejemplificaciones, casos o ejemplos (en este caso el género paródico y performativo lo constituye la *Drag Queen* y la travesti) en los constructos argumentales o herramientas conceptuales que la misma teoría postula.³⁴

Volviendo a lo trabajado previamente, el proceso performativo es una actividad, no un acto que opera por única vez. De ser así, el género sería el resultado de la voluntad de un sujeto, que es justamente aquello que Butler intenta deconstruir a partir de su

³³ Esta posición, de hecho, es señalada por Butler en *Cuerpos que importan*. Allí indica que “no hay una relación necesaria entre la travesti y la subversión, y el travestismo bien puede utilizarse tanto al servicio de las desnaturalizaciones como de la reidealización de las normas heterosexuales hiperbólicas de género. El travestismo es un sitio de cierta ambivalencia. Afirmar que todo género es como la travesti sugiere que la “imitación” está en el corazón mismo del proyecto heterosexual y además el travestismo no es una imitación secundaria de un género anterior y original, sino que la heterosexualidad hegemónica es un esfuerzo constante y repetido de imitar sus propias idealizaciones” (Butler, 2002:184).

³⁴ Dos comentarios sobre el tratamiento colonizador: por un lado, ocurre una apropiación de ciertos saberes y experiencias en la teoría que se vale de ciertas comunidades y personas para contribuir a sus propios constructos teóricos imposibilitando el reconocimiento de la propia subjetividad de tales actores. A propósito, bien señala Mauro Cabral: “la dependencia constitutiva de cierta academia respecto de las personas trans* como sus objetos privilegiados la vuelve incapaz de reconocer la subjetividad innegociable de esos mismos objetos” (2012). Resulta notorio cómo la utilización del sintagma trans (travesti, transgénero, transexuales) ha venido a servir como basamento de premisas posfeministas (y luego transfeministas), ejemplificando conceptos y argumentaciones teóricas, pero no ocurre lo mismo con otras identidades sexuales no hegemónicas. Pareciera que el carácter repetitivo y performativo del género se aplica casi con exclusividad a personas trans, pero no a otras identidades no hegemónicas que por igual dramatizan y actúan el género (tales como gay, lésbicas, bisexuales, etc).

Por otro lado, ocurre también que la inclusión de estos agentes suele ser objetivante, en el caso de l*s travestis y trans. No obstante, “la prueba está en la diferencia evidente entre aquellos textos académicos (cualquiera sea la disciplina) que ignoran la existencia de los saberes trans, y aquellos que los incorporan –lo que es decir, los que no se limitan a incluirlos como cita, referencia bibliográfica, refuerzo argumentativa de ciertas premisas, ejemplo o nota de color, sino que los encarnan en el cuerpo de la escritura. Eso que hay entre un*s y otr*s textos es, claramente, un mundo de diferencia” (Cabral, 2012:1). Véase asimismo el excelente artículo de Gerard Coll Plans, “La colonización de la experiencia trans” (2013).

caracterización performativa del género. La autora, entonces, establece que toda significación para ser eficaz y lograr estabilizarse en términos normativos e institucionales debe responder a un *marco repetitivo*: “Las normas no operan directamente en la formación del sujeto -pues pasarían a ser el nuevo sujeto instaurador, un mero cambio gramatical-, sino que funcionan a partir de la obligación de su *evocación reiterada*” (Cansenco,2011:27). Cualquier posibilidad de agencia por fuera de las normas sociales hegemónicas no podrá escapar, según la autora, de la *lógica reiterativa*. No existe, según la autora, una identidad y/o un cuerpo por fuera o previo a la ley. Justamente es allí, en la capacidad transformadora que la repetición paródica supone *dentro* o en la inmanencia de la ley, donde Butler sitúa la capacidad de acción o agencia política. De haber una agencia o campo de subversión, ésta “se efectuará desde dentro de los términos de la ley, mediante las opciones que aparecen cuando la ley se vuelve contra sí misma y produce permutaciones inesperadas de sí misma” (Butler,2006:196). El género entendido como *performance*, en definitiva, se comprende como una especie de “práctica de improvisación en un espacio corporal restringido” (Butler, 2006:12-13) y dentro de los confines de directivas ya existentes.

En cierto sentido, estas consideraciones ponen en evidencia que no todas las actuaciones paródicas deberían conducirnos a repeticiones subversivas. Ciertamente, las normas funcionan a partir de la obligación misma de su evocación reiterativa que pretende producir coherencia, estabilidad y originalidad. Es decir, la actuación paródica puede muy bien reiterar la norma o desplazarla en su interior. En ese caso habrá que preguntarse por cuáles prácticas paródicas provocan la risa y el ridículo frente a los constructos identitarios más establecidos.

Con todo lo expuesto hasta aquí, cabe señalar, por último, que postular que el género es performativo no es simplemente insistir en actuaciones paródicas, espectáculos subversivos o en actuaciones teatrales de *crossdresser*, transformistas, *drag queen* y travestis. Según nos advierte Butler:

Una cosa es decir que el género es actuación (*performance*) y otra que el género es performativo (*performative*). Cuando decimos que es *performance* suponemos que

tomamos un rol, que actuamos en algún sentido y que esa actuación (o *role playing*) es crucial para el género que somos y el que le presentamos al mundo. Decir que el género es performativo es algo diferente porque para que algo sea performativo tiene que *producir una serie de efectos*. (Butler, 2011)

Desde la perspectiva butleriana, la realidad del género es performativa, lo que significa, en términos generales, que es “real” solo en la medida en que es actuada. Las mismas convenciones que distinguen estrictamente entre performance (actuación) y performativo son las que habilitan una marcación de los espacios de realidad, hay actuaciones no realizadas o insuficientemente reales y otras plenamente cumplidas. Esa misma realidad, autoevidente y normativa es producto también del presupuesto y la distinción ontológica, es también una modalidad de género actuada. De allí que carezca de sentido y resulta persuasivamente engañosa, la distinción entre actuaciones de escenario (en escena) y fuera del escenario (fuera de escena) o deberíamos entre performance y performativo (performative).

Las actuaciones paródicas y la política de reiteración subversiva tienen tanto efectos como consecuencias éticas en el modo en que las presentaciones y expresiones de género que no se atienen estrictamente a las constricciones normativas son criminalizadas y patologizadas en la esfera social³⁵. Lo que pone en consideración, que la posibilidad de

³⁵ El modo en que Trans, Travestis, Gays, Lesbianas (o quienes no encarnen modos canónicos, esperables y aceptables de la feminidad o masculinidad *straight*) son sistemáticamente perseguidos y criminalizados en el espacio público, explica en parte porque la violencia contra tales colectivos no es reconocida como tal. “Las condiciones de supervivencia, de habitabilidad y de modos de vida son desiguales, y la posibilidad de ser violentados también” (Moretti,2013:45; Sabsay,2011). La exposición diferencial a la violencia física será objeto del ulterior desplazamiento conceptual, denominado “giro ético”, en la obra butleriana. A pesar de que dichas obras exceden el corpus de la presente investigación, cabe destacar que desde 2004 con la publicación de *Deshacer el género, Vida precaria y Marcos de guerra*, Butler no solo modifica su caja de herramientas sino que además se interroga, entre otras cosas, por los marcos de reconocimiento diferencial (viejo tópico hegeliano) de los límites de “lo humano”, el destino de aquellas vidas que “no son dignas de duelo” y la condición políticamente inducida mediante la cual se produce una distribución diferencial de la exposición al daño y la violencia física.

circulación, de actuación performativa y en definitiva de vivir una vida “vivable” (en toda su complejidad) está dada por el marco de inteligibilidad heterosexual.

2.8 Escritos con el cuerpo o de qué están hechos los cuerpos

Confieso que no soy muy buena materialista. Cada vez que intento escribir acerca del cuerpo termino escribiendo sobre el lenguaje. Esto no es porque crea que se puede reducir el cuerpo al lenguaje; no se puede. El lenguaje surge del cuerpo y constituye una especie de emisión. El cuerpo es aquello sobre lo cual el lenguaje vacila, y el cuerpo lleva sus propios signos, sus propios significantes, de formas que permanecen en su mayor parte inconscientes.

Judith Butler, *Deshacer el género*

Aquel que toca, en este sentido, su materia, encuentra simplemente las palabras necesarias. Donde acaba el lenguaje empieza, no lo indecible, sino la materia de la palabra. Quien nunca ha alcanzado, como en un sueño, esta lignaria sustancia de la lengua, que los antiguos llamaban «selva», es, aunque calle, prisionero de las representaciones.

Giorgio Agamben, *Idea de la prosa*

La segunda versión de la teoría performativa del género será desarrollada por Butler, en lo que constituye a su entender una reformulación de algunas recepciones entusiastas y ciertos malentendidos provocados por *Gender Trouble* (1990). El propósito de esta reconsideración no será tanto un intento de aclaración y dilucidación de estas “erradas” interpretaciones, aquel viejo precepto ilustrado, sino acaso sea diseminar otros tantos equívocos que resulten productivos. En *Bodies That Matter* (1993) Butler no pretenderá dar cuenta de la generización de los cuerpos, tal como acometió en *Gender Trouble*, sino que el alcance de este escrito posterior es mucho más amplio: *hace explícito el carácter performativo de toda sexuación* o en otros términos *investiga los modos en los que la performatividad opera en la materialización del sexo y de los cuerpos en general*.

La primera versión de la performance teatral (referida al drama social ritual y la relectura fenomenológica -ACTO PRIMERO-) y la segunda performatividad del género (leáse el carácter imitativo del género y la eficacia de la performance en sus efectos paródicos -ACTO SEGUNDO-) entonces, serán redefinidas a partir de *Cuerpos que importan* (1993) en términos de performatividad lingüística.

Esta tercera versión de la teoría de la performatividad será desarrollada por Butler, en disputa con al menos dos escollos provocados por las interpretaciones y críticas que surgieron a partir de *El género en disputa* (1989). En primer lugar, siguiendo el rastro de lo

corporal en su importancia material, volverá tras las críticas vertidas sobre *El género en disputa* donde parecía quedar impensado el cuerpo al tiempo que este parecía quedar reducido a lo lingüístico-discursivo. En segundo lugar, ligado a la cuestión del constructivismo y dependiente de éste, surge el problema del sujeto voluntarista en la asunción del género, posición que presume la existencia de un sujeto previo que elige el género que ha de asumir.

2.9 Del texto al sexo: la materialidad que importa

La segunda formulación de la teoría performativa del género, al parecer, había insistido sobre el carácter performativo del género en detrimento del carácter performativo del sexo³⁶. Esta crítica retoma la cuestión del lugar que ocupa la materialidad y la corporalidad al tiempo que indica la reducción de toda referencia corporal en términos de sedimentación lingüístico-discursiva.

Esta crítica se pregunta, vale la aclaración, no por el cuerpo como superficie pasiva de la materia donde se inscriben significados culturales (lo que equivaldría a reintroducir la

³⁶ El género se instaure mediante *actos* y normas sedimentadas lo que produce una serie bien definida de “estilos de la carne” o cuerpos “naturales” en sexos. Todo “cuerpo natural” o estilo corporal es también un efecto derivado de relaciones de poder y prácticas discursivas que producen el efecto de un sexo prediscursivo. En otros términos, la producción del sexo como lo prediscursivo debe entenderse como el resultado del aparato de construcción cultural nombrado por el género y por ello no tendría sentido definir el género como la interpretación cultural del sexo, si éste es ya de por sí una categoría dotada de género. En efecto, tanto el sexo como el género pertenecen al mismo ámbito de realidad (es decir, ambos son elaboraciones culturales y poseen la misma primacía ontológica). ¿Deberíamos concluir que todo es género o que toda performance responde al orden de lo simbólico cultural? ¿En tal caso la cultura se convierte en destino?. Del mismo modo, la performatividad entendida como *performance* (autorepresentación teatral, role playing o libre juego) puede interpretarse como si el género fuera del orden de la apariencia, de la superficie (recordemos que en *El género en disputa*, Butler negaba claramente la verdad del género como un núcleo interno). En efecto, ¿deberíamos comprender la corporeidad sexuada en los términos de esta sustantivación del género performativo?, ¿acaso esto no implica una inversión de la relación causal donde el género como práctica de actos sedimentados produce estilos de cuerpos sexuados disponibles?. En consecuencia, no se comprende la apuesta política por performances paródicas de género que desplacen la coherencia heterosexual (de sexo/género/deseo) frente al carácter igualmente performativo del sexo.

cuestionada dicotomía sexo/género), sino acaso por *las normas que regulan el proceso de materialización del cuerpo y de los significados que este proceso hace circular*. Lo que constituye la materialidad del cuerpo, sus contornos, el carácter fijo del cuerpo, sus movimientos “deberá reconcebirse como el efecto más productivo del poder”(Butler, 2002:18). Esto equivale a preguntarse, ya no por los modos en que el género se constituye a través de cierta interpretación del sexo (interrogante que deja la materialidad del sexo fuera de la teorización), sino “¿a través de qué normas reguladoras se materializa el sexo?” (Butler, 2002:29) o de igual modo sobre cuáles son los vínculos posibles de la materialidad del cuerpo con la teoría performativa del género. En el título mismo, *Bodies that Matter*, se subraya esta dimensión con la doble acepción de la palabra “Matter”: ser material (etim. *mater*) significa *materializar, sustancia o asunto*, si se entiende que el principio de esa materialización es precisamente lo que *importa (to matters)* de ese cuerpo, su inteligibilidad misma. Lo que llamamos “materialización” no se refiere al reducto de pura materia de un cuerpo (materializar) sino que consiste en una dinámica de poder que atribuye significados (lo que importa), niveles jerárquicos de “importancias”, de inteligibilidad e igualmente valor. En este sentido, conocer la significación de algo es saber cómo y por qué ese algo importa, si consideramos que “importar” (*to matter*) significa a la vez materializar y significar.

Antes que mantener la noción de sexo como dato prediscursivo sobre el que se erige la construcción discursiva del género o de modo inverso, el género como una construcción cultural que se impone sobre la superficie de la materia, la autora aborda *la categoría de sexo como norma cultural que gobierna la materialización de los cuerpos*. La categoría de sexo es, desde el comienzo, una norma reguladora que produce y da vida a los cuerpos que nombra. Siguiendo de cerca a Foucault, en el primer tomo de *La historia de la sexualidad*, la autora sostiene nuevamente³⁷ que sexo es un “ideal regulatorio” que “permitió agrupar en una *unidad ficticia y artificial* elementos anatómicos, funciones

³⁷ Vale recordar el abordaje previo de Foucault en su rechazo al “sexo natural” en tanto que dato primario que el dispositivo de poder dispone en una dirección binaria. Respecto a este punto, véase Capítulo 1º, ACTO PRIMERO en el contexto al separatismo lesbiano de Wittig, secciones. 1.15, pp.29-30.

biológicas, conductas, sensaciones, placeres y permitió el funcionamiento como principio causal” (Foucault, 2003:187). El género es el término que absorbe y desplaza al sexo al instalarlo en un espacio prelingüístico y previo a la construcción. De este modo, este dispositivo oculta el proceso y lo deja fuera del campo de la crítica. No obstante, la materialidad es postulada como existente pero no como sitio o mera *superficie* pasiva de inscripción, sino que designa cierto efecto de poder estabilizado que aparece cuando se borra, se oculta y se disimula a través del tiempo. En la medida en que una ontología se da por descontada y este efecto material se juzga como punto de partida epistemológico o dato primario, el poder opera con éxito. Es decir, “la materialidad es el efecto más disimulado del poder” (Butler, 2002:29), cuando este poder entierra y enmascara efectivamente los efectos de estas relaciones de poder, cuando este poder se estabiliza produciendo el efecto productivo de permanencia y de superficie que luego es postulado como materia.

Siguiendo este abordaje, Butler volverá a examinar el ensayo de Derrida (1994) sobre el texto de Kafka “Ante la ley” a la luz de la teoría de los actos de habla propuesta por Austin³⁸ (1998,1989) para así reformular su propia versión de la performatividad. En el

³⁸ La estructura de la locución que plantea Austin consiste en actos de habla que son actos de comunicación. La oposición central de esta teoría de la locución es aquella que diferencia las *emisiones constatativas o asertivas* que describen con verdad o falsedad los hechos, de aquellas *emisiones performativas o realizativas* que son aquellos llamados a “hacer cosas con palabras”. Es decir, las emisiones performativas en el mismo acto de decir hacen aquello que se proponen realizar puesto que no pretenden describir o constatar un hecho (ya que no tienen referente, esto es no describen algo que existe fuera del lenguaje) sino más bien producir efectos, operar o transformar una situación (ejemplos de este tipo son promesas, juramentos, insultos, apuestas, bautismos, amenazas, etc). Con el performativo se señala que, cada vez que se emite un enunciado se realizan al mismo tiempo acciones o “cosas” por medio de las palabras utilizadas.

Las emisiones performativas, a su vez se pueden dividir en: emisiones performativas locutivas, estas son aquellas que producen la realidad en el mismo momento de emitir la palabra (lo que les dotaría de un poder absoluto). Por ejemplo, la declaración de matrimonio de un sacerdote. Y las emisiones perlocutivas son aquellas que intentan producir un efecto en la realidad, pero ese efecto no es inmediato sino que está desplazado en el tiempo (y, por tanto, existe una posibilidad de error).

marco de la teoría de los actos de habla, es performativa toda práctica discursiva “reiterativa y referencial” que realiza o produce los efectos que nombra. Retomando lo mencionado previamente, «sexo» supone una norma reguladora que produce y da vida a los cuerpos que nombra. De tal suerte, la performatividad no es de ningún modo un acto único y singular, sino que supone la repetición (emisión reiterada) de una norma o conjunto de reglas. En la medida en que se presenta como acto presente y en su aparente teatralidad, “oculta o disimula su historicidad y las convenciones de las que es una repetición” (Butler,2002:34). Aquí Butler anota sobre su previa consideración y agrega la performatividad que remitía a cierto efecto de poder estabilizado que aparece cuando éste se borra, se oculta y se disimula a través del tiempo bajo la forma de la “materia dada”, es ahora definida (bajo la hermenéutica Austin-Derrida)³⁹ como una *esfera en la*

Las emisiones performativas, a diferencia de las constatativas, carecen de verdad o falsedad *per se* sino que, según señala Derrida la filiación fuertemente nietzscheana del gesto de Austin, (re)fundador de esta teoría, que consiste en sustituir el valor de verdad de un enunciado por el valor de fuerza o de diferencia de fuerza: lo que se denomina la *fuerza ilocucionaria* (no el contenido de la frase pronunciada sino la fuerza de acción que se está efectuando al decirla) de un enunciado que llega a realizarse con mayor o menor fortuna aquello que se proponen, operando sus efectos en la realidad. Determinados enunciados performativos, sin embargo precisan que sus protagonistas respeten lo que Austin llama criterios de autenticidad. El análisis de este tipo de enunciados implica determinar las condiciones que deben cumplirse para que la fuerza del enunciado se realice. Uno de estos elementos esenciales es la presencia consciente de la *intención del sujeto hablante* y otro de los valores fundamentales es *definir el contexto de enunciación exhaustivamente*. Una emisión será afortunada en la medida en que exprese tanto las intenciones del hablante que las emite (una promesa con intención de ser cumplida) como las condiciones contextuales que validan una determinada emisión (cuando cumplo la promesa con los medios adecuados, las palabras adecuadas y con las personas adecuadas). Para Austin, estas condiciones contextuales “exigen un valor permanencia, e incluso de contexto exhaustivamente determinable”, esto es, la enumeración de todas las convenciones que regulan el contexto para cada caso.

³⁹ Como veremos, Derrida se distanciará de Austin allí donde este reintroduce la división entre las intenciones de emisor del enunciado y la fuerza de una emisión que realiza lo que se propone; Es por ello que Austin distingue las enunciaciones “serias” del lenguaje de las “ordinarias” o de los malos ejemplos que hay que desechar por la anormalidad del uso del lenguaje en circunstancias “poco serias” (una representación teatral, el *acting* de una broma, o un poema). Es precisamente en el caso de estas

que el poder actúa como discurso, es decir es definida en términos exclusivamente discursivos. De allí la importancia del epígrafe que inaugura este apartado. Al parecer, el tratamiento sobre la corporalidad y la tarea de recuperar el cuerpo marca los términos de su propio deslizamiento bajo el signo discursivo de «el cuerpo»: “confieso que no soy muy buena materialista. Cada vez que intento escribir acerca del cuerpo termino escribiendo

representaciones “poco serias” que Austin considera un caso excepcional, donde Derrida encuentra la estructura esencial de la iterabilidad o la citacionalidad: la posibilidad del fracaso es intrínseco, necesario y constitutivo del signo. La iterabilidad de un signo universaliza el carácter desafortunado de los actos de habla. Prescindiendo de la referencia privilegiada a la intencionalidad de una conciencia, funciona también “en el más acontecimental de los enunciados”: no existe sentido propio de un enunciado, puesto que la significación no sucede sino alterándose y difiriendo de sí, al inscribir cada vez su “mensaje” en un nuevo contexto. *Todo signo comporta una fuerza de ruptura con su contexto*, es decir, es susceptible de apropiación, reiteración y recitación. Justamente por ello no puede ser contenido o encerrado por ningún contexto, convención o intención del autor.

La convencionalidad y el rito (que se citan reiterativamente) forman la circunstancia del enunciado, su cerco contextual y no una cierta convencionalidad intrínseca de la locución. ¿De qué modo sería posible cualquier ceremonia en la que opere el performativo sin el carácter ritual de repetición de determinados códigos, como en la fórmula para bautizar un barco?.

El proceso de significación –que por esta misma estructura nunca es comunicación de *un* sentido sino, a la vez, de un reservorio de múltiples sentidos desplazables por el poder de la citacionalidad y del injerto textual– es producido así por un continuo movimiento de contextualización, descontextualización y recontextualización. Se trata justamente de la posibilidad de toda enunciación performativa de ser citada. “Es precisamente este movimiento de la *différance* que descontextualiza y reinscribe un texto en un nuevo encadenamiento significativo (injerto del texto en un nuevo contexto) lo que hace que la *descripción exhaustiva del cualquier contexto sea imposible* y vuelve *irrealizables*, o al menos inanalizables los *actos ilocucionarios* desde una teoría como la que presenta Austin” (Romanutti, 2011:52-53).

En resumen, Derrida duda de la naturaleza pragmática de los actos performativos que plantea la teoría de Austin en la que la fuerza del lenguaje para producir la realidad, parece proceder y depender de una especie de instancia teológica (de una voz originaria anterior al discurso). Para Derrida, la efectividad de los actos performativos (su capacidad de construir la realidad/verdad) deriva de la existencia de un contexto previo de autoridad. Esto es, no hay una voz originaria (o intencionalidad primaria) sino una repetición regulada de un enunciado al que históricamente se le ha otorgado la capacidad de crear la realidad. En este sentido, la performatividad del lenguaje puede entenderse como un dispositivo de poder social y una tecnología política.

sobre el lenguaje” (Butler,2006:2080). Las palabras de Butler dan cuenta de la relación entre lenguaje y materia que, desde el inicio, se vuelve problemática. El gesto de la escritura es de por sí corporal, sin embargo la escritura, incluso la filosófica, lucha siempre por apresar una corporeidad que se le escapa y excede pero que sin embargo insistentemente intenta denotar. La corporalidad es aquí pensada en términos discursivos (inclusive más, la corporalidad influye todo el tiempo en el lenguaje), pero ha de advertirse asimismo que el discurso precisa también de un soporte material (auditivo, visual, gráfico, etc). Aunque tampoco el discurso se reduzca a este, pues sólo significa a partir de relaciones que no son perceptibles a los sentidos. Por ende, el discurso y el cuerpo, o de igual modo la materialidad y el lenguaje, deben ser pensados en un vínculo complejo que no permite la simple reducción de un término sobre el otro. No se puede concluir ni que el cuerpo sea exclusivamente una realidad lingüística, ni que el cuerpo no tenga que ver con el lenguaje. Materialidad y lenguaje indican una relación de mutua interdependencia que no es de identidad pero tampoco de radical oposición o diferencia. En todo caso, se trata de un vínculo de circularidad mutua o de una relación de copertenencia en el que cuerpo-materia se citan regularmente en la figura del otro (discurso-lenguaje).

El acceso a los cuerpos, entonces, no puede ser más que discursivo (es decir, una “modalidad del poder”). Este punto de partida tampoco deberíamos llevarnos a presuponer que el discurso es *causa* de la corporalidad sexuado ni mucho menos negar la posibilidad de que en su ejercicio el lenguaje produzca efectos o “restos ontológicos”. Las diferencias sexuales (que interpretamos como realidad biológica dada o hechos fácticos) son indisolubles de las prácticas discursivas que regulan los cuerpos. Sin embargo, es interesante notar que, el acceso a los cuerpos no logra contener del todo a su referente. Según indica el epígrafe inaugural “el cuerpo es aquello sobre lo cual el lenguaje vacila y el cuerpo lleva sus propios signos y significantes que permanecen en su mayor parte inconscientes” (Butler, 2006:280). En este sentido los significados del cuerpo exceden y escapan las intenciones discursivas de representación al mismo tiempo que estos significados corporales delimitan los bordes del lenguaje. Parafraseando el epígrafe de

Agamben, deberíamos notar que donde los significados del cuerpo exceden el lenguaje, empieza no lo indecible del cuerpo puro o un resto corporal prediscursivo, sino la materia de la lengua y sus efectos. De allí que cuando afirmamos que el sexo es un efecto performativo decimos que los cuerpos nunca son meramente descriptos o contenidos en su designación lingüística, sino que son constituidos en el acto de descripción y prisioneros de sus representaciones. En términos generales, al tiempo que existe una dimensión de la vida corporal que no puede ser totalmente representada, el lenguaje conlleva propósitos corporales y emite no solo *actos de habla* sino *actos corporales* que no siempre pueden ser comprendidos en las intenciones deliberadamente conscientes del sujeto.

Los performativos son actos de habla que producen la realidad a la que se refieren y que por lo tanto no son ni falsos ni verdaderos, sino exitosos o fallidos. Curiosamente uno de los ejemplos de performativo preferido por Austin es la preferencia de la ceremonia matrimonial “los declaro marido y mujer”. Cuando ese acto de habla es proferido por las personas adecuadas, investidas de autoridad institucional, en un contexto ceremonial apropiado, la palabra efectúa en la realidad la relación que nombra. En términos de Butler, los actos de habla performativos son palabras de autoridad en las que el poder opera en forma de discurso.

Del mismo modo, cuando el obstetra declara sobre el/la neonato “¡es un niño! (o hasta los insultos “maricón”, “marimacho”, “puto”, “trollo”, etc), no se está enunciando solamente una constatación de hecho o una descripción sobre cómo es el cuerpo del/la bebé o la identidad sexual de algún transeúnte. Esta enunciación del obstetra es, sobre todo, una interpelación performativa que inicia el proceso de sexuación y generización de aquel cuerpo, a través de la *fuerza ilocucionaria*, proceso que finalmente impone aquellas diferencias que habrán de considerarse “naturales”. Por otra parte, la emisión performativa no deriva su fuerza de la voluntad o intención de un hablante singular (el obstetra), sino que supone la cita y la convención ritualizada de una ley anterior (ley heterosexual) que se invoca y es esta invocación la que le da a la emisión (¡Es un niño!) su poder vinculante.

De manera general, el sexo siempre se produce como una reiteración de normas hegemónicas. Como se hace evidente, la hegemonía de las normas no se adquiere por la fuerza de voluntad de un sujeto sino por la citación en sí misma. En palabras de la autora:

El juez que aplica la ley mencionándola no contiene en su persona esa autoridad. Como la persona que habla eficazmente en nombre de la ley, el juez no origina la ley ni su autoridad; antes bien, 'cita' la ley, consulta y vuelve a invocar la ley y, al recitarla, reconstituye la ley. (...) Pero, la ley ya existente que él cita, ¿de dónde obtiene su autoridad? (...) la autoridad se constituye haciendo retroceder infinitamente su origen hasta un pasado irrecuperable. Este *diferimiento* es el acto repetido mediante el cual se obtiene legitimación (Butler, 2002:163).

Esta reiteración productiva es la performatividad discursiva que produce lo que nombra y declara. Como prácticas discursivas, las performativas constituyen un lugar de producción discursiva que deben repetirse para llegar a ser eficaces. Paradójicamente, esta capacidad productiva del discurso es derivativa o diferida, es una forma de citación (de todo tipo de convenciones, precauciones y protocolos contextuales) que reitera la ley y al recitarla no solo adquiere autoridad sino que reconstituye la ley.

Lo que le interesa a Butler del performativo es de donde viene este poder que crea realidad. ¿En que se apoya este poder discursivo? ¿cómo este poder interpela y constituye posiciones de sujeto?. Y aún más, este poder puede fallar en producir aquello que nombra?. Dicho de otro modo, según veremos en apartados siguientes, ¿qué ocurre cuando una *drag queen* enuncia eso que se presente en principio como un constatativo: "soy una mujer"?. ¿Dónde reside la posibilidad del éxito de esa enunciación, más allá de su valor descriptivo?.

Es preciso insistir en que la performatividad solo puede entenderse en el marco de un proceso de repetición regularizada, restringida y obligada de normas. Dichas restricciones no son naturales sino que son también productos de un proceso de construcción, estabilizados en el tiempo debido a su repetición. En este sentido, la acción producida por la performatividad del sexo se opone a cualquier noción de sujeto autónomo o soberano que voluntariamente "actúa" determinado género y por ello mismo existe de manera independiente o en algún sentido es anterior a las normas reguladoras que este mismo

escoge. Dos motivos principales son los que confrontan esta versión liberal, voluntarista y constructivista del sujeto:

En primer lugar, las normas de género plantean la necesidad y complicidad del sujeto con la generización. El cuerpo sexuado no se explica solo apelando a la intencionalidad del sujeto que elige las normas de género sino que también coopera con éstas. Tal como desarrollámos previamente respecto de Beauvoir⁴⁰, la opresión no es un sistema que se contenga a sí mismo, no funciona sin una cierta aceptación y participación individual por parte de la persona sometida. La cooperación es decisiva en el funcionamiento de las normas de género. No hay imposición pasiva sobre los individuos ni voluntad exclusivamente activa de los individuos, hay complicidad con el amo porque los sujetos pueden elegir apropiarse de unos rasgos y no de otros. En este sentido, Butler sostiene que el “yo” no está ni antes ni después del proceso de generización, sino que este emerge dentro de las regulaciones de género.

Seguidamente, la *norma habilita y produce al sujeto*, no como una posesión o pertenencia de éste o inclusive como “alguien” que acate la norma. “Efectivamente, si la posibilidad de ser del “yo” es siempre el efecto de la citación (y de la sedimentación de la cita) de una práctica regulada, no se trata tanto de negarle al yo su ser, como de señalar su carácter citacional” (Sabsay, 2011:55). El discurso precede, habilita y emplaza a ese “yo”-sujeto- (que pronuncia y habla) de tal manera que cuando se nos nombra de tal o cual forma, se cita una determinada convención y esta cita de la norma es necesaria para que a uno se lo considere “alguien” viable y de este modo se es colocado dentro/afuera de una esfera de inteligibilidad cultural.

En efecto, es a través de tales normas (repetidas y citadas, de ahí su fuerza de ley: se las producen mediante la cita como aquello que precede y excede) que uno se vuelve un cuerpo sexuado y generizado. Y en la medida en que dicha citación normativa se reitera como una convención ritual (sedimentada temporalmente), estos cuerpos sexuados se colocan dentro de una esfera de inteligibilidad cultural para constituir e identificar un sujeto viable. Esta constitución no se realiza sino en la repetición de ideales que nunca se

⁴⁰ Cfr. ACTO PRIMERO, sec. 1.4 Eligiendo los géneros.

realizan, patologizando prácticas sexuales y normalizando otras posibilidades que deben mantenerse excluidas para que se logre la heterosexualización.

La fuerza del performativo, por lo tanto, no sólo se da por la reiteración, sino también por la exclusión constitutiva de ciertos cuerpos o la forclusión de determinadas prácticas sexuales. Tales posibilidades sexuales son excluidas pero, no obstante, no pueden desaparecer completamente sino que deben mantenerse como amenazas imaginarias que sostiene el límite de lo viable. Se trata de un “proceso de identificación que jamás concluye, que nunca se concreta plenamente; que es objeto de una incesante reconstitución, y es sometida a la *lógica volátil de la iterabilidad*” (Canseco, 2011:38). Lo que sucede con este terreno necesario de los cuerpos que importan (cuerpos inteligibles) es que simultáneamente hace impensable e invivible otro conjunto de cuerpos, aquellos que no importan del mismo modo. La *matriz de inteligibilidad heterosexual o matriz iterativa de subjetivación* produce, un dominio de cuerpo indeseables, impensables, invivibles, excluidos e imposibles, en resumen, *abyectos*⁴¹. Se trata de una matriz que funciona en la formación de los sujetos (en su identificación) al establecer un límite a la humanidad (un repudio) sin el cual el sujeto no puede emerger, esto es el límite mismo de la inteligibilidad como su “exterior constitutivo”. Ello implica que, de ese ámbito de lo lingüístico se deriva tanto lo inteligible y deseable como lo ininteligible e indeseable. En principio, lo excluido de la significación está inmanentemente producido por y en el proceso de significación heterosexual. Esta zona exterior e inhabitada de la vida social está poblada, no obstante, por un conjunto de cuerpos y sujetos que no gozan de la jerarquía de los sujetos, pero cuya condición de vivir bajo el signo de lo invivible es necesaria para circunscribir la esfera y el estatus que califica a los sujetos y los cuerpos. En este sentido, el sujeto es constituido a través de la fuerza de exclusión y por medio de la producción de

⁴¹ El concepto de abyección (en latín, ab-jectio), redefinido y aplicado al cuerpo social, será definido por Butler como “la acción de arrojar fuera, desechar, excluir y, por lo tanto, supone y produce un terreno de acción desde el cual se establece la diferencia. Dentro de la socialidad hay ciertas zonas abyectas que también sugieren esta amenaza y que constituyen zonas de inhabitabilidad que el sujeto, en su fantasía, supone amenazadoras para su propia integridad pues le presentan la perspectiva de una disolución psicótica -‘prefiero estar muerto antes de hacer tal cosa o ser tal cosa’-” (Butler, 2002: 20).

un “exterior constitutivo” o “exterior abyecto” que, según analizamos, después de todo es inherente al sujeto como su propio repudio y excrecencia fundacional.

Concebido de este modo, la teoría insiste en el carácter iterativo y altamente codificado del género, cuya eficacia depende de la repetición incesante de las prácticas mismas. Como sabemos, la autoridad de las reglas del género (que continuamente citamos) es entendida como un efecto performativo que se revela como el producto de la sedimentación de las prácticas mismas. Atendiendo a este panorama debe decirse, entonces, que las reiteraciones nunca son réplicas de lo mismo, sino que, gracias a su capacidad de ser repetidas, las normas cargan una historicidad que las hace no replicables plenamente. De allí que la norma sea definida en términos derrideado a partir de su *iterabilidad* esencial: “*I*ter, «otro» en sánscrito, puede ser leído como la explotación de esta lógica que liga repetición a la alteridad” (Derrida,2010:356). Ello supone que la norma es intrínsecamente inestable e inmanentemente desplazable y que por ello no pueden preverse los efectos de su propia actualización. La reiteración obligada de las prácticas supondría el desplazamiento y el desborde fuera del encadenamiento y del contexto en el que está tomado. En otros términos, como un efecto sedimentado de una práctica reiterativa, el sexo adquiere su efecto naturalizado y, sin embargo, en virtud de esta misma reiteración se abren brechas y desplazamientos que representan inestabilidades constitutivas de tales construcciones: “como aquello que escapa a la norma o que la rebasa, como aquello que no puede definirse ni fijarse completamente. Esta inestabilidad es la posibilidad deconstituyente del proceso mismo de repetición” (Butler, 2002:29-30). Es de allí que Butler sitúa el *valor político de la citación de la ley, la iterabilidad intrínseca de toda norma*.

2.10 Del sexo al texto: el doble camino de la performatividad

Retomando lo hasta aquí desarrollado, *El género en disputa* (1989), texto decisivo en el recorrido butleriano, se constituyó, a posteriori, como texto germinal de la emergente teoría *queer* y luego, como texto canónico del pensamiento posfeminista. La mayor contribución de esta obra se encuentra en el examen crítico de los presupuestos

fundacionalistas sobre el cuerpo natural y las categorías identitarias (como expresión de rasgos *esenciales* o *sustantivos* del sujeto), en el debate de la política sexual. Para la autora, el sexismo y el heterosexismo funcionan como normas reguladoras y modelos de inteligibilidad que organizan la pluralidad de los cuerpos/deseos en una coherencia ficticia (léase coherencia heterosexual entre sexo/género/deseo) que adquiere el estatuto de lo fáctico, lo “natural”. Así, la norma del género se convierte en una presuposición de la inteligibilidad humana. Lo que esta norma de inteligibilidad permite, bajo una misma paradoja, es que ciertos tipos de prácticas y acciones sean reconocibles como tales y, simultáneamente, que otras tantas carguen como índice de una humanidad insostenible. Los cuerpos ilegibles, imposibles y abyectos forman parte de la norma tanto como su ejemplo más normativo y reconocible. La estrategia analítica butleriana ya puede vislumbrarse aquí: toda posibilidad de agencia y resignificación política se produce en la inmanencia misma y *desde dentro* de la norma de inteligibilidad heterosexual.

La categoría «género» no alude a una identidad o núcleo estable (posesión del sujeto) de la que emanan diversos actos, sino por contrario se trata de una identidad edificada a través de la *repetición estilizada de actos* que son internamente discontinuos pero que no obstante consolidan (retrospectivamente) la impresión de estabilidad en el ser un hombre o ser una mujer.

Sirviéndose de su previa teorización performativa (planteo fenomenológico y, luego teatral-lingüístico -cfr. ACTO PRIMERO-), Butler entiende que la identidad es un artificio escenificado en una suerte de ritual repetitivo de significados socialmente establecidos. La actuación de género requiere una performance repetida bajo el código del ritual, de una escenificación reiterativa bajo condiciones preexistentes, sedimentadas y heredadas. La dramatización del género no es un acto solitario porque actuar el género es siempre reactuación y reexperimentación de gestos corporales y otras prácticas discursivas. El género es un resultado de estas performances teatrales sujetas a transformaciones, elecciones y vigilancias permanentes que se “hacen carne” en el actor. De esta manera, el cuerpo es una continua e incesante puesta en escena de materialidades, significados y posibilidades.

La autora establece, entonces, que toda significación para ser eficaz y lograr estabilizarse en términos normativos e institucionales debe responder a un *marco susceptible de repetición*. Es en la capacidad transformadora que la repetición paródica supone, donde Butler sitúa la capacidad de agencia política: desplazamientos y contaminaciones internas a la ley. Ciertamente, en esta primera versión de la teoría performativa del género, el género no es más que un conjunto de actos repetitivos abiertos a la parodia y la crítica interna. Y esto se debe a que la heterosexualidad como norma de coherencia (bioanatómica y de género) y sistema obligatorio, es una comedia y parodia a su propia ley. Al imitar el género y sus estereotipos, la *drag* y la cultura *butch/femme* manifiestan la *estructura imitativa de todo proceso de generización* como también su carácter intrínsecamente contingente. La noción de parodia, en este sentido, trata de mostrar, a partir de la *imitación* de un “original” cómo funciona de hecho la conformación de una identidad generizada que, al imitar, *fracasa* de manera inevitable. El “original” queda, entonces, expuesto como copia de un ideal normativo al que tampoco nunca se alcanza. *El género como expresión de la norma heterosexual no es más que una parodia permanente de sí mismo* y una imitación sin un origen, una producción que en su efecto se presenta como imitación de un estereotipo original e ideal. Asimismo, el género entendido como *performance paródica y repetición subversiva*, en definitiva, se comprende como una especie de “práctica de improvisación en un espacio corporal restringido” (Butler, 2006:12-13) y dentro de los confines de directivas, significados, libretos y estilos corporales ya existentes.

La metodología analítica de Butler constituye una respuesta activa y en continua elaboración a las preguntas y críticas que provocan sus argumentos. Según indicábamos en el primer capítulo (Acto Primero), la caja de herramientas butleriana se constituye en una política de la interpretación y reinterpretación de distintas epistemologías, para ser más precisos el psicoanálisis lacaniano, la analítica del poder foucaultiano, la herencia feminista de la segunda ola y el posestructuralismo derridiano, entre otros. Ciertamente, en este segundo proceso argumentativo que se afianza cada vez más a partir de la publicación de *Cuerpos que importan*, Butler consigna algunas recepciones entusiastas y

ciertos malentendidos provocados por *El género en disputa* (1989) y sustituye la performance teatral por la performatividad lingüística (Austin releído por Derrida).

El principal escollo que la autora pretenderá dilucidar en *Cuerpos que Importan*, será el relegamiento dentro la primera teoría de la performatividad al ámbito de los procesos de generización simbólica. A sabiendas que, el género está constituido por un conjunto de actos reiterativos que funcionan a partir de la citación de una ley, la postulación de un “sexo previo-natural” y la consiguiente sedimentación temporal de estilos corporales o cuerpos sexuados. Y si bien el género carece de un núcleo interior o una esencia fija y por lo mismo el sexo no es materia pasiva y previa al orden de lo simbólico, no se sigue de ello que el género sea exclusivamente performativo. En efecto, ¿deberíamos concluir que todo es género o que toda performance responde al orden de lo simbólico cultural? ¿Acaso esto no implica una inversión de la relación causal, donde el género como práctica de actos sedimentados produce estilos de cuerpos sexuados disponibles?, de otro modo, ¿los procesos culturales generan fundamentos naturales?. ¿Sexo y género poseen el mismo estatus ontológico?, al parecer el problema de la performatividad del cuerpo sexuado se licúa en estos postulados. Y este será, justamente, el punto de partida de Butler en *Cuerpos que importan*: ¿cómo reelaborar una teoría de la performatividad del género que no desplace el carácter igualmente construido del cuerpo sexuado y que por ello no dé preponderancia a un elemento sobre otro?, ¿cómo hacer frente a las *dos potenciales reducciones* epistémicas que este problema parece conducir: o bien toda performatividad se reduce al orden discursivo que lo produce y por ello debería lidiar con el idealismo lingüístico?. ¿O bien toda performatividad se refiere en última instancia a la pura materialidad del cuerpo sexuado como hecho natural y composición físico-anatómica de los cuerpos?, ¿privilegiar la performatividad del género y entonces la dimensión simbólico-cultural del proceso de generización no vuelve a instalar subrepticamente el conjunto de oposiciones estructuralistas de fondo, cual pares dicotómicos y jerárquicos, que el planteo butleriano debería resolver: materia/discurso, naturaleza/cultura, cuerpo/lenguaje, sexo/género, simbólico/material, etc.?

Si prestamos atención no al título sino al subtítulo de *Cuerpos que Importan*, esto es, *Sobre los límites discursivos del «sexo»*, podemos notar que la argumentación de Butler está circunscripta de forma deliberada: fijar un límite discursivo sobre el sexo pretende poner en foco el análisis de las interacciones psicosociales, los efectos dinámicos de poder y los límites a la performatividad que explican la necesidad de reconfigurar la insistente realidad material de los cuerpos. Se trata de los procesos de “materialización” (en su complejidad política) que presuponen *a priori* una materia sexual desconocida e irrepresentable, ubicada en algún espacio previo, exterior o más allá del ámbito de lo simbólico-cognoscible. Esta materia como algo “otro”, que normalmente entendemos como la sustancia física y evidencia de la materia o, en términos kantianos, a la “cosa en sí” o deberíamos decir “el cuerpo en sí”, “el cuerpo puro” o “la carne en sí”, etc. Al respecto, Butler destaca la contaminación que rodea e inevitablemente socava la integridad de un referente puro (“cuerpo-en-sí”, “carne-en-sí”, “materia-en-sí”), “afirmando que no puede haber acceso a la materialidad pura de la vida corporal que esté separada del lenguaje o cualquier significación” (Kirby,2006:85). Ya Nietzsche proclamaba en *Genealogía de la moral* (2011:155) que “no hay hechos, solo interpretaciones”. Algo similar sucede cuando pensamos este fundamento natural como un hecho que precede, y en consecuencia excede al lenguaje y al pensamiento. La complejidad de abordar este punto radica, sin embargo, en que reconocer la existencia de ciertos hechos corporales (su mutabilidad: placeres, deseos y autodefiniciones cambiantes) significa reconocer también una cierta interpretación, politizante, de tales hechos.

Por último y según hemos visto, uno de los aportes decisivos de esta otra versión de la teoría performativa del género consiste en la interpretación de la pragmática Austin-Derrida. Según vimos, lo que le interesa a Butler del performativo es la capacidad de este poder discursivo de crear realidad, constituir posiciones de sujeto y por lo mismo, la capacidad inherente de fallar en aquello que nombra.

Austin mismo se mostraba inquieto en los años 50’ por el posible fallo del performativo. En función de esta posibilidad, que él contemplaba como amenazante, va a describir el “uso apropiado” del performativo utilizando lo que Derrida calificará como una *retórica*

del parásito. Lo que le preocupa a Austin es precisamente la facilidad con la que la fuerza del performativo puede ser objeto de contrabando y por ello fallar (el habla estigmatizado en las que el performativo falla son tres: el teatro, la citación literaria y el soliloquio). Pero ¿cuál es esta lógica del accidente que mina el performativo? ¿cómo entender la distinción, fundamental de acuerdo Austin, entre enunciados performativos que se producen en situaciones ordinarias y aquellos que se producen en situaciones teatrales y por ello están destinados al fracaso?.

Derrida, por su parte, va acentuar hasta el extremo la habilidad estructural de la fuerza performativa del habla. Las ocurrencias parásitas de Austin (el teatro, la citación literaria y el soliloquio), al decir de Derrida, no son otra cosa que citaciones descontextualizadas de los códigos de autoridad, sobre la escena, en un texto, en un monólogo. Esta citación descontextualizada es, no obstante, siguiendo a Derrida (en *Firma, acontecimiento, contexto* de 1994), la condición de posibilidad misma de que un acto de habla performativo pueda tener éxito, es decir, esta fuerza del performativo no procede del lenguaje ni de la autoridad concreta que lo pronuncia, sino de la posibilidad de cortar un determinado enunciado de un contexto de poder y poder desplazarlo e injertarlo en otro. La performatividad es un efecto del injerto, esa capacidad de recitar ese gesto discursivo de autoridad en otra situación. El éxito del performativo depende de la posibilidad de su fracaso. La fuerza performativa deriva de la creación y repetición desplazada de un contexto ritualizado donde la citación es siempre reateatralizada. Por ello, no hay fuerza performativa sin que se invoque una cierta situación teatral, sin un cierto proceso de repetición regulado (según acentuará Butler).

* * *

3. ACTO TERCERO: MUTILACIONES, PRÓTESIS Y CYBORGS EN BEATRIZ PRECIADO

Tal la existencia y psicología de los personajes, estos vivientes sin entrañas

P. Valéry, *Tel Quel*

Los carceleros de la humanidad no nos atraparán dos veces con la misma red

Charly García, "No soy un extraño"

3.1 Herencias, diferendos y efectos de lectura

En *Manifiesto Contra-Sexual* (2002) y *Testo Yonqui* (2008) Beatriz Preciado perfila una teoría filosófica del cuerpo que, de modo similar a Butler, reconstruye a partir del análisis crítico de distintos autores y tradiciones heteróclitas. El amplio espectro conceptual contenido en el *Manifiesto* y *Testo Yonqui*, parten necesariamente, de la producción de Judith Butler donde el tráfico de influencias y recepciones posteriores adquieren su mayor expansión. Precisamente, el dispositivo conceptual desplegado por Preciado da cuenta de la tesis performativa del género que Butler desarrolla en *El género en disputa* (1990) y *Cuerpos que importan* (1993) principalmente.

Abordar la singularidad del cuerpo sexuado en Preciado, supone una estrategia de lectura indirecta y por principio evasiva. Para aproximarse a los límites del cuerpo sexuado y de igual modo perfilar su propia línea argumentativa, Preciado recurre a un conjunto de analíticas y críticas ulteriores al denominado "feminismo constructivista" de los noventa y, con mayor énfasis a la teoría performativa del género de Butler. El presente recorrido reconstruye la autodenominada "mirada epistemosexual" de Preciado (2008:54), presumiendo este conjunto de críticas. De este modo, el rodeo conceptual que esbozaremos a continuación pone su énfasis en las herencias y efectos de lecturas a los cuales Preciado recurre y traduce en *Manifiesto Contra-sexual* (2002) [cap.3.1-3.9] y *Testo Yonqui* (2008) para llegar a postular finalmente su diferendo analítico con Butler en *Biopolítica del género* (2009) [cap. 3.10].

Como desarrollaremos a continuación, el proyecto general del *Manifiesto* parte del planteo butleriano (1990) respecto de los modos específicos de subjetivación que denomina *matriz*

heterosexual para de este modo confrontarlo con lo que Michel Foucault denominará *tecnologías de subjetivación*. Más aún, a partir de la conceptualización conjunta de Foucault, Haraway y Latour (entre otras fuentes), Preciado toma en consideración la “cuestión de la tecnología”. Tal acercamiento se ve fundamentado en “la relación entre el concepto de género -y la perspectiva de género que este concepto informa- con la tecnología como cuestión” (Cabral,2007:1). En este sentido, la misma noción de género equivale a un artefacto tecnológico, capaz de producir sexos des-sustantivados, maleables e intercambiables: *sujetos híbridos* entre el cuerpo humano orgánico y elementos no-humanos artificiales.

Por último, la tecnología de subjetivación foucaultiana y la consiguiente reformulación en clave sexual de «tecnologías del género» postulada por Teresa de Laurettis, brindará elementos en el escenario de disputa que Preciado desarrolla en torno a los límites no problematizados de lo humano. Desde esta perspectiva, las *tecnologías del género* significan, sencillamente, *prótesis* incorporadas. En consecuencia, se trata de la postulación de un sujeto constituido en la ignorancia y la negación de su relación constitutiva con especies, órganos e injertos orgánicos e inorgánicos o aquellos ámbitos de lo no-humano que no obstante forman parte de los procesos de corporización sexual. El sujeto posorgánico que presupone Preciado, invierte los términos del registro robótico que bajo el registro oponible de lo orgánico y lo artificial ensambla uno al otro. Por contrario, el cuerpo cyborg (de Haraway) incorpora lo mecánico en su constitución viviente y de este modo el cuerpo natural (hiper)conectado se convierte en prótesis. La materialidad del cuerpo sexuado se mide, entonces, en los modos específicos de incorporación prostética y de allí que en los tipos híbridos, se desdibuje el límite entre tecnologías artificiales y materia orgánica.

3.5 Del sexo al género: la cuestión de la tecnología

Habitualmente el conjunto de obras, artículos y seminarios que componen el corpus foucaultiano conforman un capítulo ineludible en la tradición de lecturas, hermeneútics y aparatos conceptuales que se dio en llamar primero posfeminismo y luego teoría Queer (o *cuir* en su reivindicación hispanoparlante). A pesar de esta presunta tradición de

lecturas que el *corpus* foucaultiano habilita, es necesario destacar la importancia de la crítica que Teresa de Lauretis inaugura sobre la caja de herramienta foucaultiana y las bifurcaciones político-conceptuales que habilita. El citado concepto de *tecnologías de subjetivación* de Foucault, formará parte de la comprensión crítica que Teresa De Lauretis formula y es justamente esta crítica o bifurcación rizomática lo que Preciado retoma para así al introducir su concepción del cuerpo generizado como “incorporación prostética”.

El recorrido que propone Lauretis se inicia a partir de la crítica y práctica feminista de la segunda generación o “segunda ola del feminismo”, focalizaba su análisis en la diferencia sexual, vale decir, diferencia de las mujeres respecto de los varones, de lo femenino respecto de lo masculino. Al enfatizar la oposición sexual universal, “la mujer como la diferencia respecto del varón, ambos universalizados; o la mujer como diferencia *tout court*, y por esto igualmente universalizada”, según indica Lauretis (1989:7), este marco conceptual mantiene al pensamiento feminista atado a los términos del patriarcado occidental mismo. Así, bajo esta analítica la diferencia sexual es el resultante no de la biología o la naturaleza o de la socialización (“nacer mujer”) sino del significado y de los efectos discursivos (léase “devenir mujer” o “llegar a serlo). Sin embargo, la diferencia sexual es en primera y en última instancia, una diferencia de la mujer respecto del varón, o inclusive del varón en sí mismo. Lauretis también enseñará los límites de esta posición que universaliza el significante “mujer” como representación de una feminidad metafísico-discursiva *a priori*, que al elevarse a categoría general homogénea no reconoce diferencias en absoluto. Siguiendo a la autora italiano-americana, las diferencias entre mujeres musulmanas que usan velo o burka y mujeres occidentales que se enmascaran (en estereotipos de belleza o cánones corporales), por ejemplo, no pueden entenderse como variaciones reducibles a la diferencia sexual.

La dificultad, con un marco feminista de este tipo, es que esencializan la categoría de “la mujer”, la cual funciona como signo de identificación del cuerpo de la mujer y su sexualidad con la función de reproducción, y según agrega Preciado, esta perspectiva pone el acento en los peligros que representan las tecnologías para el cuerpo de la mujer. La noción de género como diferencia sexual, agrega De Lauretis, ha fundamentado y se

mantiene inscrita en los discursos culturales hegemónicos y sus principales narrativas subyacentes -sean ellas biológicas, médicas, legales, filosóficas o literarias-. En efecto, tecnología y reproducción sexual se inscriben en estos discursos hegemónicos que designan al cuerpo femenino como el resultante de la historia natural y por ello confinado a la procreación y la gestación. Bajo este análisis el cuerpo de las mujeres se presenta como la naturaleza (materia cruda) sobre la que va a desplegarse el poder contaminante de la tecnología, o en otros términos la tecnología constituye una forma sofisticada de la dominación masculina. En otros términos, si el cuerpo femenino pertenece a esta narrativa hegemónica (biomédica) entonces la tecnología remite a un conjunto de técnicas patriarcales que objetivan, dominan, explotan y alienan el cuerpo natural de las mujeres.

Hasta aquí, este análisis incorporaba el lema de Beauvoir pero paradójicamente re-esencializando el sexo sobre el devenir género: “para *llegar a ser mujer* primero había que *serlo*” (Cabral,2007:3). En tanto variable histórico cultural, el carácter construido del género (la diferencia de ser-mujer) era acentuado con la ayuda de modelos constructivistas, mientras que la diferencia sexual (el cuerpo femenino igualado a la función biológica-reproductiva) era entendida en un marco esencialista. Ahora bien, en palabras de Preciado, los dos modelos dependen de un mismo presupuesto tan moderno como metafísico: “la creencia según la cual el cuerpo entraña un grado cero o una verdad última, una materia biológica (el código genético, los órganos sexuales, las funciones reproductivas) «dada»” (Preciado, 2002:126).

Por todo ello, Lauretis insistirá en el potencial epistemológico del sujeto social no anclado en la diferencia sexual sino más bien a través de representaciones lingüísticas y culturales. Esto es, un sujeto múltiple y contradictorio frente al sujeto unitario “mujer”, igualmente atravesado por relaciones de clase, etnia y de raza⁴². El punto de partida para desatar este lazo que liga género y diferencia sexual e igualmente apostando por la articulación de esta otra clase de sujeto, lo constituye la interpelación y crítica de la teoría

⁴² La influencia del feminismo afroléxico y chicano (Angela Davis, Bell Hooks, Cheryl Clark y Cherrie Moraga) es decisiva en la formulación de un sujeto heteróclito y contradictorio en Lauretis.

de la sexualidad de Michel Foucault. Frente al espíritu feminista tecnofóbico, De Laurettis vuelve sobre la noción de “tecnología del sexo” contenida en el primer volumen de *Historia de la sexualidad*, para indicar que el género en tanto representación es también una tecnología social:

Podríamos decir entonces que, como la sexualidad, el género no es una propiedad de los cuerpos o algo originalmente existente en los seres humanos, sino *el conjunto de efectos producidos en los cuerpos, los comportamientos y las relaciones sociales*, en palabras de Foucault, por el despliegue de *una tecnología política compleja* (Laurettis, 1989:8).

Por “tecnologías del género” Lauretis entiende tanto un aparato semiótico-material (entiéndase, una empresa de producción y reducción de significados incorporados que, denomina “semiótica encarnada”)⁴³ como un sistema de representación y construcción sociocultural que asigna significado (identidad, valor, prestigio, ubicación en la jerarquía social) a los individuos en la sociedad y, por ello, requiere un compromiso del sujeto por representarse. En efecto “[L]as representaciones de género son posiciones sociales que conllevan diferentes significados, entonces, para alguien ser representado y representarse como varón o mujer implica asumir la totalidad de los efectos de esos significados” (Lauretis 1989:11). En este sentido, vale recordar, las tecnologías del género son modalidades específicas de constitución de las subjetividades (valga la redundancia, tecnologías de subjetivación) que, en una doble perspectiva, implican una representación social que posiciona a los sujetos diferencialmente pero al mismo tiempo opera con y en la subjetividad, vale decir, se trata de un proceso de asimilación de cada individuo. Siguiendo a la autora de *Alicia ya no*, se trata entonces no de un uso meramente individualista, como algo inherente a uno mismo y exclusivamente suyo, aun cuando los otros puedan tener experiencias “similares”. Por contrario, De Laurettis se refiere al proceso por el cual se construye la subjetividad de todos los seres sociales. A través de ese

⁴³ Desde este punto de vista, el género es un aparato iconográfico y semiótico que permite producir y reproducir ciertas representaciones de la masculinidad y la feminidad. La relación de poder entre los hombres y las mujeres, pero también entre la heterosexualidad y la homosexualidad puede ser repensada en términos de producción de visibilidad y significación (Preciado, 2004:6). Eso que podríamos llamar las tecnologías de inscripción, según De Lauretis el cine (por ejemplo), son tecnologías del género.

proceso unx se coloca a sí misma o se ve colocada en la realidad social, y con ello percibe y aprehende como algo subjetivo esas relaciones -materiales, económicas e interpersonales- que son tan sociales como históricas. Por todo ello, De Lauretis leyendo la teoría de la ideología de L. Althusser denominará *interpelación* a este mismo proceso subjetivo: “proceso por el cual una representación social es aceptada y absorbida por un individuo como su (de ella o de él) propia representación y así volverse, para ese individuo, real” (De Lauretis, 1989:12). Para el caso que nos convoca, podríamos sintetizar -con la de Lauretis de los años ´80- que el sujeto social se constituye (*se genera*) como sexuado en una continua interacción con las tecnologías del género. Este compromiso con la subjetividad deja abierta una posibilidad de agencia y de auto-determinación en el nivel subjetivo e individual de las prácticas cotidianas y micropolíticas que particularmente Preciado se encargará de diseminar.

Con todo, pensar al género como el producto y el proceso de un conjunto de tecnologías sociales (como el cine, la biotecnología, la cibernética, la farmacología, la industria pornográfica, etc) y de aparatos tecno-sociales o bio-médicos es, uno de los principales diferendos críticos con la obra de Foucault. Y esto ocurre porque la analítica foucaultina de “tecnologías del sexo” no considera de hecho, la instanciación diferencial de sujetos femeninos y masculinos en los discursos y las prácticas de la sexualidad. La teoría de la sexualidad foucaultiana no podría conducir, en sus propios términos, a estas consideraciones ya que la sexualidad no es entendida como generizada, sino que la presupone como unívoca e idéntica para todos o se la representa bajo los cánones masculinos. Los postulados foucaultianos, al igual que otras teorías contemporáneas radicales, sostiene De Lauretis, conllevan una paradoja difícil de resolver: para luchar contra las tecnologías sociales que producen la desigualdad sexual y entonces la opresión estas teorías negarán el género. La negación de esta variable en las relaciones sociales de género, legitima y constituye por un lado una perspectiva androcéntrica, ya que está al servicio de los sujetos generizados masculinos y de otro lado, habilita negligentemente una visión opresiva de las mujeres.

3.6 Producción tecnológica de la carne

Comprender el sexo y el género al modo de tecnologías permite, no solo zanjar la presunta oposición entre esencialismo y constructivismo, que De Laurettis logra en parte, sino además interesa especialmente a Preciado para pensar la relación entre la tecnología y los cuerpos. La operación contra-sexual que Preciado delinea sobre las “tecnologías del género” de Lauretis, se propone analizar no solo la capacidad de la tecnología para instituir mundos de sentido (semiótico-materiales) y corporalidades diferenciadas sino los modos específicos de la “producción tecnológica de la carne”. Dicho de otra forma, se interesa por las consecuencias ontológicas y normativas de esa “producción técnica de la naturaleza”. Desde esta perspectiva, igualmente influenciada por la obra de lxs teóricxs Donna Haraway, Karen Barad y Bruno Latour e inspirada por el análisis biopolítico de Foucault, la noción de tecnología es una categoría clave alrededor de la cual se estructuran las especies (humanas y no humanas) e ilustra además el sofisticado movimiento donde la tecnología se presenta a sí misma como naturaleza.

Pese a su complejidad y a la cantidad de problemas que abre y direcciones en las que apunta, podría decirse que el camino transversal que inspira el *Manifiesto Contra-sexual*, supone situarse en los límites imprevistos de las tecnologías del género. Esto es, analizar el estatuto mismo de lo humano y lo no humano, en la ignorancia, negación o evocación de su relación con aquellas especies no humanas (denominado carácter híbrido del cuerpo sexuado) y de modo similar las relaciones del cuerpo orgánico que asimila prótesis inorgánicas.

3.6 Ampliación ontológica: los cuerpos híbridos

La caja de herramientas que construye el transfondo conceptual del *Manifiesto Contra-sexual* así como de *Testo Yonqui* (2008) y *Biopolítica del género* (2009) se nutren principalmente, de la estilística de Donna Haraway, y específicamente de la ampliación ontológica que significó el *Cyborg*. Pese a esta influencia primaria y manifiesta, podemos rastrear en la teoría Actor-Red (también conocida como ANT, de sus siglas en inglés *Actor-Network Theory*) del epistemólogo francés Bruno Latour, otra de las fuentes

conceptuales del *Manifiesto* y del *Cyborg* que, abogan por una ampliación ontológica del cuerpo sexuado.

Inicialmente, Latour (2001) expone una concepción instrumental de la tecnología, donde la técnica es un instrumento de mediación para lograr un fin (*telos*) que finalmente acaba por convertir al hombre en los instrumentos de un fin, que no es otro que la instrumentalidad misma. En esta versión, que Latour adscribe a M. Heidegger (en textos como “La época de la imagen del mundo” de 1938, “La frase de Nietzsche «Dios ha muerto»” de 1943 y “La pregunta por la técnica” de 1953) la técnica, finalmente, se identifica con la voluntad de dominio instrumental sobre la naturaleza. El problema de esta postura es que asume, según afirma Latour, un espacio de dominio dado, ya sea el dominio de cosas-objetos o la dominación sobre el hombre mismo. De allí que, sujeto y objeto se los presume como instancias separadas, cuanto componentes del mundo prefijado.

Por ello, es imposible hablar de ningún tipo de dominio en nuestras relaciones con los no humanos *incluyendo* el supuesto dominio que ejercen sobre nosotros. De allí, que Latour no se propone superar la tradicional dicotomía, ejercicio que queda preso de sus propios cometidos (cual cinta de Moebius) sino por contrario eludirla a través de la estrategia curva, el *dédalo* como ardid y artilugio conceptual.

En este mismo nivel analítico, Preciado (2002:118) sostiene que, el término tecnología, remite etimológicamente a *techné* (oficio y arte de fabricar) en oposición al orden de la *physis* (naturaleza física), lo que pone en marcha una serie de oposiciones binarias y presupuestos modernos-metafísicos: el cuerpo vivo (como naturaleza) y la máquina inanimada (como tecnología artificial), el órgano y la máquina, lo primitivo y lo moderno, la *res cogitans* y la *res extensa*, etc.

Frente ello, Latour recurrirá al concepto de *actante* para desplazar estos presupuestos dicotómicos y plantear así un esquema de interacción entre los hombres (actantes-agentes) y las máquinas. Dado que el uso de la palabra «actor» se suele

restringir a los humanos, la palabra «actante», tomada en préstamo de la semiótica⁴⁴, se utiliza a veces como el elemento lingüístico que permite incluir a los no humanos en la definición. Así, el *Diccionario de semiótica* (2005:16-17) define la noción de «Actante (*Actant-Actant*)» del siguiente modo: "El alcance semántico del concepto de actante puede verse claramente en el marco de la semiótica literaria, cuya extensión trasciende el marco del mero personaje o *dramatis personae*, pues se aplica no sólo a todo personaje, sino a objetos, animales, cosas, conceptos, ideas, etc.(...) El término actante sustituye al término tradicional de "personaje"; y designa tanto a seres humanos, como animales, objetos del mundo natural, contenidos conceptuales, etc (...) En el marco de la acción narrativa, el actante designa a la función básica de la sintaxis gracias a la cual se articula la historia narrada en la novela, y que puede ser desempeñada por uno o varios personajes, o bien por fuerzas objetivas -el dinero, el poder por ejemplo- o subjetivas -tales como la ambición, la codicia." Por su parte, en la teoría semiológica del personaje literario de Philippe Hamon se define al personaje literario en este mismo sentido "no es una noción exclusivamente antropomorfa. Los seres vivos, los objetos y las cualidades deben ser consideradas como valores equivalentes desde el punto de vista de una morfología fundada sobre las funciones de los personajes" (Hamon,1977:3).⁴⁵

Los agentes-actantes, que interactúan en un medio determinado no se constituyen *a priori* como sujetos de una acción sobre un mundo objetivo. En este esquema explicativo, el actante se define a partir de sus actuaciones y rodeos (*dedalión*) de lo que ocurre cuando se toma un desvío de las intenciones originales que un agente tiene. Si todo actante tiene metas, pero no siempre puede llevarlas a cabo, entonces a partir de lo impensado, en esas nuevas relaciones que constantemente se asoman y modifican tanto a las metas como a ellos mismos, se define el actante. En palabras de Latour: "En lugar de

⁴⁴ Es interesante notar un transfondo conceptual común o un espíritu semiótico análogo que comparten T. de Lauretis, Angela Y. Davis, B. Latour y D. J. Haraway. La influencia mutua y referencias cruzadas pueden indagarse sobre el horizonte epocal que inauguró el programa interdisciplinario de *Historia de la conciencia* de la Universidad de California, Santa Cruz. Esta indicación se la debo a Emmanuel Alejandro Theumer.

⁴⁵ La referencia semiótica responde a la amplia generosidad de Ana Neuburger con quien comparto la elaboración (obsesiva) del presente trabajo.

empezar con entidades que ya son componentes del mundo, los estudios de la ciencia se centran en la compleja y controvertida naturaleza de los factores que hacen que un actor llegue a existir como tal”(2001:361). Por ello, es en el «entre» en el que hay que detenerse, es en este rodeo donde se produce una traducción de las metas, lo cual produce una *hibridación* entre los dos actantes, transformándolos en una nueva entidad. Por último, cabe destacar que esa hibridación nos muestra que “jamás hemos habitado este mundo en soledad, en completa desnudez, porque, como Stanley Kubrick describe a la perfección en el film *2001: Odisea del espacio*, desde «el amanecer del hombre», éste comenzó a relacionarse con objetos” (Del Zotto ,2010:6)

La teoría del actor-red devuelve la mirada hacia la participación que tienen las redes que se establecen en la producción de conocimiento, sean estos recursos, equipos, datos, publicidad, poder, etc. Al igual que la sociedad, tampoco la naturaleza es considerada aquí como el trasfondo exterior de la acción humana y social. Y por ello la tecnología no vendría a modificar una naturaleza dada. La importancia de lo tecnológico (y la red de relaciones no-humanas) en la explicación del mundo es mutuamente influyente con la manera en que se trata lo social.

Retomando lo hasta aquí planteado, Latour sostiene que somos agentes híbridos compuestos de elementos humanos y no humanos, inmersos en un complejo proceso de interacción y traducción de metas. Somos parte de un conjunto de asociaciones (denominadas *colectivo*) entre humanos y no-humanos en constante devenir. Estas asociaciones nos modifican, modifican nuestras prácticas, nos transforman en seres híbridos, en entidades compuestas. Por último, la articulación entre actantes híbridos es, efectivamente, una propiedad ontológica del universo y no por contrario, una vinculación exclusiva entre actantes.

3.7 Sobre lógicas prostéticas de producción de la carne

En el último milenio construimos nuestras máquinas, y en este nos convertimos en ellas. No debemos temer, porque así como ocurre con cualquier artefacto tecnológico, las absorberemos en nuestros propios cuerpos.

Rodney Brooks, *Flesh and Machines* (2002)

Si la teoría del actante-red de Latour interesa a la analítica de Preciado, es porque postula una *matriz continua de hibridación* (Cabral,2007:5) que agrega niveles de complejidad a las tecnologías del género. Las tecnologías del género ponen en marcha una serie de elementos semiótico-materiales que si bien la figura del actante incluye, sin embargo, agrega Preciado, la tecnología es ya un proceso de fijación orgánica. Es decir, la tecnociencia es en nuestros días *biotecnología* de producción y control de la misma vida. Las tecnologías del género funcionan como un «c circuito integrado» de elementos humanos/no humanos que no obstante ello evocan constantemente la incorporación de lo orgánico y lo inorgánico como producción biotecnológica de prótesis que la naturaleza sexual asimila y «hace cuerpo». El cuerpo híbrido representa para Preciado una figura episódica (o bien un corte sincrónico) en el amplio proceso genealógico de la “historia de la producción tecnológica de la carne”.

Para decirlo brevemente, Preciado ilustra el proceso que va de los bordes impensados de lo humano-híbrido (la robótica principalmente) a la administración molecular y la producción biotecnológica de las prótesis incorporadas (cyborg). Ciertamente el Robot es un ensamblaje de lo orgánico con lo maquínico pero sin embargo mantiene un registro desdoblado, una dualidad antagónica o una tensión entre dos principios o elementos opuestos, esto es natural/tecnológico, orgánico/maquínico. Es por ello que, la figura somatopolítica del ciborg, aquel personaje híbrido que fusiona lo orgánico con lo maquínico, ilustra el giro rizomático en el cual Preciado finalmente se inscribe. En resumen, la transición historiográfica que analizaremos a continuación, incluye el traspaso de la ficción literaria y biomédica del Robot al momento sintomático y cinematográfico del cyborg.

La idea misma de robot, que fuera desarrollado en 1920 a manos del literato checo Karel Čapek (en su obra de teatro R.U.R. -*Robots Universales Rossum*-), extrae su fuerza de

la metáfora explicativa de la «máquina» como organización y funcionamiento del cuerpo vivo. La ambición original de Čapek, al igual que el espíritu de la primera revolución industrial (fecha entre el año 1750 hasta 1840), era fabricar un «obrero artificial» que pudiera reemplazar la fuerza de trabajo en las cadenas de montaje. En primer término, los cuerpos eran concebidos como instrumentos de trabajo al servicio de la máquina. En segundo lugar, los cuerpos eran paradójicamente apresados entre los registros contrapuestos de *lo orgánico* (que remitía al orden de la naturaleza y de los seres vivos) y de *lo mecánico* (que dependería de instrumentos y aparatos artificiales). La metáfora del cuerpo humano como una «totalidad mecánica» o del hombre-autómata, idea presente tanto en la figuración robótica de Čapek como en la lengua coloquial, puede rastrearse hasta el mecanicismo cientificista del siglo XVII: “El hombre-máquina de La Mettrie, como el animal-máquina de Descartes, descansan sobre la idea de que el cuerpo biológico y sus actividades se pueden reducir a un sistema complejo de interacciones mecánicas y electromagnéticas” (Preciado 2002:129).

A pesar de ello, durante la segunda revolución industrial (entre el año 1880 hasta 1914) la metáfora robótica adquiere un sentido ulterior, la máquina se convierte en sujeto y «miembro vivo». Los términos de la ecuación se invierten: las máquinas traducen todo anhelo industrial y podrían comportarse como seres humanos, hasta tal punto que podrían sustituir al actor humano. “Los obreros pasan a ser simples órganos conscientes que se ajustan a los órganos inconscientes del mecanicismo” (Preciado, 2002:129).⁴⁶

En este segundo corte sincrónico en la historia genealógica de producción de la carne, Preciado recurrirá a la historia materialista de la medicina (en particular aquel período de ampliación de las cirugías reconstructivas y de las llamadas cirugías plásticas que incluye figuras tales como Morestin, Sir H. Gillies, V.H. Kazanjian y Dr. Frederik Mclorg) para señalar algunas especificidades al modelo corporal del robot.

⁴⁶ Es curioso notar que bajo este giro epistémico, la narrativa y acción política del movimiento luddita adquiere sentido. Como las máquinas vendrían a reemplazar a la fuerza de trabajo humano a través de la introducción de la máquina, entonces la organización libertaria se encargaría de su implosión. Para mayor información, es de indispensable consulta Christian Ferrer (2005) quien recupera y registra, aquel olvidado movimiento de trabajadores textiles, en los polvorientos anaqueles de la historia.

Tras la Primera Guerra Mundial numerosos soldados regresaron a sus casas con algún miembro amputado, en muchos casos, la(s) mano(s) (que es, desde el punto de vista de la antropología, el órgano masculino por excelencia, ya que permite transformar la naturaleza a través de los instrumentos). Así, lo que ocurre con los soldados mutilados en el período de entreguerras es que esta «máquina o miembro vivo» servirá de inspiración en la reconstrucción de los cuerpos, con la ayuda de un instrumento: la *prótesis* mecánica. En esta representación de la «máquina viva», tal como ocurre con *Metrópolis* (1927) en la película de Fritz Lang (sea esta leída como mujer o monstruo), el cuerpo utiliza el instrumento como una parte de su estructura orgánica. Frente a la teoría médica renacentista que concebía la prótesis como una imitación lo más fiel posible del órgano que intentaba suplementar, el cuerpo del soldado dañado se concebía, en ese entonces, como un aparato mecánico que podría reconstruirse artificialmente con la ayuda de miembros prostéticos a fin de reincorporarse en la cadena de producción industrial. Desde el convencimiento de que existía una correspondencia entre los hombres que habían perdido una mano (inútiles para la economía productiva) y los que se habían quedado sin órganos genitales (inútiles para la economía re-productiva), un médico militar francés llamado Jules Amar diseñó un conjunto de manos prostéticas que permitían reincorporar a esos soldados al sistema laboral. Para Amar el objetivo era que se adecuara e incluso perfeccionara la función original del órgano afectado (lo que supone un cambio drástico en la manera de pensar el cuerpo). Jules Amar ve el cuerpo como tecnología, no como algo natural y estable, y por tanto cree que existen múltiples maneras de pensarlo y de reconstruirlo. Lo interesante de la prótesis como instrumento es, destaca Preciado, “ese deseo de volverse consciente, de incorporar la memoria del cuerpo, de sentir y actuar por sí mismo”(2002:131). El cuerpo parece fundirse con sus órganos prostéticos generando una continuidad orgánica-inorgánica que instaura una lógica de circuitos conectados, denominada lógica de circuitos conectados, modelo de sistemas semióticos y redes de comunicación.⁴⁷

⁴⁷De acuerdo a los síntomas de la tecnociencia actual que Preciado da cuenta, “la naturaleza ya no se descompone y recrea según el régimen mecánico-geométrico (de la física clásica y su naturaleza

De allí que la prótesis mecánica rompa con el modelo mecanicista según el cual la prótesis debería ser un simple instrumento de reemplazo, ensamblaje o sustitución artificial de un miembro mutilado o bien una copia artificial imperfecta de un órgano vivo. El estatuto tecnovivo de la prótesis modifica las actividades vivas del cuerpo orgánico (“brazos trabajadores” o “piernas pedaleantes”) y expresa la imposibilidad de trazar los límites entre «lo natural» y «lo artificial» sobrepasando así el orden mecánico. En otros términos, la prótesis no reemplaza o sustituye a un órgano amputado; es también “la modificación y el desarrollo de un órgano vivo con la ayuda de un suplemento tecnológico” (Preciado,2002:132). La prótesis tecnoviva es también un *órganon* (palabra que etimológicamente proviene del griego *ergon* -instrumento o pieza necesario para realizar algún proceso regulado); en términos actuales, lo que podríamos denominar como

laboriosamente domesticable), sino de acuerdo con el modelo informático-molecular. Las nuevas ciencias de la vida se alían a la teleinformática de modo cada vez más intrincado. Las computadoras y las biotecnologías gozan de un íntimo parentesco o de igual modo, los materiales genéticos se fusionan con los dispositivos informáticos. De allí que los dispositivos en desarrollo son auténticos ejemplos de una hibridación profunda de los cuerpos, que mezclan materias orgánicas, inorgánicas e inertes en los mismos aparatos de laboratorios. Ambos componentes se conectan e intercambian datos, disuelven las fronteras ya que comparten la misma lógica de la información digital. Con ese objetivo en el horizonte, el cuerpo que interactúa íntimamente con esas vertientes de la tecnociencia contemporánea se compone de información. De esta manera, potenciado por el uso de un léxico y una retórica comunes al reino de lo biológico y al informático, el hombre contemporáneo se vuelve compatible con las computadoras” (Sibila, 2010:71-83). Es necesario señalar, un riesgo inherente en la adopción que Preciado hace de este modelo semiótico-informático de redes (recordemos que se inspirada en los *agentes-actantes* de Latour): “Wiener (profesor del MIT) demostró que la información “esencial” de determinado elemento podía *desmaterializarse* y transferirse a través de diversos medios sin sufrir alteraciones. De allí en más, la idea de *inmaterialidad de la información caracteriza a nuestra era* y suele marcar todos los discursos sobre el tema: parece que la carne molesta en esos mundos volátiles del software, de la inteligencia artificial y de las comunicaciones vía internet. La idea de información sería la esencia inmaterial de todas las cosas (un vestigio metafísico oculto), tanto vivas como inertes, con su consecuente desvalorización del cuerpo orgánico. De allí que *la materialidad del cuerpo se ha convertido en un obstáculo*. Los devotos de esas creencias claman por la utilización de los saberes tecnocientíficos para acelerar la transición de la condición humana a la transhumana o posthumana” (Sibila, 2010:83-100).

“una tecnología textual de codificación-descodificación”. Desde el teléfono, la televisión, el cine, la arquitectura, los automóviles, trenes o subterráneos son todas prótesis simples o complejas sobre las cuales otras prótesis de la sensibilidad pueden conectarse.

Cada órgano tecnológico es un aparato de comunicación o un dispositivo que facilita una actividad particular y *reinventa una nueva condición natural sin la cual nos hallamos incapacitados*. Estas tecnologías generan todo un conjunto de modos de reproducción que son susceptibles de transformar las formas de incorporación de los hombres y mujeres. En resumen, *lo que la prótesis muestra es que el sexo y el género como condición natural producidas tecnológicamente deberían considerarse como formas de incorporación protésicas que se deslizan como naturales, pero que, pese a su resistencia anatómica-política, están sujetos a la transformación y el cambio constante*. En términos de Preciado “cada nueva tecnología recrea nuestra naturaleza como discapacitada con respecto a una nueva actividad que requiere ser suplida tecnológicamente” (2002:133).

Por último, conviene recordar que toda la etiología protésica que Preciado despliega en el modelo del robot vincula aquellos pares dicotómicos de la metafísica moderna, que de modo similar el actante-híbrido de Latour elude: naturaleza/cultura, divino/humano, humano/animal, alma/cuerpo, sujeto/objeto, macho/hembra.

3.8 La promesa de los monstruos: de la robótica de *Metrópolis* a la tecnosexualidad de *Terminator*

Acompañando esta voluntad genealógica por historizar la producción de la carne, Preciado toma prestada diversas fuentes para construir un suelo epistémico igualmente heterogéneo y heterodoxo: tanto la historia materialista de la medicina, el análisis semiótico, la ciencia ficción de masas, la cibernética, el esquizoanálisis deleuziano y la teoría de sistemas se amalgaman en un mismo rompecabezas analítico, como piezas conceptuales que encajan unas con otras.

En el marco de esta investigación crítica sobre los asuntos de «lo natural», «lo humano» y el tráfico imaginario que media entre ellos, la autora de *Manifiesto contra-sexual* recurre a la figura híbrida y liminal del *cyborg*. A fin de registrar aquellas transformaciones de la

sensibilidad humana y del estatuto de «lo humano» en la conformación de significados corporales, Preciado recurre al llamado político-retórico de Donna Haraway: esto es *una política cyborg*⁴⁸ para tiempos posorgánicos. El recurso a la metáfora política del Cyborg, servirá a Preciado, tanto para redefinir la consistencia material del cuerpo sexuado como también ensayar otras posibilidades y nuevas ontologías tecno-fílicas.

Tal como sucede con la robótica y la prótesis, la retórica que inspira la ontología ciborg responde a un momento decisivo en la historia reciente de la producción técnica. De hecho, el paso de los regímenes esclavistas, del capitalismo industrial y la “sociedad disciplinaria” de Foucault al poscapitalismo financiero o las “sociedades de control” (Deleuze, 2005) coincide con la transición del robot (máquina obrera) al cyborg (híbrido hiperconectado de circuitos).

Todo esto se refleja en el giro posfeminista que marcó “El Manifiesto para Cyborg” (1985) en la heterogénea historia del pensamiento feminista sobre el cuerpo, en la cual Preciado inscribe la historia material de los objetos y de la medicina, siguiendo la transición histórica-técnica en que se fabrican los órganos y los materiales involucrados en su producción: inicialmente, el Robot vinculado a la fábrica y sus cadenas tayloristas constituían el escenario de entre guerras, vale decir la prótesis de origen militar en los cuerpos mutilados producto de la técnica y el bisturí quirúrgico. Aquí, el robot obrero halla su inspiración en la máquina autómatas que obtura y condensa un ensamblaje de elementos oponibles entre lo orgánico/lo tecnológico. Y lo mismo ocurre con la segunda robótica que produce un órgano vivo con ayuda de un suplemento tecnológico (prótesis) que paradójicamente incorpora a la naturaleza del cuerpo sexuado. El cyborg “pos-moderno” fue concebido en un laboratorio biotecnológico después de la segunda guerra mundial por ingenieros genetistas. Es por ello que, el cyborg aparece precisamente

⁴⁸ “La política del cyborg (nombre que Manfred Clynes y Nathan Kline, del Hospital Rockland States, utilizaron en 1960 para denominar una rata a la que se le habían implantado una bomba osmótica y un sistema de control cibernético) aparecía a finales de los ochenta como la acción política adecuada en un tiempo posorgánico.” (Preciado, 2004:9)

donde la frontera entre lo animal y lo humano es transgredida, donde la bestialidad ha alcanzado un nuevo rango.

El cyborg inventiva de la ciencia ficción, es un acrónimo que funde dos elementos léxicos tomando, casi siempre, del primer elemento el inicio y del segundo el final: de *cibernético* (CYBernetics) y *organismo* (ORGanism). De allí que, en su fase global, financiera, comunicativa y tecnológica, la actual etapa del llamado (bio)capitalismo estaría constituido por un incremento radical en las comunicaciones, la información, la cibernética y las prolíficas regulaciones entre el organismo y la máquina cibernética⁴⁹.

En torno a este recorrido, Preciado se refiere a la aparición del cyborg bajo este nuevo régimen denominado posmoneísta⁵⁰ o *farmacopornográfico* (Testo Yonqui, 2008) que, a

⁴⁹ A propósito D. Haraway (1995a) se refiere sobre el *Cyborg*, sobre cuatro modelos: 1. *Gaia* (Tierra viva) como un servosistema complejo autopoético y autoregulator, que constantemente está rediseñándose con el fin de obtener un medio ambiente óptimo para su propio sosten. *Gaia* es un *ser viviente* en donde se difuminan las fronteras de lo orgánico, lo tecnológico y lo geológico, es así un *ser vivo* que sirve de habitar natural a otros *Cyborgs*. 2. *Terminator*, criatura de ciencia ficción surgida de las pesadillas apocalípticas de la posmodernidad. Este *Cyborg* es un claro caso de transferencia de prácticas militares a la economía civil y la industria del espectáculo. 3. Una *rata blanca*, el primer *Cyborg* de la historia nacido en el Rockland State Hospital de NY (hospital psiquiátrico). 4. *Mixotricha paradoxa*, una bacteria que habita en el intestino de una termina del Sur de Australia. Este es un parásito mutante, únicamente posible dentro de la Tierra concebida como una tecnobiosfera. La *Mixotricha* es el resultado de múltiples combinaciones genéticas, es más que un ser unitario, es una confederación de simbiogenética.

Estos cuatro ejemplos de *Cyborgs* se dan en la interfaz del autómata y el ser vivo autónomo. “Los cuatro ejemplos pueden entenderse como ciberorganismos de *primer orden*, por cuanto se mueven en el espacio físico y político de nuestro mundo. Más interesante es hacer notar la proliferación actual de *Cyborgs* de *segundo orden*, a saber: las bases de datos genómicos y electrónicos, y los habitantes informáticos del ciberespacio” (Duque, 2003:171-172).

⁵⁰ Esta tercera episteme, ni soberana ni disciplinaria, hace referencia a la figura del Dr. John Money, cuyo poder discursivo material sobre la sexualidad reemplazará al de Freud y al de Krafft-Ebing. Frente a la *rigidez del sexo del siglo XIX*, John Money, el psicólogo infantil encargado del tratamiento de los bebés intersexuales, va a oponer la *plasticidad tecnológica del género*. Si en el sistema disciplinario decimonónico, el sexo era natural, definitivo, intransferible y trascendental; el género aparece ahora como sintético, maleable, variable, susceptible de ser transferido, imitado, producido y reproducido técnicamente. Esta figura de la biomedicina es quien utiliza por primera vez la noción de *gender* en 1947 y la desarrolla

través de la intensificación de técnicas informáticas y digitales de visión y difusión de información compone todo un suelo epistémico⁵¹ en donde emergen subjetividades politóxicas. La episteme farmacopornográfica, tal como mencionábamos previamente (nota 3), hunde sus raíces en la biopolítica foucaultiana. A partir de ésta, completa y especifica la “sociedad disciplinaria” en al menos dos aspectos centrales: el cambio de escala en la administración política del ser vivo a nivel molecular y también la emergencia de subjetividades tóxicopornográficas.

De un lado, la vida humana se entiende en el nivel molecular. Es en ese nivel que es posible anatomizar los procesos vitales, contemplar, y a veces lograr, la miniaturización o micromanipulación de muchas capacidades del cuerpo mediante procesos de intervención. Y por este otro lado, la industria farmacéutica a escala global y la industria audiovisual del sexo son los dos pilares paradigmáticos de este campo de relaciones. Por ese motivo, el dispositivo posindustrial toma su nominación a partir de los procesos de gobierno biomolecular (fármaco) y semiótico-técnico (porno) de la subjetividades. Estas subjetividades toxicopornográficas se definen por las sustancias que dominan sus metabolismos, por las prótesis a través de las que adquieren agencia y además, por los modos en que los sujetos humanos se relacionan consigo mismo en cuanto “individuos somáticos”⁵². (Rose 2012:27-29)

clínicamente más tarde para hablar de la posibilidad de modificar hormonal y quirúrgicamente el sexo de los bebés nacidos con órganos genitales y/o cromosomas que la medicina, con sus criterios visuales y discursivos, no puede clasificar solo como femeninos o masculinos. (Preciado, 2008:81-82).

⁵¹ Por episteme Foucault entiende al conjunto de relaciones que pueden unir en una época determinada las prácticas discursivas que originan ciertas figuras epistemológicas. La episteme no constituye un conocimiento ni una forma de racionalidad, ni se orienta a construir un sistema de postulados y axiomas, sino que se propone recorrer un campo ilimitado de relaciones, recurrencias, continuidades, discontinuidades. Véase M. Foucault (2004)

⁵² Es interesante destacar, tal como ampliaremos en Cap. 4, esta serie de transformaciones que posibilitan innumerables campos de intervención sobre los cuerpos en procura del reconocimiento de la identidad, recuperación, reparación y/o prevención de patologías que superan los estándares biomédicos conocidos e imaginados de hasta hace apenas unos cincuenta años. Como es sabido, esta subjetividad

La robótica urbana de *Metrópolis* o el monstruo teratológico *Frankenstein* de Mary W. Shelley no forman más que ejemplos de bioprótesis incorporadas a un tecnocuerpo. A diferencia de estos Robots, el cuerpo cyborg no opera a modo de suplemento protésico de una función natural inhabilitada. El cyborg convierte radicalmente los términos que inspiran al robot y la prótesis, de tal manera que el cuerpo conectado se convierte en la prótesis pensante del sistema semiótico de redes.

Tal como ocurre con Robocop, Terminator o Darth Vader, personajes políticos del género cinematográfico “ciencia ficción”, los personajes cyborgs no son un artefacto en el complejo funcionamiento de la máquina computarizada. Como sistema biológico, abierto y comunicante el cyborg es un ser vivo conectado a redes visuales e hipertextuales que pasan por la computadora pero que sin embargo no se forman como simples engranajes de ésta. En este sentido, el cuerpo de los cyborgs monstruos “Alexander James Murphy” (Robocop), “T-800 CyberDyne 1.0.1.” (Terminator) o “Anakin Skywalker” (Darth Vader) constituyen un amplio conglomerado de prótesis conectadas al sistema biotecnológico de redes. En otros términos, estos cuerpos cyborgs son circuitos integrados en un sistema polimorfo y protésico de información globalizada.

La lógica de circuitos integrados enseña que la tecnología incorpora prótesis que continuamente se deslizan y pasan como naturales o vivas. El cuerpo tecnovivo de Young-goon en la película *I'm cyborg, but that's ok* (Jae-young Kwak, 2006) por tomar otro ejemplo, es protésico y llevado al extremo es contradictoriamente natural. En esta etiología protésica, que Preciado traduce del “Manifiesto para Cyborgs” (Haraway, 1985), el estatuto contradictorio de la prótesis en cuanto modificación y desarrollo de un órgano vivo significa, simplemente, que “*las prótesis eran todo el tiempo cyborgs*” (Cabral, 2007:5).

toxicopornográfica desarrollada en *Testo Yonqui* (2008) es denominada por Nikolas Rose (2012:267) como *ciudadanía biológica*.

3.9 Devenir Ciborg

Una vez llegados a este punto, conviene retomar el interrogante que guía y estructura el presente pasaje de “3.1 Herencias, diferendos y efectos de lectura” al “3.9 devenir ciborg”: ¿Cuáles son los bordes analíticos que definen y delimitan el cuerpo tecnosexuado de/según Beatriz Preciado?. Siguiendo el camino emprendido hasta aquí, la reconstrucción conceptual sobre el cuerpo tecnosexuado de Beatriz Preciado indica una serie de ensamblajes, líneas de fugas y “políticas de la interpretación” sobre una amplia y heterogénea tradición; herencia que necesariamente presupone y se fundamenta desde el “giro performativo” iniciado por Judith Butler en los años noventa.

El recorrido que va, desde las tecnologías del género de Lauretis, pasando por los actores-red de Latour hasta el Ciborg de Haraway, se anima en la voluntad de tipificar y especificar el proceso social de “devenir” y “llegar a ser” un cuerpo generizado. Siguiendo el lema hipercitado de Simone de Beauvoir «no se nace mujer, llega una a serlo», Preciado se propone caracterizar el segundo elemento de la conjunción, esto es las tecnologías específicas de incorporación que intervienen en el «devenir mujer». Parte de la empresa que acomete en el *Manifiesto Contra-sexual* consistirá en leer la capacidad transitiva inherente al género (el «llegar a ser»), este proceso activo e intencional de encarnación a la luz de considerar estas dramatizaciones, construcciones y actos performativos como tecnologías sociales precisas.

El dilema conceptual que enfrenta la crítica feminista de los años setenta y ochenta, en donde ser mujer es producto del devenir tecnológico y social de la diferencia es que paradójicamente no incluyen los análisis del hombre y de la masculinidad respecto de la diferencia sexual y en cuanto producto igualmente tecnosocial⁵³. Esta versión

⁵³ Mientras que desde los años 70, tanto buena parte de las feministas como los filósofos y psicoanalistas más conservadores parecían ponerse de acuerdo acerca del carácter de construcción cultural de la feminidad, habrá que esperar a la crítica butleriana y a la emergencia de la cultura *drag king* a mediados de los años 80 para que la *masculinidad sea interpretada también como parodia o artificio*. Si bien Butler insiste en el carácter imitativo y paródico del género, privilegia secretamente la feminidad del performativo al utilizar de modo paradigmático la figura femenina de la *drag queen* y no en cambio el carácter igualmente performativo de la masculinidad Drag King.

fenomenológica y constructivista del devenir, Preciado se encarga de enfatizar, fracasa en sus postulados puesto que desemboca en una doble renaturalización. El devenir mujer da por supuesto al cuerpo de las mujeres como un trans fondo natural que deviene social y reduce paradójicamente la tecnología al poder masculino y patriarcal. Así, en este discurso la mujer es a la naturaleza lo que hombre es la tecnología. En resumen, parte del problema de este planteamiento es que “considera que la tecnología viene a modificar una naturaleza (femenina) dada, en lugar de pensar la tecnología como la producción misma de la naturaleza”. (Preciado 2002:123).

Según hemos desarrollado, Preciado considera esta capacidad transitiva, performativa y dramatúrgica del cuerpo sexuado (vale recordar la lectura de Butler sobre Beauvoir) como tecnologías del género y por ello reivindica un análisis más próximo a la historia material de la técnica, la biomedicina y el análisis semiótico materialista (o “semiótica encarnada”).

En la estela de un pensamiento “post-humano” y afín al viraje del feminismo tecnofílico, al cual Preciado adscribe, el «devenir mujer» es ya un producto tecnológico que posiciona a los sujetos. Pero además, subraya Preciado, este espacio de transición del cuerpo sexuado en cuerpo generizado implica un conjunto de elementos y tecnologías

La diferencia entre la masculinidad de un macho heterosexual y la de un sofisticado drag king no reside en el carácter de artificio de esta última, sino en el grado de conciencia performativa. El drag king se sabe artificio mientras que el macho prefiere seguir ignorando los procesos teatrales y políticos que producen su consistencia cultural. Dicho de otro modo, el macho es una identidad kitsch, mientras que el drag king es camp. Una vez más, la masculinidad no es sino un ready-made político o una performance reiterativa camufladas de naturaleza: el efecto de la manipulación intertextual de una multiplicidad de convenciones de estilo. Las primeras manifestaciones públicas de la cultura Drag King (y sus performances de la masculinidad) datan de mediados de la década de los 80, coincidiendo con la emergencia de un cuestionamiento queer de la cultura gay y lesbiana, así como de la introducción de un nuevo discurso post-pornográfico a cerca de la representación del sexo. Preciado hace un rastreo genealógico de dicha cultura Drag masculina con el fin de establecer un continuum entre las prácticas Drag King y las iniciativas de transformación y recodificación corporal de transexuales y transgéneros. En ambos casos hay una resistencia a las estrategias de normalización y construcción de la masculinidad y la feminidad, ya sea a través de la performance (Drag King) o del propio cuerpo (transexuales/transgéneros).

sociales incorporadas que, no son necesariamente humanas o naturales⁵⁴. Ya sea la prótesis robótica como ensamblaje de una función orgánica mutilada o el actante híbrido de elementos humanos y no humanos, el cuerpo con que “uno nace” o “llega a ser” no es, desde el inicio, natural. De hecho, una de las operaciones tecnológicas más sofisticadas y llevada al extremo hasta su contradicción consiste en que estas pasen y produzcan “lo natural”. Aquí la retórica y política cyborg perfila lo que será una ontología corporal ampliada en sincronía con el análisis historiográfico de la época contemporánea. El cyborg invierte los términos de la prótesis híbrida en tiempos farmacopornográficos, posmoneísta y del capitalismo blando, de tal manera que el cuerpo conectado se convierte en la prótesis pensante del sistema semiótico de redes.

3.10 Butler is burning

Al reformular la periodización foucaultiana de la historia de la sexualidad, proponiendo al *posmoneísmo* como una tercera episteme, Preciado despliega una caracterización *fármaco-pornográfica* de la *ontología de nuestro presente*. Tal como mencionábamos previamente, la episteme farmacopornográfica, hunde sus raíces en la biopolítica y la “sociedad disciplinaria” foucaultiana pero no obstante postula una *matriz específica de subjetivación*: un presente caracterizado por sujetos humanos que se relacionan consigo mismo en cuanto “individuos somáticos”, por la indistinción absoluta entre los órdenes del órgano, el artificio, la prótesis y la naturaleza y, finalmente, por la tensión entre la diferencia sexual como ideal regulativo y la maleabilidad de los cuerpos. El funcionamiento continuo de esta matriz de subjetividad y configuración corporal politóxica, desde los años cincuenta -en el contexto de la posguerra, la teleinformática, la microbiología celular- hasta nuestros días, nos ha constituido a todos como tecnosujetos.

⁵⁴ “Preciado subraya que la construcción del género no sólo supone técnicas performativas, si no también técnicas biotecnológicas, cinematográficas, cibernéticas, etc. (2007: 9). En tal caso, devenir mujer, varón, gay o trans no sólo conlleva un proceso mimético sino que involucra también la *incorporación* de ciertas tecnologías” (E. Mattio 2008:5)

El movimiento analítico desplegado por Preciado amalgama el cuerpo sexuado a la biotecnología desde el abordaje de la matriz misma de corporización y la prótesis incorporada. Uno de los disparadores de este periplo analítico de las corporalidades es el registro genealógico que inscribe la tecnología en la materialidad de los cuerpos, o más exactamente, la “historia de la producción tecnológica de la carne”. Preciado sintetiza y articula, a través de esta hipótesis historiográfica y conceptual del *posmoneyismo*, el trabajo de crítica deconstructiva sobre Butler y Foucault respectivamente. Para ser más precisos, la inflexión performativa de Butler en los ‘90 implicó, sin lugar a dudas, un momento decisivo en la propia consideración de Preciado sobre el (tecno)cuerpo sexuado. Cuando se trata de Butler y la performatividad, aquello que la mirada epistemosexual de Preciado *le hace* a la teoría butleriana, aparece como una operación interna de blasfemia y, más aún, interna al concepto.

En un intento analítico de sistematizar la mirada epistemosexual de la autora, es preciso que vayamos por partes: es preciso aclarar, que Preciado interroga ciertas «figuras», y en concreto la de la *drag queen* Venus Xtravaganza y la de la Trans Agnès, que sirven (o más bien de las que el análisis Preciado se sirve) para señalar los límites internos de ciertas nociones performativas. La potencia heurística y la performance textual de Preciado se miden en la reinscripción de la teoría performativa del género, vale la insistencia aquella primera y segunda versión de la misma, en la genealogía estético política de la performance y por igual, en el legado psicoanalítico que asocia la teoría de la mascarada de Riviére con el carácter teatral de la performance. Para ser más precisos, en *Testo Yonqui* (2008) y *Biopolíticas del género* (2009), la historia de Agnès como tecnodispositivo cumple dos funciones específicas, vale decir, trabaja deconstruyendo tanto las formulaciones butlerianas como los postulados foucaultianos que Preciado somete a su ejercicio. Al mismo tiempo, la historia de Agnès proporciona paradójicamente un ejemplo privilegiado -de un modo similar al que esta autora señalase a Butler respecto de la *drag queen*- (véase ACTO SEGUNDO, cap.2.6) y funciona como objeto paradigmático-colonizado de la experiencia trans e intersex (Cabral, 2007) en el contexto de la hermenéutica Queer que Preciado postula. Vale aclarar, según veremos a

continuación, la operación de blasfemia e ironía de Preciado funciona como un *efecto boomerang* donde sus propias críticas la alcanzan y vuelven sobre sí.

En otro orden de cosas, en *Manifiesto Contra-sexual* (2002) finalmente, la historia de Venus como tecnodispositivo trabaja asimismo, pero solo de modo exclusivo, deconstruyendo la formulación performativa (teatral y lingüística) de Butler.

3.11 Dancing queen

La ya canonizada teorización butleriana acerca del carácter performativo del género ha dependido en gran medida de la eficacia de la *Drag queen* como ejemplificación paradigmática. De acuerdo a lo desarrollado en *El género en disputa* (1990) -ACTO SEGUNDO (cap.2.1-2.6)- Butler mostró la producción performativa de la presunta relación “natural” entre sexo biológico e identidad de género. Y esto sucede, a partir del análisis de las prácticas de imitación de la femineidad (*female impersonation*) que presenta la antropóloga Esther Newton en *Mother Camp* (1972) y, más adelante en *Cuerpos que importan* (1993), de los casos de performance *Drag Queen* de la película *París en llamas* (1991), de Jeannie Livingston. A Butler le interesaba la disociación entre sexo y género en las prácticas *Drag Queen*, vale decir, en el espacio abierto entre el sexo definido como masculino y la performance de la femineidad. Efectivamente, la utilización ejemplar y colonizadora de la experiencia de vida de una mujer trans le ha permitido *desenmascarar el carácter imitativo del género*, sus efectos paródicos, desnaturalizadores y potencialmente subversivos que se producen mediante la teatralización de la femineidad.

En un segundo proceso argumentativo que se afianza cada vez más a partir de la publicación de *Cuerpos que importan* en 1993, Butler trata de redefinir la performance teatral en términos de *performatividad lingüística* (Austin releído por Derrida). En *Cuerpos que importan* (1993) Butler utilizaba el caso de Venus Xtravaganza, una de las protagonistas de la película documental *París en llamas*, sin tener en cuenta, agrega Preciado, el sujeto de la enunciación ni las subjetividades trans en juego. El sujeto de la enunciación es Jeannie Livingstone directora del film, una persona blanca, judía, neoyorquina y de clase media-alta (lo que determina su mirada e interpretación de la

realidad) que dirige un filme sobre transexuales, travestis y trabajadoras sexuales de clase baja (en su mayoría chicanos, negros o *white trash*) participando (como autores o como espectadores) en actuaciones de *Drag Queens*. El filme presenta las performances de género de estas *Drag Queens* no como una mera representación escénica (para la que bastaría colocarse una peluca y un traje) sino como el resultado de un proceso de aprendizaje performativo muy determinado por una serie de condiciones personales, materiales y sociales. Lo interesante de *Paris en llamas*, es que no sólo articula un sugerente análisis del género, sino que además lleva a cabo una exploración de las políticas de identidad en el mundo capitalista al mostrarnos los accesorios de las Drag Queens como productos de consumo que simbolizan todo un conjunto de roles económicos y políticos. En este sentido, “las parodias de los habitantes del mundo paralelo del *Ball Room* de *Paris en llamas*, ponen de manifiesto la producción performativa no sólo del género, sino también de la clase y de la raza” (Preciado, 2003:5). De acuerdo a Preciado, Butler olvida que Venus no es un(a) ciudadan(a) blanc(a) american(a), sino una travesti de color y de origen latino. Finalmente, más allá de todo efecto previsible de violencia performativa, Venus será asesinada en Nueva York por un cliente, haciendo aún más cruda y evidente la realidad que el análisis performativo de Butler había pasado por alto.

Durante todo el recorrido argumentativo de la teoría performativa de Butler, los procesos tecnológicos de inscripción y los procesos corporales que hacen que, las performances “pasen” como naturales o no, habrían sido ignorados. Venus, protagonista de la película, “ha iniciado ya un proceso de transexualidad prostética, y que vive de un trabajo de prostitución sexual en el que utiliza tanto sus senos de silicona como su *penis* «natural»” (Preciado, 2002:74). Preciado parece insistir nuevamente en la preponderancia de las *performances de género* y las *identidades performativas*, como residuo o resto impensado, por sobre los *performativos del sexo* o en sus propios términos, los *efectos materiales de inscripción sobre el cuerpo sexuado* que acompaña a toda performance. La sugerencia de la autora española se afianza en la producción biotecnológica de la naturaleza, es decir, no aquellas performances estéticas teatrales o de escenario sobre las

identidades de género sino aquellas técnicas de estabilización del cuerpo sexuado, transformaciones físicas, sexuales, sociales y políticas de los cuerpos “fuera de la escena” que, producen lo “natural”, que hacen que “pasen” por natural. En cuanto transformaciones tecnológicas de incorporación que suceden en los cuerpos transgénero y transexuales, la producción biotecnológica de lo natural se refiere a esta posibilidad/imposibilidad de pasar por mujer, norteamericana y blanca en el ejemplo paradigmático de Venus Xtravaganza. Vale recordar, Venus es una travesti latina de color que ha iniciado ya un proceso de transexualidad protésica puesto que vive del trabajo sexual en el que utiliza tanto sus pechos de silicona como su pene “natural”. Por último, si Butler es víctima de su propia depuración discursiva, en un camino regresivo que va desde las performances a los discursos entonces, Preciado remarcará que dicha teoría se deshace prematuramente del cuerpo. Y justamente por ello, mantiene una distinción residual entre los pares opuestos de sexo y género, naturaleza y cultura, y por extensión entre tecnología y naturaleza.

Ahora bien, antes de tomar en consideración la segunda crítica a los postulados butlerianos conviene insistir aún más en la estetización del performativo. En efecto, es la performance de la *drag queen* la que permite a Butler concluir que la heterosexualidad es una parodia de género sin original, una imitación sin un origen, en la que las posiciones de género que se considera naturales (masculinas y femeninas) son el resultado de performances sometidas a regulaciones, repeticiones, iteraciones y sanciones constantes. De otro modo, bajo la doble influencia de la teoría teatral y el psicoanálisis (J. Riviere), el género será descrito entonces como una máscara tras la que sólo se oculta otra máscara, una imitación detrás de la que se esconde otra imitación. El original aparece así como una naturalización retrospectiva de la máscara. En la metáfora psicoteatral, es como si la máscara del actor constituyera al actor mismo a tal punto que sin ella no tendría rostro. Dicha máscara se va incorporando (“haciéndose cuerpo”) en la medida en que el actor la va usando. La naturalización de la máscara no es sino el efecto de un proceso político de normalización. El binomio sexo-género reposa sobre un número indefinido de máscaras que giran sin otra fijación que la producida por la ansiedad y el temor político. Máscaras

que se apoyan unas sobre otras en articulación oposicional. El fin de la metafísica del género se anuncia no como un proceso de desvelamiento sino más bien como un espaciamento entre máscara y máscara.

Butler va a postular el concepto de máscara (específicamente en *El género en disputa*, 1990) para analizar la producción de la femineidad, tal como la noción psicoanalítica de mascarada⁵⁵, en lo que será un intento por desmarcarse de la connotación prioritariamente estético-teatral que ha adquirido el término *performance*. No obstante ello, Preciado va a reinscribir la teoría de la performance butleriana en una genealogía estético-política de la performance, del *body-art* y al arte feminista de los años 70' en Estados Unidos. Así pues, el texto de Preciado afirma que esta primera versión del performativo butleriano, viene a desplazar la interpretación de la femineidad, el sexo, la masculinidad y la sexualidad, del dominio de la naturaleza para conducirlo hasta el ámbito

⁵⁵ La teoría de la mascarada de Rivière (1929), discípula del psicoanalista Ernst Jones, será la primera instancia de definición del género como performance, como representación, y como superficie en la que se proyectan los signos. Rivière dice seguir la clasificación de la sexualidad femenina establecida por Ernst Jones, que distinguía a las mujeres heterosexuales de las homosexuales. Pero va a interesarse particularmente por las mujeres que Jones había denominado "intermedias". "Se trata de la mujer heterosexual masculina, a la que bien podríamos llamar *hetero-butch*. Descubrimos con sorpresa los rasgos masculinos que amenazan el equilibrio libidinal de la "mujer intermedia": la utilización del habla y de la escritura en el espacio público, y la dedicación a la vida política. La mujer intermedia de Rivière, que tanto preocupa al psicoanálisis, no es otra que la nueva mujer del siglo XX, la mujer de las nuevas sociedades industriales de Occidente. Si es intermedia es precisamente porque transgrede la división sexual del espacio. Rivière va a concluir que la femineidad, declinada performativamente en su forma verbal como "hacer la mujer", es una defensa para enmascarar la masculinidad. La ansiedad que provoca la transgresión del espacio político masculino genera en la mujer intermedia la necesidad compulsiva, dice Rivière, de teatralizar hiperbólicamente la femineidad heterosexual, funcionando esta teatralización, este "hacer la mujer", como una máscara que permite reducir la ansiedad que genera el temor de ser castigada por haber usurpado un espacio de poder y de acción pública que pertenece históricamente a los hombres" (Preciado, 2004:3-6). Esta noción de femineidad como "máscara", "teatralización", "disfraz" o "juego de roles" vendrá a modificar el suelo ontológico del psicoanálisis. Cuando a la pregunta por la distinción entre la verdadera femineidad y la femineidad como mascarada responde: "No existe tal diferencia. La femineidad, fundamental o superficial, es siempre la misma cosa."

del *análisis de la representación*. En otros términos, la verdad del género pertenece, pues, al *ámbito de la estética*, de la producción de representaciones compartidas (es decir, procesos de repetición socialmente regulados y resultados de invocaciones de la norma heterosexual), y no al de la metafísica, sea como sustancia biológica, lingüística o psicoanalítica. Siguiendo la lectura que Preciado hace de Susan Sontag (2008), el análisis estético-político de la representación postulado por Butler, implica una revalorización, o deberíamos decir recitación, de lo *camp*: el término *camp*, que significa afeminado en inglés clásico, se comenzó a utilizar a partir de los años 60 para referirse a la teatralización hiperbólica de la feminidad en la cultura gay, sobre todo en relación a una serie de prácticas performativas que adquirieron un carácter colectivo y político (drag queens, demostración pública de la homosexualidad, etc.). Coincidiendo con los primeros documentos sobre las prácticas Drag, Sontag redefine el término *camp* (que en su nueva acepción vendría a designar el amor/gusto hacia lo antinatural, artificioso y exagerado) y lo incorpora como criterio de análisis de la historia y la teoría del arte. Para Sontag el *camp* es un conjunto de técnicas de resignificación donde convergen la ironía, lo burlesco, el pastiche y la parodia. En un régimen heterosexual que produce los códigos dominantes de la masculinidad y la feminidad asignándole su estatuto de identidad sexual original (mientras el resto de las variantes sexuales como la homosexualidad serían consideradas sólo una imitación, una "mala copia"), la resignificación paródica que realiza la *cultura camp* supone el acceso a un cierto dispositivo de poder. Este proceso de resignificación y recitación, tiene un enorme potencial subversivo.

El *camp* implica el uso político de la performance, a diferencia del *kitsch* donde la parodia y la ironía están ya vaciadas de intencionalidad política. "La noción de *camp*, por tanto, cuestionaría la relación excluyente entre política y arte que ha promovido el discurso de la modernidad, al considerar la representación estética como un mecanismo de producción política" (Preciado, 2003:7-9). Lo *camp* son todas aquellas prácticas de resignificación que desenmascaran la construcción normativa de las convenciones de género (entendidas siempre en relación a otros factores como la clase o la raza), desde las prácticas *Drag Queens* y *Drag Kings* a la cultura lésbica *butch-fem*.

3.12 Butler en disputa o lo que el tecnohermafrodita le hizo a Preciado

A mi juicio usted ha sido el primero en enseñarnos algo fundamental, a la vez en sus libros y en un terreno práctico: *la indignidad de hablar por los otros*. Quiero decir: la representación provoca la risa, se decía que había terminado pero no se sacaba la consecuencia de esta reconversión «teórica» —a saber, que la teoría exigía que las personas concernidas hablaran al fin prácticamente por su cuenta.

Gilles Deleuze sobre Michel Foucault, *Los intelectuales y el poder*

La otra figura liminal que desajusta el análisis performativo de Butler es Agnès. ¿Quién es Agnès?. En *Biopolítica del género* (2009), Preciado rastrea la biografía de unx paciente intersexual, que según su entender puede ser objeto de una doble interpretación. Según el discurso médico tradicional, por un lado, la historia de Agnès parece dar cuenta del tratamiento de un problema de intersexualidad (codificado como Síndrome Harry Benjamin) al que la medicina supo responder con éxito. Hasta aquí, la historia clínica de Agnès coinciden en la emergencia del nuevo régimen biopolítico sobre el sexo y la subjetividad que postuló Michel Foucault. Bajo esta nueva forma de poder, Agnès simplemente es absorbida por los aparatos biopolíticos. Sin embargo, esa lectura foucaultiana, se hace problemática cuando, en 1966, seis años después de la vaginoplastia, Agnès hace otro relato de su propio proceso de transformación corporal. La segunda narración desafía y ridiculiza las técnicas científicas de los diagnósticos psiquiátrico y hormonal a los que deben someterse las personas transexuales en las instituciones médico-legales a partir de la década de 1950: Agnès dice que fue un niño de sexo anatómico masculino y que al inicio de su adolescencia empezó a tomar a escondidas los estrógenos que le habían recetado a su madre. “El saber del tecnocordero engaña a la manada de lobos” (Preciado, 2009:4). Agnès siempre deseó ser una mujer y, gracias a los estrógenos de su madre, empieza a ver que se le desarrollan pechos y que evita signos no deseados de la pubertad. Lo que critica Agnès mediante su consumo oculto de estrógenos no es, ni la masculinidad ni la femineidad en sí mismas, sino ante todo el propio aparato de producción de la verdad del sexo o en otros términos, desplaza el régimen biopolítico de la sexualidad.

El *tecnocordero* Agnès cumple dos funciones específicas en la operación textual que articula *Biopolíticas del género*: de un lado, como tecnodispositivo cuestiona la teoría del poder y de la subjetivación de Foucault, al menos en esta versión que inscribe su biografía en la genealogía del discurso médico normalizador bajo el poder disciplinar. Pero además, Agnès trabaja desestabilizando, deconstruyendo o completando ciertos ejes argumentativos de la teoría de la identidad performativa de Butler. De otro lado, como “ficción somática colectiva” (Cabral, 2008:128) Agnès encarna de manera ejemplar, en los términos de un índice o síntoma epocal, lo que Preciado entiende como una forma de resistencia al régimen posmoneyista-farmacopornográfico o tecnobiopolítico. Desde esta última perspectiva, el nombre de Agnès indica asimismo, una “revuelta en ciernes”, una oportunidad igualmente ejemplar e inspiradora de posible subversión biopolítica del régimen. En ambos casos, tanto como tecnodispositivo o ficción somática colectiva, la historia de Agnès implica, una “economía diferencial de colectivización y de objetivación colonialista” (Cabral, 2008:127) que recurre, a una experiencia trans para proporcionar un ejemplo privilegiado y una historia ejemplar. Se trata de “la construcción de una posición teórica a partir del recurso a una ‘ficción retrospectiva’ encarnada en un sujeto ausente -por principio-, el mismo que ha de servir de ‘hipótesis programática’ y que ha de circular como axioma, premisa y ‘voz muerta’ por su teoría” (Cabral, 2008:127). Tal es la operación que Butler realiza primero con Venus Xtravaganza y con David Reimer luego, y que Foucault por su parte realiza también con Herculine Barbine intersex. Al fin y al cabo, Preciado comparte semejante entusiasmo epistémico que, a pesar de criticar a estos autores, paradójicamente realiza con Agnès en su mismo texto.

Cuando se trata de Butler, el tecnodispositivo Agnès critica internamente la teoría de la identidad performativa. Esta operación, interna al concepto de performance, reitera la crítica previa sobre *Venus Xtravaganza* y agrega:

Si bien el análisis performativo butleriano fue y sigue siendo muy fructífero, tanto en lo que concierne a la producción de estratégicas políticas de autonominación (*coming out*, estrategias postidentitarias, etc.) como en lo relativo a las operaciones de resignificación y de reapropiación del insulto, de todos modos parece insuficiente para dar cuenta [...]de la modificación de la estructura

de la vida que opera en nuestras sociedades posmoneyistas [...] y del proceso de Agnès.
(Preciado,2009: 31).

Frente a las dificultades de Butler para incorporar los aspectos materiales de la performatividad, -vale recordar aquellos procesos biotecnológicos que hacen que determinadas performances pasen por naturales y otras, en cambio no-, Preciado añade la noción de *tecnologías del género* de De Lauretis como aporte a lo que la propia Butler llama, sin dar demasiados detalles, “una consideración escenográfica y topográfica de la construcción del sexo”(Butler, 2002:55). No se trata, por contrario, de una limitación insalvable de la teoría de la performance butleriana sino de ampliar el mismo registro performativo del género a partir de una historia específica en un período historiográfico particular. De este modo, atender a los procesos de incorporación prostético del género implica tener en cuenta las nuevas tecnologías del cuerpo (biotecnologías, sobre todo cirugía y endocrinología) y de la representación (fotografía, cine, televisión, cibernética) que se encuentran en plena expansión durante la historia segunda mitad del siglo XX y más aún, durante la propia vida de Agnès. De este modo, “Agnès pareciera increpar a Butler diciéndole *con tu teoría no te alcanza para pensarme, y sin pensarme tu teoría no alcanza para pensar tu mundo, que es, en realidad, el nuestro*”(Cabral, 2009:130).

Además, en cuanto “ficción somática colectiva” (Cabral, 2008:128) la historia de Agnès cumple la función de proporcionar un ejemplo privilegiado de la ambivalencia constitutiva del régimen posmoneyista o tecnobiopolítico. Desde esta perspectiva, el nombre de Agnès indica simultáneamente una doble perspectiva: de un lado, la completa fagocitación de este por el aparato biopolítico y su respectiva adecuación biomédica a los protocolos de tratamiento de la intersexualidad. Y de otro modo, señala una “revuelta en ciernes” en cuyo caso el agente Agnès escamotea el control biomédico-familiar y utiliza su propio cuerpo como microespacio de agenciamiento. Lo que Preciado reconoce en el tecnocuerpo de Agnès como “verdadero monstruo sexual fascinante” es el diseño corporal “autónomo” y experimental a través de la ingesta voluntaria de estrógenos⁵⁶. Si

⁵⁶ Esta modalidad de agenciamiento es el que inspira, de modo muy semejante, la ficción autopolítica o autoteórica de *Testo Yonqui*. Allí Preciado se propone desplegar un ensayo de experimentación corporal a

el relato de Agnès interesa a Preciado es porque esta historia clínica ejemplar reclama la posibilidad de intervenir en aquellas construcciones y performances del género impuestas por los cánones biomédicos (aquel dispositivo que captura los cuerpos bajo la cifra de la patología). Agnès solo tiene sentido a través del análisis de los procesos biotecnológicos de inscripción corporal y las formas de representación somáticas que permitirán que su imitación de la intersexualidad pase por natural. De allí que, todo potencial político con fines emancipatorios y disruptivos contenidos bajo la figura de Agnès, consista en circunscribirse al denominado Síndrome de Harry Benjamin (SHB) como una estrategia (que desafía los controles y protocolos médicos) y que *hacen* que su imitación de la intersexualidad pase finalmente por natural. El interés crítico que reviste la apropiación del SHB como estrategia, radica en el *self designed* de Agnes como producto de la reapropiación y del agenciamiento colectivo de tecnologías de género para crear, ensayar y experimentar nuevas formas de subjetivación. En suma, Agnès funciona como el *testigo modesto*⁵⁷ del mecanismo intersexual y por proyección general, de todo el régimen posmoneysta: como portador y proponente se apropia y vuelve colectivos códigos biomédicos, técnicas y saberes sobre el sexo a los que recurre para materializar y volver inteligible una representación somática en particular, su cuerpo.

partir de la ingesta de testosterona sintética, con el objetivo declarado de no individualizar las mutaciones fisiológica y políticas de sí (o deberíamos decir del sujetx angloeuropex que compra hormonas), sino de aquello que tienen de colectivo y ajeno. Valga la paradoja, la intoxicación voluntaria de hormonas masculinas le sirve a Preciado como instancia de agenciamiento y colectivización de una historia específica (léase la suya), que casualmente se despliega como escritura en la modalidad autobiográfica. Véase al respecto la noción de comunidad de autor de Blas Radi (2013) en Cap.4..

⁵⁷ Aquello que define al “testigo modesto” es su auto-invisibilidad porque se trata de aquella objetividad del sujeto de conocimiento moderno (europeo y masculino) que se sostiene en la virtud de la modestia. De acuerdo con Haraway (1995), “testigo modesto” es aquel que se presenta a sí mismo como un mero observador de fenómenos que ocurren sin su intervención –y sin que esa observación, ni los relatos científicos destinados a dar cuenta de la misma, se vean afectados por su posición situada (Cabral,2008:125).

Sin desdeñar el funcionamiento del dispositivo Agnes como tecnocordero que devora a la manada de lobos, léase lobo-Butler y lobo-Foucault, no deberíamos pasar por alto el análisis de la función ética-epistémica que cumple esta historia clínica en particular. Ante este panorama, conviene revisar la trayectoria de Agnes como dispositivo deconstructivo y argumental que articula premisas, postulados y contenidos en los márgenes textuales de *Biopolíticas del Género*. En torno a esta cuestión, es necesario considerar e interrogar el lugar que ocupa Agnes como figura argumentativa central que es objeto de generalización, ¿cuál es la función epistémica, ética y política que cumple la historia, su historia clínica-médica? “¿quién *colectiviza* la historia de quién, mediante qué condiciones de posibilidad, bajo que supuestos, con qué consecuencias?” (Cabral, 2008:128). A partir de la performance textual que despliega y la inmensa potencia heurística que dispersa *Biopolíticas del Género*, el espacio argumental ocupado por el tecnotrans habilita, sin lugar a dudas, una lectura *con y contra* Preciado.

3.13 Efecto boomerang

Me aburre la grandilocuencia de las apelaciones indiferenciadas a la multitud (somos est*s, somos est*s otr*s, somos también quell*s...!). La verdad es que no, no somos tod*s, ni tod*s somos 'todo'.. Y hasta ahora no me he encontrado con ninguna vez en la que esa inclusión signifique algo más que el goce retórico de la plusvalía del término. Ese tipo de retóricas, que aparecen como políticamente radicales, incluyentes y movilizantes, tienden a encubrir la falta de participación real de ciertos colectivos, la ausencia de articulaciones críticas y, en general, el desinterés por desmontar los beneficios estructurales del privilegio de quienes cuentan.

Mauro Cabral (2014)

La historia clínica médica que Preciado rastrea en Agnes, a modo de genealogía crítica de los saberes médicos, vincula en un mismo linaje conceptual ciertos crítica al planteo foucaultiano y según vimos, lo mismo ocurre con los postulados performativos de Butler. Allí donde Herculine Barbine sepulta toda posibilidad de análisis contemporáneo al mismo Foucault⁵⁸, Agnès deviene *inspiración colectiva* en el desempeño que Preciado hace de su

⁵⁸ La historia autobiográfica de Herculine Barbine (autobiografía de una hermofrodita que publicó el grupo de investigación de Foucault a finales de la década de 1970) representa para el pensador francés el síntoma de la emergencia de un nuevo régimen discursivo sobre el sexo. Mientras que los hermafroditas del siglo XIX vivían, en un mundo sin identidades sexuales, la nueva episteme de la sexualidad obliga a Herculine a elegir

historia. Las distinciones entre Herculine y Agnès se juegan en una diferencia a nivel político, allí donde una se suicida incapaz de hacerse público y por ello devenir colectivo, Agnès sobrevive y se constituye ejemplo, se afirma a través de su capacidad de relatar su propia voz, se colectiviza sin presunta mediación hasta nuestro tiempo presente (posmoneyista).

Primer efecto de boomerang: al distinguir entre las historias de Herculine y Agnès que, distancian a Foucault (distancia temporal pero también distancia que resucita la voz muerta de Herculine respecto del tiempo de los “movimientos sexuales vivos” y contemporáneos a Foucault), “Preciado parece cancelar, implícitamente, la distancia que separa a ella misma de Agnès” (Cabral, 2008:129). Más allá o más acá de lo epistemológicamente ingenuo que pueda resultar vincular la capacidad crítica-heurística de una teoría para dar cuenta del presente con el recorte témporo-espacial en el que sitúa sus análisis fundamentales. Como si hubiera acaso una correspondencia entre el análisis teórico de un tiempo histórico y la única posibilidad de utilización epistémica de la misma teoría (una especie de equivalencia entre una teoría x y un tiempo histórico y, donde solo es aplicable la teoría x al tiempo histórico y). En ese punto, la riqueza del texto de Preciado depende del éxito en la cancelación de esa distancia. El efecto más inmediato de esta distancia, cancelada o inexistente, implica correlativamente la cancelación de la cuestión ética y política planteada por el *devenir objeto apropiado* de las experiencias trans e intersex en el contexto de la teoría *queer* que Preciado despliega. Al no haber distancia

una sola identidad sexual y, en consecuencia, a restablecer la coherencia entre los órganos sexuales, el sexo y la identidad sexual. De acuerdo a Preciado, la teoría de Foucault se encontraría limitada para pensar en las alternativas biotecnológicas más inmediatas y las prácticas sexuales contemporáneas al convertir a Herculine en ficción central de sus hipótesis sobre la sexualidad: “al exhumar a Herculine, entierra a Agnes. Al operar como ventrilocuo de una voz muerta, acalla el grito de los movimientos sexuales vivos” (Preciado, 2009:20). Puesto que su analítica de la sexualidad prefirió construir una ficción retrospectiva a partir de la sexualidad griega, Foucault soslaya las prácticas, transformaciones y las identidades sexuales contemporáneas que se suceden a partir de la Segunda Guerra Mundial. La historia de Agnes permite releer la Herculine de Foucault porque se trata de matrices específicas de subjetivación diferenciadas que exigen, nuevas tecnologías del cuerpo no incluidas por Foucault.

alguna (ni subjetiva, ni histórica ni política) o bien una distancia salvable entre Agnès y quien firma el texto, el problema ético-político carece de sentido o inclusive más, de toda postulación. Con aguda sospecha Mauro Cabral nos recuerda “aunque la distancia parezca cancelada en realidad nunca se cancela [...] Esas mismas distancias (que parecían salvadas) terminan reproduciéndose y tornándose invisibles”(2008:136). Resulta claro que la distancia y la *mediación* está instaurada en toda operación analítica, porque es una obviedad que la voz de Agnès no nos llega por sí misma sino que la recibimos, *colectivizada*, primero a través de la escritura mediadora de los médicos Stoller, Garfinkel y Rosen y, luego, a través de la escritura *queer* de Preciado. Volviendo sobre lo dicho, para que la cancelación de esa distancia pueda tener lugar es preciso que, bajo efecto de boomerang que va y vuelve sobre sí, otros movimientos sexuales vivos hayan sido negados en el momento del devenir dispositivo tecnocordero de Agnes: allí donde movimientos, autores y escrituras teóricas-políticas no vacilan en condenar tanto la violencia de los análisis *queer* sobre las vidas y muertes *trans e intersex* como aquellos que denuncian la invencible indiferencia del quehacer teórico hacia el destino de aquell*s incluidos en la teoría.

La producción y el consumo académico *queer* (siendo Beatriz Preciado un “referente *queer*” o “*cuir*” en lengua castellana), depende constitutivamente de la distinción institucionalizada entre “*quienes rubrican los textos* sobre trans o intersex (que paradójicamente no se identifican como tales) y, *quienes son reducidos a circular* en ese espacio como historias de vías, cuerpos desnudos, cuerpos en partes, ejemplos, carne, casos testigos” (Cabral, 2008: 136). Estas experiencias e historias de vidas ejemplares son colectivizadas, ciertamente se trata de experiencias desde siempre colectivas, bajo el dispositivo crítico que recurre a estas como ejemplo privilegiado y como promesa revolucionaria. En este mismo sentido, la analítica teórica viene a reforzar la doble cosificación u objetivación que el sistema médico previamente efectúa: si el sistema médico trata los cuerpos intersex y trans como objetos de su pertenencia, los sistemas académicos y políticos siguen tratando a estos mismo cuerpos como un objetos de estudio

e investigación de quiénes carecen de discurso articulado, o en todo caso, emiten apenas sonidos y ruidos sin posibilidad de escucha alguna.

Segundo efecto de boomerang: relacionado íntimamente con el anterior, este efecto tiene lugar en *el orden de la reproducción*. La experiencia de Agnès es una de las encarnaciones posibles (sino la paradigmática) de la matriz de subjetivación posmoneysta o farmacopornográfica que nos ha constituidos a tod*s en tecnosujetos, desde mediados de la posguerra. Agnès se convierte, en consecuencia, en bandera y lema creando el efecto de su identificación con Preciado y con tod*s los lectores y lectoras, es una experiencia colectiva reproducible y compartida. De alguna manera, al igual que otras experiencias reproducibles de la izquierda, tod*s como “Cabezas”, “Walter Bulacio” “la pepa Gaitán”, “Oesterheld”, “Lopez”, Agnès... o al menos “como Agnès, todxs somos Agnès” (Cabral, 2008:137).

Tercer y último efecto boomerang: Agnès deviene inspiración colectiva y promesa emancipatoria en la recuperación que Preciado hace de su historia mediante la cual aquella representa, de modo paradigmático, el testigo modesto de *un régimen global que presume de su alcance universal*. El modo en que la naturalización de lo colectivo parece salvar las distancias entre Agnès caso testigo y Preciado genealogista, produce asimismo una generalización objetiva del sujeto de conocimiento Agnès y define aquel régimen global posmoneysta “en los términos de un Norte Global que sólo se lee a sí mismo mientras colectiviza sus hipótesis sistémicas de alcance universal” (Cabral, 2008:128). La incorporación de tan diversas y heterogéneas historias culturales a un única perspectiva epistémica (léase régimen posmoneyta o farmacopornográfico) privilegia secretamente una visión tan decisivamente eurocéntrica como hegemónica. Y por lo mismo, opera invisibilizando otras coordenadas y registros que desde nuestra periferia latinoamericana no dejan de apelar.

Por último es interesante notar la operación textual de Preciado que, al elevar a categoría global aquel régimen epistémico signado por el ritmo del tecnocapitalismo tardío y el influjo de la producción biotecnológica de la sexualidad (con toda su maleabilidad y plasticidad inherente) no deja de quedar exento de toda marcación eurocéntrica y por lo

mismo no deja de reintroducir, una vez más, esta geografía del poder colonial. De acuerdo a una visión poscolonial, el actual régimen global farmacopornográfico, tecnobiopolítico o posmoneyista con todas sus figuraciones y ficciones epistémicas “comenzó a formarse con América y tiene en común tres elementos centrales que afectan la vida cotidiana de la totalidad de la población mundial: *la colonialidad del poder, el capitalismo y el eurocentrismo*” (Quijano,2000: 214).



4. ACTO CUARTO: ¿LOS LÍMITES DE LA CARNE COINCIDEN CON LOS LÍMITES DEL CUERPO?

Este cuerpo, nuestro reino, me parece en ocasiones estar compuesto por un tejido tan flojo y fugitivo como
una sombra

Marguerite Yourcenar, *Opus nigrum*

Me encuentro, muy (demasiado) a menudo trabajos sobre cuestiones trans que se limitan a relacionar cierto marco teórico con ciertos ejemplos, básicamente, los comprueban. Un proyecto interesante, me parece, sería mapear esos bordes infranqueables, ese lugar en el que la teoría (se) resiste a la interpelación y prefiere volverse sobre sí misma, ese momento en el que, por opacidad o espanto, la hipótesis elige repetirse a cambiar de género.

Mauro Cabral (2013)

La investigación que llevamos a cabo trató de considerar la materialidad del cuerpo sexuado a la luz de la teoría performativa del género de Judith Butler en *diferendo* con las críticas que Beatriz Preciado anotara posteriormente. Para agregar una última consideración sobre este diferendo conceptual, vamos abordar y sistematizar estas cajas de herramientas desde la translación y el contrabando epistémico. Tomaremos en consideración el recurso conceptual más utilizado, tanto por Butler como por Preciado, que funciona a modo de ejemplo paradigmático o modelo alegórico: la travesti y *drag queen* en Butler y Agnes trans en Preciado. En uno y otro caso, la *drag*, la travesti o la trans nos muestran tanto el funcionamiento de las respectivas cajas de herramientas, como también nos permiten evaluar alcances y limitaciones de las mismas.

En principio, el abordaje de Preciado sobre Butler se dirime alrededor de la *cuestión de la tecnología* y de la tradición (pos)cyborg-humanista que ésta mantiene e interpreta. Así, la historia ejemplificadora de Agnès constituye el caso testigo que Preciado se encargará de indicar a Butler. Puesto que no podemos entrar aquí en todas las complejidades de la crítica (que hemos desarrollado en Cap.3) todavía debemos indicar al menos los siguientes puntos básicos que Preciado (2002,2008, 2009) indica, reducidos a su mínima expresión:

*El concepto de performance de género así como la noción de identidad performativa se deshacen prematuramente del cuerpo y de la sexualidad, lo que no permite tomar en cuenta los procesos biotecnológicos de inscripción que hacen que *determinadas performances "pasen" por naturales* y otras, en cambio, no. De modo que, el análisis performativo de la identidad cierra un ciclo de *reducción de la identidad a un efecto del discurso*.

* El género no es simplemente performativo sino ante todo prostético, es decir, no se da sino en la *materialidad de los cuerpos*. Es puramente construido y al mismo tiempo enteramente orgánico. El género podría resultar una *tecnología sofisticada* que fabrica cuerpos sexuales.

* Lo que las comunidades trans han puesto sobre la mesa no son tanto *performances teatrales o de escenario* a través de los géneros (cross-gender) sino *transformaciones físicas, sexuales, sociales y políticas de los cuerpos fuera de escena* (en otros términos, tecnologías precisas de trans-incorporación).

* La hipótesis del "constructivismo de género" mantiene una distinción entre sexo y género que viene hacer efectiva la *oposición tradicional* entre cultura y naturaleza y, por extensión, entre tecnología y naturaleza.

* No se trata simplemente de señalar el carácter construido del género, sino ante todo de *reclamar la posibilidad de intervenir en esa construcción*. Agnes parece representar la capacidad de reapropiación de las técnicas de subjetivación y de genderización de su cuerpo. El cuerpo de Agnes es el producto de la reapropiación y del agenciamiento colectivo de ciertas tecnologías de género.

*Agnes desafía la lógica de la imitación según la cual una transexual es un hombre biológico que imita una mujer, relación que Butler instala entre *drag queen* y feminidad, copia y original, artificio y naturaleza, etc. Agnes no imita a una mujer ni pretende hacerse pasar por tal mediante una performance más o menos estilizada. A través de la ingesta de

hormonas y de la producción narrativa, Agnes se hace pasar «fisiológicamente» por un hermafrodita.

Siguiendo la inspiración analítica que nos precede, entendemos que se pueden establecer los siguientes puntos:

1. Comencemos por explicitar la hipótesis central de la investigación que hemos desplegado. Butler desarrolla una primera versión de la teoría performativa del género y de la identidad performativa que responde, al menos parcialmente, a la crítica articulada por Preciado. Esta versión de la teoría performativa del género que Preciado no incluye en su articulación crítica, mantiene una concepción ligada a la noción dramaturgica y fenomenológica de la performance como actuación corporal y dramatización que Butler desarrolla en una serie de escritos intermedios (1986a,1986b, 1988 y 1989b) y retoma de modo sistemático en su obra más difundida y canonizada, *El género en disputa* (1990).

Según desarrollamos en el capítulo 1 y 2, el cuerpo es una *realidad material* y una *práctica dramática* que, como *locus* de interpretaciones culturales, ha sido localizado y definido dentro de un contexto cultural de sentido que se escenifica bajo ciertas condiciones sedimentadas y heredadas de modo pre-existentes. El cuerpo es situación en tanto proceso activo e intencional dentro de un campo de posibilidades culturales a la vez recibidas y reinterpretadas (o en otros términos una *realidad material* dentro de un contexto de sentido). El cuerpo sexuado está constituido en sí mismo por la tradición de las relaciones sexuales que constituyen su situación. En otros términos, el cuerpo es situación como ámbito corporal o modalidad de existencia gestual (que tiene lugar incesantemente) donde se interpretan un conjunto de normas (o posibilidades culturales) de género que ya han informado al estilo corpóreo. De esta manera, el cuerpo es una continua e incesante puesta en escena de significados culturales.

El género, a su vez, es una forma de existir el propio cuerpo. El género es performativo en tanto se refiere a un conjunto de actos constantes y estilizados, de

estrategias continuamente realizables y gestos corporales reiterativos que nunca se ejecutan enteramente. El género es un resultado de estas performances sujetas a transformaciones y vigilancias permanentes.

Lo primero que deberíamos notar es que esta versión de la performance mantiene una noción de materialidad del cuerpo ligada a la noción de actuación o gestos corporales que no se vincula directamente a la teoría del discurso. De allí que el ciclo de *reducción de la identidad a un efecto del discurso* que Preciado postula, se ve clausurado o al menos carece de sentido en esta primera versión. Y lo mismo ocurre con la aparente reticencia hacia el cuerpo y la sexualidad, que Preciado señala enfáticamente. Esta versión de la teoría performativa del género insiste en el carácter intrínsecamente corporal del género así como en sus condiciones materiales. De otro modo, la indicación que Preciado anota resulta equívoca si entendemos el trasfondo que aquí inspira a Butler: los discursos teatrales (Bruce Wilshire), antropológicos (Victor Turner, Esther Newton) y fenomenológico (De Beauvoir y Merleau-Ponty) y no la teoría de los discursos (la pragmática o la recepción derrideana de la teoría de los actos de habla).

En segundo lugar, Butler no distingue entre performances que pueden “pasar” por naturales de aquellas que simplemente no lo logran, porque justamente tal distinción (entre un papel social y un papel teatral)⁵⁹ se mantiene sobre la distribución diferencial de

⁵⁹ Al respecto, conviene recordar que las actuaciones de las travestis desafían y complejizan la distinción entre performances que “pasan” por naturales de aquellas más teatrales o artificiosas (véase Cap. 1, sec.1.9, pp.18-19). Lo que esa distinción entre diferentes papeles sostiene es que lo real de la performance se resuelve en base a nuestras presunciones ontológicas existentes sobre aquello que norma al género. Es decir, las convenciones sociales que postulan papeles diferenciados entre “actuación o teatro” en un caso y no en otro, trazan una distinción estricta entre performance y vida.

Puesto que el modelo ejemplificador y alegórico de la travesti no indica una actuación más o menos teatral (en términos de gestualidad corporal), sino que por contrario, para Butler “la actuación del género que la travesti ofrece no es menos real ni menos verdadera que la actuación de género que cualquier varón o mujer común realizan (léase mujer o varon cissexual). La norma del género se instituye a través de nuestros cuerpos, a través de nuestros estilos y gestos corporales”, de allí que “todos estamos, todo el tiempo,

lo real y lo actuado, o en otros términos, entre verdad y apariencia. A Butler no le interesan los procesos biotecnológicos de inscripción sino los contextos de recepción de las actuaciones de género. Y son estos contextos los que abren la posibilidad de *leer una persona*, como así también habilitan fisuras hermenéuticas (o malentendidos culturales) que potencialmente cuestionen las normas culturales de la recepción.

2. La crítica que Preciado articula alrededor de la prevalecencia discursiva de las identidades y (por generalización) de la materialidad de los cuerpos y las sexualidades en la teoría performativa del género, mantiene una improductiva distinción entre performances teatrales de escenario (a través de los géneros) y performances de los cuerpos fuera de escena (transformaciones que se refieren a lo físico, lo sexual, social y político). Es decir, sobre el fondo de la reducción discursiva de toda identidad y corporalidad sexuada estas performances reiteran un *efecto de superficie* y se mueven en el orden de la teatralidad y la apariencia. Llegados a este punto, bien podríamos sospechar de la distinción misma (entre performances arriba y fuera del escenario) que Preciado sostiene, a fin de mostrar cómo ésta presupone una división entre lo dramático (del orden de lo discursivo, lo estético y lo teatral en escena) y lo material (respecto de las transformaciones físicas, biotecnológicas y prostéticas incorporadas). Y más aún, llevado al extremo, ¿esta división no presupone acaso un campo de lo extradiscursivo o extralingüístico en cuyo caso el cuerpo se representa en su especificidad material más genuina?. ¿Este cuerpo fuera de escena no exige delimitar previamente el ámbito de lo extradiscursivo o lo extrateatral?.

En este punto conviene recordar las interpretaciones más usuales de *El género en disputa* y *Cuerpos que importan* que ubican a Butler dentro de la estela hiperconstructivista (o inclusive le atribuyen cierto monismo lingüístico) en donde el cuerpo sexuado se conserva como construcción y reducto lingüístico. Esta postura, vale decir ingenua, ignora el

actuando el género". En consecuencia "el espectáculo de la travesti es un momento en que esa actuación se vuelve explícita" (Butler,2009:94 el paréntesis es nuestro).

reconocimiento que Butler mantiene sobre ciertas realidades y situaciones materiales como la muerte, el envejecimiento, la enfermedad, el nacimiento o las incapacidades. Ahora bien, en cada uno de estos casos o “hechos” no accedemos (de un modo directo y transparente) a una realidad puramente material. En cada una de estas realidades tenemos formas de interpretar y significar lo que sea la vida, la muerte, el nacimiento o la discapacidad, nunca nos encontramos con realidades materiales fuera de un marco cultural de interpretación (para ser específicos, la *matriz de inteligibilidad heterosexual o matriz iterativa de subjetivación*). No hay cuerpo, en sentido estricto, sin significación (o en términos nietzscheanos, “no hay hechos, solo interpretaciones”, 2011:155). El significado que tienen y adquieren estos “hechos” materiales se altera, según como lo concebimos, en virtud del significado que les atribuimos. De esta manera, solo es posible conocer “el cuerpo” y su realidad material en tanto significado como tal por el lenguaje o el discurso⁶⁰. Asimismo, la oposición entre discurso y materia o entre cuerpo y lenguaje, de acuerdo al planteo butleriano, carece de sentido⁶¹. Si esto es así, todo el esfuerzo analítico de Butler adquiere sentido:

la materia de los cuerpos es indisociable de las normas reguladoras o esquemas interpretativos que gobiernan su materialización y significación. Concebir el cuerpo como algo construido exige reconcebir la significación de la construcción misma. Los cuerpos surgen, solo perduran, sólo viven dentro de las limitaciones productivas de ciertos esquemas reguladores de la inteligibilidad cultural. Estos esquemas, son

⁶⁰ En sintonía con los postulados butlerianos respecto del valor discursivo e interpretativo, Laclau y Mouffe afirman: “El hecho de que todo objeto se constituya como objeto de discurso no tiene nada que ver con la cuestión acerca de un mundo exterior al pensamiento, ni con la alternativa realismo/idealismo. Un terremoto o la caída de un ladrillo son hechos perfectamente existentes en el sentido de que ocurren aquí y ahora, independientemente de mi voluntad. Pero el hecho de que su especificidad como objetos se construya en términos de ‘fenómenos naturales’ o de ‘expresión de la ira de Dios’ depende de la estructuración de un campo discursivo” (Laclau y Mouffe, 2011:146).

⁶¹ Del mismo modo, Butler afirma lo siguiente:

“yo creo que discursos, en verdad, habitan cuerpos. Ellos se acomodan en cuerpos; los cuerpos, de hecho, cargan discursos como parte de su propia sangre. Y nadie puede sobrevivir sin, de alguna forma, ser cargado por el discurso. Entonces, no quiero afirmar que haya una construcción discursiva por un lado y un cuerpo vivido por el otro” (Butler, 2009:7).

constituidos a su vez, por una dinámica de poder exitosa, como una ontología material que se da por descontada. En efecto, la materialidad y los marcos interpretativos están profundamente imbricados y de allí que la materia de los cuerpos designa cierto efecto de una dinámica de poder o, más exactamente, es el poder en sus efectos formativos o constitutivos (Butler, 2002: 14 -19,64 y 2006:2).

Para Butler, nunca puede haber referencia a un *cuerpo en estado puro*, o en los términos que Preciado anuncia, un *cuerpo fuera de escena* porque toda referencia al cuerpo y su materia es ya la referencia a esquemas interpretativos (bajo cierta dinámica de poder) y su construcción lingüística. El exterior está constituido no por un afuera extradiscursivo: “los actores (y los cuerpos) siempre están ya en el escenario”, señala Butler (1988:308 el paréntesis es nuestro), inclusive en aquellas performances fuera del escenario que potencialmente pasan por naturales. No obstante estas distinciones, Butler mantiene un referente “cuerpo”(en tanto significado por el lenguaje) o en términos negativos todo cuerpo/materia no significado resulta inaccesible. La posición butleriana evita caer en una alternativa dualista (*more* kantiano) sin negar ni afirmar que haya algo más allá de las palabras pero que, en todo caso, si “hay” cuerpo (si es posible postularlo), en su materialidad ya es definido en términos lingüísticos. Recordemos que Butler no deja de inscribirse en el legado kantiano, conforme fue interpretado por Derrida. Es decir, el referente lingüístico nunca puede aprender (de modo acabado) su objeto, de allí que la noción de lo abyecto como exterior constitutivo⁶² sea problemática: ¿Cómo es posible que existe un exterior -abyecto- a las normas de inteligibilidad? ¿Cuál sería entonces la condición de ese “hay un exterior constitutivo”? En respuesta a ello, Butler responde:

El “hay” apunta en dirección a un referente que no consigue capturar, porque el referente no está completamente construido en el lenguaje, no es lo mismo que el efecto lingüístico. No existe un acceso a él fuera del efecto lingüístico, pero el efecto lingüístico no es lo mismo que el referente que no consigue capturar. Es eso lo que permite que existan varias maneras de referirse a algo, y ninguna de las cuales puede alegar ser aquella a la que la referencia es hecha. (Butler, 2009:4).

En efecto, el análisis butleriano rechaza entonces la distinción entre prácticas discursivas y no discursivas y afirma que toda diferencia entre los que usualmente se denomina

⁶² Véase la noción de abyección como *exterior constitutivo*, según hemos desarrollado Cap. 2, Sec.2.9, pp.28.

aspectos lingüísticos y materiales (físicos, biotecnológicos y prostéticos) de una práctica social, o bien son distinciones incorrectas, o bien deben tener lugar como diferenciaciones internas a la producción social de sentido, que se estructuran bajo la forma de totalidades discursivas. En resumen, lo que se niega no es la existencia, externa al pensamiento, de dichos cuerpos, sino la afirmación de que ellos puedan constituirse como objetos al margen de toda condición discursiva. Y vale la insistencia, el discurso construye la materialidad de los cuerpos pero esto no significa que los origina o los causa. Si hay un cuerpo este es ya designado por las palabras, pero no en su totalidad, puesto que existen varias maneras de referirse que no consiguen capturar su referencialidad. Así como ninguna materialidad es accesible sin mediación del discurso, tampoco el discurso consigue captar la totalidad de aquella materialidad. El cuerpo es un referente evasivo (según esta lógica kantiana-derrideana) pero esto no significa que sea apenas un objeto construido/construible. Butler indica con este referente evasivo o este exterior constitutivo que hay un límite en la constructividad, un lugar donde la construcción necesariamente encuentra ese límite.

La materialidad es indisociable de las normas culturales o esquemas interpretativos y además ésta indica el efecto disimulado y sedimentado de una reiteración regulada del poder. El discurso por su parte, designa el sitio en el cual se instala el poder como formativo y regulador de las cosas, históricamente contingente, dentro de un campo epistémico dado. De modo que, “la materialidad sólo aparece cuando se borra, se oculta, se cubre su condición de cosa constituida contingentemente a través del discurso” (Butler, 2002:64-65). Vale aclarar, la práctica de articulación discursiva tampoco puede consistir en meros fenómenos lingüísticos, sino que deben atravesar todo el espesor material de instituciones, rituales, prácticas de diverso orden, a través de las cuales una formación discursiva se estructura. En razón del reconocimiento de esta dimensión material, Butler reintroduce a Althusser (en *Cuerpos que importan* y en escritos posteriores como *The Psychic Life of Power. Theories of Subjection* y *Excitable Speech. A politics of the Performative*), respecto del carácter material de las ideologías, en tanto que éstas no son simples sistemas de ideas (fenómenos lingüísticos o actos de habla flotando en el éter

discursivo), sino que se encarnan en instituciones, rituales, etc. Éste es, precisamente, el *carácter material de toda estructura discursiva*; suponer lo contrario es aceptar la dicotomía clásica entre un campo objetivo constituido al margen de toda intervención discursiva y un “discurso” consistente en la pura expresión del pensamiento.

Finalmente, vale recordar la crítica butleriana respecto del núcleo de género y el yo-generizado como fundamento psicológico de las distintas expresiones de género (Cap.1, Sec.1.7). En este sentido, el materialismo butleriano se asienta sobre el carácter performativo del género en cuanto práctica dramática, reiterativa, regulada y sujeta a la posibilidad de recontextualizaciones y citas desplazadas. La categoría «género» no alude a una identidad o núcleo estable (posesión del sujeto) de la que emanan diversos actos, sino por contrario se trata de una identidad edificada a través de la *repetición estilizada de actos* que son internamente discontinuos pero que no obstante consolidan (retrospectivamente) la impresión de estabilidad en el ser un hombre o ser una mujer. No hay nada velado o negativo sobre la materialidad del cuerpo en Butler; ésta está expresada en actos reiterativos, en la superficie visible y dramática que constituye los cuerpos.

Amo los detalles, odio generalidades

LFC, Fabulosos Calavera

3. Existen buenas razones para creer que el *diferendo* Preciado-Butler se fundamenta alrededor de la *cuestión de la (bio)tecnología*, o para ser más precisos, de las tecnologías de género y los procesos de incorporación prostéticos que constituyen a los cuerpos sexuados en el *cambio de escala* que constituye la era posmoneysta o farmacopornográfica. Es en este movimiento, del plano de la biotecnología al plano molecular -propio de la era posmoneysta-, donde opera la crítica más decisiva hacia un concepto de materialidad sexuada como incorporación prostética. Respecto de este movimiento que inscribe un plano sobre el otro (la tecnología en el cambio de escala), veremos en lo que sigue, como este *diferendo* crítico no se opone a la teoría performativa

de Butler sino que la complementa y por ello afecta, solo de modo parcial, la caja de herramientas butleriana.

Al reformular la periodización foucaultiana de la historia de la sexualidad, proponiendo al *posmoneyismo* como tercera episteme, Preciado despliega una deconstrucción *fármaco-pornográfica* de la *ontología de nuestro presente*. La episteme farmacopornográfica hunde sus raíces en la biopolítica y la “sociedad disciplinaria” foucaultiana pero no obstante señala una *matriz específica de subjetivación*: un presente caracterizado por sujetos humanos que se relacionan consigo mismo en cuanto “individuos somáticos”, la indistinción absoluta entre los órdenes del órgano, el artificio, la prótesis y la naturaleza y, finalmente, por la tensión entre la diferencia sexual como ideal regulativo y la maleabilidad de los cuerpos. Este otro suelo epistémico puede resumirse en al menos dos aspectos centrales, de un lado el *cambio de escala en la administración política del ser vivo a nivel molecular* y de otro, la emergencia de subjetividades toxicopornográficas. El funcionamiento continuo de esta matriz de subjetividad y configuración corporal politóxica, desde los años cincuenta -en el contexto de la posguerra, la teleinformática, la microbiología celular- hasta nuestros días, nos ha constituido a todos como tecnosujetos. Así, *la vida humana se entiende en el nivel molecular*; es en ese nivel que es posible anatomizar los procesos vitales, contemplar, y a veces lograr la miniaturización o micromanipulación de muchas capacidades del cuerpo mediante procesos de intervención. Estas subjetividades toxicopornográficas se definen por las sustancias que dominan sus metabolismos, por las prótesis a través de las que adquieren agencia y además, por los modos en que los sujetos humanos se relacionan consigo mismo en cuanto “individuos somáticos” (Rose, 2012:27-29).

Respecto de Butler, Preciado comparte los postulados constructivos de la teoría performativa del género y asimismo la inspiración teatral de la misma (de allí la genealogía estética política del *camp* y la performance en el activismo feminista)⁶³. Pero su pensamiento diverge del de Butler, en tanto que esta última trata de explicitar y analizar

⁶³ Véase Cap.3, sec.3.11, pp.107-108.

las matrices de corporización, la matriz iterativa de subjetivación y las normas culturales de interpretación de los cuerpos sexuales. Butler propone concebir al género como una matriz iterativa de subjetivación⁶⁴ cuyo producto central es la misma diferencia sexual, su materialización como cuerpo sexuado, su materialización como *naturaleza*. Dicha matriz de subjetivación y configuración corporal no recurre a la especificidad que Preciado reclama. Sin embargo, en este contexto, tampoco se excluye la posibilidad de ampliar y especificar dicha matriz:

¿Cuáles son las fuerzas que hacen que los cuerpos se materialicen como “sexuados”, y cómo debemos entender la “materia del sexo” y, de manera más general, la de los cuerpos, como la circunscripción repetida y violenta de la inteligibilidad cultural? (Butler, 2002:14)

En este punto Preciado realiza un aporte (tan específico como decisivo) a lo que Butler denomina “consideración escenográfica y topográfica de la construcción del sexo” (Butler, 2002:55). No solo porque Preciado sitúa el marco de inteligibilidad corporal en una genealogía histórica precisa (entre la segunda revolución industrial y la posguerra) sino porque además señala el deslizamiento del orden de la corporalidad al de la carne⁶⁵. Es

⁶⁴ Vale recordar, en Cap. 2, sec. 2.3, Butler define la constitución discursiva de la matriz heterosexual que vincula el género como producto del sexo y el deseo del género en un *continuum* coherente; lo cual supone que para que los cuerpos sean coherentes y tengan sentido debe haber un *sexo estable* expresado mediante un *género estable* (masculino se expresa como varón, femenino se expresa como hembra). Dicha matriz de inteligibilidad heterosexual presupone la existencia de un *núcleo de género*, de hombre y mujer, que no es más que la construcción de una interioridad psicológica en la que residiría la “verdad” del género.

⁶⁵ En este mismo sentido M. Cabral distingue entre dos perspectivas:

“Por un lado, las ‘mujeres’ que el feminismo había reconocido y reconocía como su sujeto privilegiado debían repensarse -como sujetos constituidos a través del funcionamiento de una continua matriz de generización, sujetos suturados en su sexo a través de una operación generizadora que organizaba, discursiva y normativamente, la carne en cuerpo. Por lo tanto era imprescindible reconocer que el feminismo, al hablar de mujeres, y desde un principio, no había hecho otra cosa sino hablar de *transgéneros*. Y por otro lado, un tercer grupo crítico apuntó, sin embargo, a la radicalización del propio marco butleriano. No se trataba, en este caso, de reintroducir la diferencia sexual como fundamento ineludible de cualquier modo *generizado* de la existencia, sino de poner en cuestión el funcionamiento discursivista del género como matriz en el edificio teórico butleriano. A las *tecnologías de género* de Butler les faltaba, sencillamente, carne. Desde la perspectiva sostenida, por ejemplo, por Donna Haraway, Karen

decir, lo que interesa a Preciado es, en un nivel microfísico y una escala molecular, detallar cuáles son los elementos, sustancias, fluidos, hormonas, prótesis y juguetes sexuales que intervienen en las performances como actos corporales. Esa es la hechura de la carne (en su más íntimo detalle). De acuerdo a Preciado, tanto la capacidad transitiva inherente al género (el «llegar a ser») como los actos performativos son tecnologías sociales precisas:

Porque si fuera cierto que *no se nace mujer, sino que se llega a serlo*, y si fuera cierto también que es posible devenir mujer sin haber nacido hembra, la cuña butleriana no lograría incluir adecuadamente los modos materiales y específicos de ese devenir, el sitio donde la carne activamente impone su propia lengua y su propia ley (Cabral, 2007:4)

¿Y en qué consisten estas tecnologías precisas? Ese es el interrogante que Preciado instala sobre la teoría performativa del género.

Partiendo de esta base, el hilo conductor del análisis de Preciado lo constituye el concepto de tecnologías de género y prótesis incorporada, igualmente influenciada por la

Barad y, una vez más, por Beatriz Preciado, entre otras, la discusión en torno al género como *tecnología de subjetivación y corporización* adolecía de un problema central: la postulación de un sujeto constituido en los límites no problematizados de lo humano. Las mujeres que el feminismo había reconocido y reconocía como sus sujetos privilegiados debían pensarse como sujetos constituidos a través del funcionamiento de una *matriz continua de corporización e hibridación*, de la cual el cuerpo sexuado emergía como el resultado de operaciones semiótico-materiales, allí donde la carne significaba posibilidad y límite: costura encarnada. Por lo tanto era necesario reconocer que este otro feminismo, al hablar de mujeres, y desde un principio, no había hecho otra cosa sino hablar de *transexuales y cyborgs*” (Cabral, 2007:3-5).

Nuevamente, en nuestro contexto geopolítico y en una operación que intenta forzar la situacionalidad de los saberes, bien podríamos ubicar estas dos posiciones que Cabral sostiene alrededor de la Ley de identidad de género de nuestro país. Dicha ley mantiene un registro unificado sobre dos niveles de reconocimiento. Por un lado, el reconocimiento efectivo de las identidades de género (a través de la rectificación de documentos legales y la enmienda de las partidas de nacimiento), es decir una matriz de generización que reconoce en este nivel a transgéneros. De otro lado, la ley de identidad de género se refiere a las biomodificaciones corporales necesarias para garantizar el derecho a la identidad (a través del acceso al sistema público de salud el cual debería garantizar las eventuales cirugías de reasignación sexual, los respectivos tratamientos hormonales e implantes necesarios), en otros términos, dicha matriz de corporización e hibridación reconoce en este nivel a potenciales transexuales.

obra de lxs teóricxs Donna Haraway, Karen Barad y Bruno Latour e inspirada por el análisis biopolítico de Foucault y la noción de tecnología de género de Teresa de Lauretis. Otra vez, el marco conceptual de Butler no se opone *tout court* con la ontología pos(cyborg) de cuerpos híbridos de Preciado. Más bien, la pretensión de generalidad conceptual de la teoría de la performance puede contener la específica mirada epistemosexual desplegada por Preciado. Una perspectiva materialista similar puede encontrarse en Butler y Preciado respecto de la diferencia sexual y la tecnología reproductiva. En una entrevista posterior a la publicación de *Cuerpos que importan*, Butler enfatiza:

No estoy de acuerdo con esta visión totalizadora de la tecnología que no reconoce las formas por las cuales la tecnología siempre está presente en nuestras relaciones sexuales; de hecho, no estoy segura de que puedan darse relaciones sexuales sin lo que llamo techné, la asistencia de lo no-humano (Butler, 2007:4).

A partir de delineado en el Cap. 3, Preciado rechaza esta misma visión totalizadora de la tecnología porque hace del cuerpo de la mujer una naturaleza dada que la tecnología (masculina y patriarcal) vendría a modificar. Esta postura renaturaliza el cuerpo porque mantiene una postura tecnofóbica, “en lugar de pensar la tecnología como la producción misma de la naturaleza”. (Preciado 2002:123). En idéntica sintonía Butler afirma: “me temo que gran parte de la resistencia feminista a las tecnologías de la reproducción se basa también en un naturalismo de la reproducción heterosexual” (Butler, 2007:4).

En este sentido Preciado (2002:118) sostiene que el término tecnología remite etimológicamente a *techné* (oficio y arte de fabricar) contrariamente al orden de la *pshysis* (naturaleza física), lo que pone en marcha una serie de oposiciones binarias y presupuestos modernos-metafísicos que serán falazmente atribuidos a Butler: el cuerpo vivo (como naturaleza) y la máquina inanimada (como tecnología artificial), el órgano y la máquina, lo primitivo y lo moderno, la *res cogitans* y la *res extensa*, etc. Por cierto, resulta una tarea sumamente compleja rastrear una posición tecnofóbica en la teoría de Butler que mantenga dichas oposiciones binarias o los pares opuestos naturaleza/cultura. En este punto es posible que la atribución (de Preciado a Butler) responda más a la crítica precedente, entre la insistencia por las performances de género sobre el carácter

igualmente performativo del sexo (Cap.2, Sec.2.8-2.9) y por ello, la oposición implícita entre cultura y naturaleza, y por extensión entre tecnología y naturaleza.

Aparentemente, no podría esperarse una mayor cercanía conceptual en ambas cajas de herramientas ya que comparten una misma postura tecnofílica respecto del cuerpo sexuado. Observemos más de cerca. Preciado entiende que las tecnologías de subjetivación constituyen una verdadera *matriz continua de corporización e hibridación* (Cabral, 2007:3-5) que ponen en juego los límites problematizados de lo humano y cuestionan los límites de aquello que tiene de natural lo humano. La noción de tecnología que Preciado utiliza tematiza los modos específicos de esa matriz de corporización e ilustra además el sofisticado movimiento donde la tecnología se presenta a sí misma como naturaleza. Cada órgano tecnológico es un aparato de comunicación o un dispositivo que facilita una actividad particular y reinventa una nueva condición natural sin la cual nos hallamos incapacitados. Desde el teléfono, la televisión, el cine, la arquitectura, los automóviles, trenes o subterráneos, para Preciado, son todas prótesis simples o complejas sobre las cuales otras prótesis de la sensibilidad pueden conectarse, esto es, el oído al teléfono, el ojo y el oído a la televisión y al cine, los anteojos al ojo, la máquina de escribir a la escritura, etc).

Finalmente, respecto de Butler, es preciso reconocer que ésta entiende a las tecnologías de género como una matriz de hibridación entre elementos humanos y no-humanos o no-naturales (punto que comparte con Preciado). Pero Butler, a diferencia de Preciado, propone una *matriz iterativa de subjetivación* (que denomina matriz de inteligibilidad heterosexual) cuyo producto central es la misma diferencia sexual, su organización normativa como cuerpo sexuado, su operatoria generizante de la carne en cuerpo, su materialización como *naturaleza*. La matriz funciona en la formación de los sujetos (en su identificación) al establecer un límite a la humanidad (un repudio) sin el cual el sujeto no puede emerger, esto es el límite mismo de la inteligibilidad como su “exterior constitutivo”. En principio, lo excluido de la significación está inmanentemente producido por y en el proceso de significación heterosexual. Ello implica que, de ese ámbito de lo lingüístico, se deriva tanto lo inteligible y deseable como lo ininteligible e indeseable y por

ello permite que ciertos tipos de prácticas y acciones sean humanamente reconocibles como tales, imponiendo una red de legibilidad sobre lo social y definiendo, de este modo, los parámetros de aparición dentro de la esfera de lo social (lo deshumanizado, lo inteligible y lo abyecto).

4. Lejos de prescribir recetas políticas y programas mesiánicos de emancipación social, Butler tampoco se ocupa de señalar (solamente y de modo exclusivo) el carácter construido del género. En varios de sus escritos podemos delimitar un campo de intervención ético-ontológico alrededor de diversas temáticas: la articulación de políticas de coalición y de desontologización del movimiento feminista, una articulación identitaria desde el esencialismo estratégico o en escritos recientes, una apuesta por un frente común de izquierda desde la base común de la precarización-precaridad, entre otras posibilidades. En efecto, la posibilidad de intervenir sobre el carácter construido del género son muchas y variadas según el texto de Butler al que nos limitemos. En consecuencia, ¿cuál es la intervención que Preciado concibe como ausente o faltante en la obra de Butler?.

Por el contrario, en la obra de Preciado es notable cómo la materialidad del cuerpo sexuado, tanto el carácter construido de este como la capacidad de intervenir sobre su construcción, están signados por el esteticismo-político, el espíritu artístico de vanguardia y el carácter igualmente jerarquizante del ejercicio museístico:

El museo, más que la universidad, ha sido para mí el lugar idóneo en el que repensar las relaciones entre los lenguajes y las representaciones de la dominación sexual, de género y corporal y las políticas de resistencia a la normalización. El museo, como experimento de micro-esfera pública, es un lugar en el que inventar contra-ficciones políticas y poner a prueba técnicas de subjetivación disidente. El artista y el crítico son “activistas culturales,” en la medida en la que práctica artística y la crítica son los lugares en los que se ponen a prueba y se experimentan nuevos aparatos de verificación y nuevas técnicas de subjetivación disidente (Preciado, 2013)

Llegados a este punto, bien podríamos mantener nuestras inquietudes alrededor del carácter material de la opción estética y lo mismo ocurre con la auto-experimentación

corporal que Preciado se encarga de proclamar. Sin lugar a dudas, esta visión sobre la representación estética entiende que ésta funciona como mecanismo de producción política y de efectos performativos, campo de experimentación paradigmático en la era farmacopornográfica:

El arte y el activismo se parecen a las ciencias de laboratorio. Tienen el poder de crear (y no simplemente de describir, descubrir o representar) artefactos. El arte, la filosofía o la literatura pueden funcionar como contra-laboratorios virtuales de producción de realidad (Preciado, 2008:33).

Otro tanto ocurre, respecto de la (im)posibilidad de articulación política desde la micro-escala molecular, que mantiene el *self designed* tanto de Agnes como de la misma Preciado (en aquel experimento de autoficción o protocolo de intoxicación voluntaria desarrollado en *Testo Yonqui*), frente a una política de intervención colectiva sobre la construcción de los cuerpos sexuados. Desde el punto de vista de Agamben (2013), la agencia micropolítica que Preciado delinea en su obra (amalgamada con el cambio de escala epistemosexual), marca el ascendente proceso de despolitización de lo público. Esto ocurre porque en el actual paradigma de seguridad la entidad biológica -molecular- (o “ciudadanías biológicas” según N. Rose, 2012:27-29) prevalece sobre la identidad política compartida:

Si mi identidad está determinada ahora por características biológicas, que en forma alguna dependen de mi voluntad y sobre las cuales no tengo ningún control, entonces la construcción de una identidad política y ética se vuelve problemática tanto como el espacio político y ético pierde su sentido y exige repensarse nuevamente (Agamben, 2013).

En estas condiciones, en el planteo de Preciado no hay posibilidad de una identidad colectiva que no sea un conglomerado de individualidades somáticas, no hay espacio público posible siempre y cuando la identidad social se reduce a la identidad corporal o somática. Inclusive más, en *Testo Yonqui* (2008) Preciado construye un pensamiento sobre la comunidad, una verdadera “comunidad de autor” y por ello, una narrativa que define el nosotros hecha a su medida, cuyo sujeto paradigmático es ellx misma (o deberíamos decir, el encargado de realizar efectivamente el ensayo corporal, el protocolo de intoxicación voluntaria o el manual de bioterrorismo de género). Esta narrativa de las

“comunidades de autor” definen “estructuras identificatorias de algún ser (en) común, con representantes susceptibles de encarnar emblemáticamente la figura de todxs o, en todo caso, hacen comprensivas todas las existencias del universo de esa comunidad elevada a la generalidad -*todxs somos trans*-“ (Radi, 2013:3). En rigor, según vimos en Cap. 2 y Cap. 3, Sec. 2.7 y 3.12, esta operación semántica desplaza la carga argumentativa bajo la generalización de un sujeto paradigmático (ficción somática colectiva) y opera analíticamente como una “economía diferencial de colectivización y de objetivación colonialista” (Cabral, 2008:127). La “comunidad de autor” que Preciado construye, pone en funcionamiento el recurso a una “ficción retrospectiva” encarnada en un sujeto ausente -por principio-, el mismo que ha de servir de “hipótesis programática” y que ha de circular como axioma, premisa y “voz muerta” por su teoría⁶⁶. Vale aclarar, en *Biopolíticas del género* (2009) es Agnés trans quien encarna este objeto colonizado y voz muerta, y en *Testo Yonqui* (2008) dicho recurso se vale de la resemantización del término trans cuyo empleo estratégico supone un “borramiento de todo activismo (y toda posibilidad de agenda y genealogía política Trans) y en efecto, hace de esta “comunidad de autor” un espacio libre de personas trans -en consecuencia, funda una comunidad cissexual a su medida-“ (Radi, 2013:1-3).

No obstante, debemos reconocer que toda capacidad de agencia micropolítica se dirime, de acuerdo a Preciado, no en la construcción de un espacio público ni mucho menos en la preocupación por su posible erosión significativa sino en la potencialidad subversiva de cada ciudadanx farmacoterrorista y bioterrorista en potencia o, en su defecto, en la amplitud de las *multitudes queer* (Preciado, 2005b).

⁶⁶ En este mismo sentido, afirma Radi (2013:7): “Creo que la contradicción que implica llamar a la colectivización a fuerza de borrarla, es coherente con las líneas del feminismo y la teoría queer que encuentran en las personas trans un medio perfecto para un fin extraño. Es decir, las urgencias, las prioridades y la agenda en torno a las cuales se organizan las personas trans, juegan un papel central en la justificación de la introducción de estas comunidades y sus problemáticas, pero son estratégicamente subordinadas a otros objetivos en el desarrollo de los textos. En este caso, la transexualidad será la dinamita con la que Preciado intenta volar por los aires la hegemonía sexual”.

5. BIBLIOGRAFÍA

- AGAMBEN, GIORGIO (1989) *Idea de la prosa*. Barcelona: Península.

_____ (2011). *Desnudez*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo.

_____ (2013) *Por una teoría del poder destituyente*. Ponencia leída en el Instituto Nicos Poulantzas / Juventud SYRIZA, Atenas, Grecia. Trad. Castellana:

<http://anarqui coronada.blogspot.com.ar/2014/02/por-una-teoria-del-poder-destituyente.html>
(Revisado 27-3-14)

- AMAYA, MAYTE (2009). *Nuestra identidad trasciende el cuerpo*. Publicación del colectivo Mufas, las históricas y lxs otrxs. Versión on line:

<http://histeriqasmufasyotras.blogspot.com.ar/2009/10/publicacion-inconveniente-aportes-hmyo.html> (consultado 17-10-13)

- AUSTIN, J.L. (1989) "Emisiones realizativas". En *Ensayos filosóficos*. Madrid: Alianza

_____ (1998) *Hacer cosas con las palabras*. Palabras y acciones. Barcelona: Paidós

AAVV (2003) *Sexualidades migrantes. Género y transgénero*. MAFFIA, DIANA (comp.). Incluye artículo de Lohana Berkins (2003) "Un itinerario político del travestismo" Buenos Aires: Librería de mujeres editora.

-BENHABIB, SEYLA (2006). "El feminismo y la cuestión del posmodernismo" en *El ser y el otro en la ética contemporánea. Feminismo, comunitarismo y posmodernismo*. Barcelona: Gedisa.

-BURGOS, ELVIRA (2008). *Qué cuenta como una vida. La pregunta por la libertad en Judith Butler*. Antonio Machado: Madrid.

-BUTLER JUDITH(1986a). «Sex and Gender in Simone de Beauvoir's *Second Sex*», *Yale French Studies, Simone de Beauvoir: Witness to a Century*, nº 72, pp. 35-49. Traducción castellana: "Sexo y género en "El segundo sexo" de Simone de Beauvoir", *Caja Muda* revista, Nº7, 2014. Trad. Josefina Alippi.

_____ (1986b), «Variations on Sex and Gender: Beauvoir, Wittig, Foucault», *Praxis International* 5 (4), January, pp 505-516. Pero la edición más citada es la contenida en Seyla

Benhabib and Drucilla Cornell (eds.), *Feminism as Critique: Essays on the Politics of Gender in Late-Capitalist Societies*, Cambridge, Polity Press, 1987, pp. 129-142. También está publicado en Sara Salih with Judith Butler (eds.), *The Judith Butler Reader*, Oxford, Blackwell Publishing, 2004, pp.21-38. Hay traducción al castellano en Seyla Benhabib and Drucilla Cornell. *Teoría feminista y teoría crítica*. Valencia, Ediciones Alfons el Magnánim, 1990, pp.193-211 ; y en Marta Lamas (comp.), "Variaciones sobre sexo y género. Beauvoir, Wittig y Foucault", *El género; La construcción cultural de la diferencia sexual*, México, Grupo Editorial Miguel Ángel Porrúa- P.U.E.G., 1996, pp. 303-326. (será esta edición la que citaremos en nuestro trabajo).

_____ (1987) *Subjects of Desire. Hegelian Reflections in Twentieth-Century France*. New York: Columbia University Press.

_____ (1988) «Performative Acts and Gender Constitution: An Essay in Phenomenology and Feminist Theory», *Theatre Journal* 40, pp. 519-531. Además en Sue-Ellen Case (ed.), *Performing Feminism: Feminist Critical Theory and Theatre*, Baltimore, J.Hopkins University Press, 1990. También en Katie Conboy, Nadia Medina and Sarah Stanbury (eds.), *Writing on the Body: Female Embodiment and Feminist Theory*, New York, Columbia University Press, 1997, pp- 401-417. Traducción castellana: "Actos performativos y constitución del género: un ensayo sobre fenomenología y teoría feminista", *Debate Feminista*, nº 18, 1998, pp. 296-314, Trad. Marie Lourtie. (será esta edición la que citaremos en nuestro trabajo).

_____ (1989a), «Gendering the Body: Beauvoir's Philosophical Contribution», en Ann Garry and Marilyn Pearsall (eds.), *Women, Knowledge and Reality: Exploration in Feminist Philosophy*, Boston, Unwin Hyman, pp. 253-262.

_____ (1989b) «Sexual Ideology and Phenomenological Description. A Feminist Critique of Merleau-Ponty's Phenomenology of Perception», en Jeffner Allen, and Iris Marion Young (eds.), *The Thinking Muse: Feminism and Modern French Philosophy*, Bloomington and Indianapolis, Indiana University Press, 1989, pp. 85-100. Traducción castellana: "Ideología sexual y descripción fenomenológica. Una crítica feminista a Fenomenología de la percepción de Merleau-Ponty", *Caja Muda* revista, N°5, 2013. Trad. Sergio A. Iturbe (será esta edición la que citaremos en nuestro trabajo)

_____ (1989c) «Conflicto de género, teoría feminista y discurso psicoanalítico». En *Pensar (en) género. Teoría y práctica para nuevas cartografías del cuerpo* (2004). (Carmen Millán de Benavides, Ángela María Estrada Mada Edits). Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.

_____ (1989d) «Imitation and Gender Insubordination» en *The Lesbian and Gay Studies Reader* (Paperback) (Henry Abelove, Michele Aina Barale y David M. Halperin edit). New York: Routledge. Traducción castellana: "Imitación e insubordinación de género". En AA.VV. *Grafías de Eros. Historia, género e identidades sexuales*. Buenos Aires: Edelp.

_____ (1990) *Gender Trouble. Feminism and the Subversion of Identity*. New York and London: Routledge. Traducción castellana: "El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad". Paidós: Barcelona (2007). En el texto nos referimos a esta edición excepto cuando se cita el prólogo de la segunda edición de 1999 y tercera edición de 2006.

_____ (1992) «Contingent foundations: Feminism and the cuestión of 'postmodernism'», En Judith Butler y J.W. Scott (comp.), *Feminists Theorize the Political*. New York y London: Routledge, pp.3-21.

_____ (1993) *Bodies that Matter: On the Discursive Limits of 'Sex'*. New York and London: Routledge. Traducción castellana: "Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del "sexo"". Buenos Aires: Paidós (2002).

_____ (2004). *Undoing Gender*. NY: Rotledge. Traducción castellana: "Deshacer el género" (2006). Barcelona: Paidós. (será esta edición la que citaremos en nuestro trabajo)

_____ (2011) *What does it mean that gender is performative?*. Entrevista por Max Miller en Big Think, 13 de Enero de 2011. Hay versión on línea: <http://bigthink.com/videos/your-behavior-creates-your-gender> (revisado 3/10/13)

-CABRAL, MAURO (2007) "Hibridaciones. De la diferencia sexual a las prótesis sexuadas" en Brunsteins, P. y Testa, A. (eds.) *Conocimiento, normatividad y acción* (Córdoba FFyH-UNC).

_____ (2008). "Salvar las distancias –Apuntes acerca de «Biopolíticas del Género»". Aparecido en AAVV (2009), *Biopolítica*. Buenos Aires: Ají de pollo.

- CANSECO, ALBERTO (2011). *Identidad y Política en Judith Butler: Un ensayo de traducción de su propuesta política post-identitaria*. Trabajo final de licenciatura en filosofía. UCC (no publicado).

- COLL PLANS, GERARD (2011) *La colonización de la experiencia trans*. INTERVENCIÓN EN LAS JORNADAS “CRÍTICA A LA RAÓ SEXOLÒGICA. ETNOGRAFIES ENTORNELS COSSOS, ELS GÈNERES I LES SEXUALITATS” Barcelona: 3 DE NOVIEMBRE DE 2011. (no publicado)
- CORBIN, A. COURTINE, J.J., VIGARELLO,G. (2006) *Historia del cuerpo. Volumen 3: las mutaciones de la mirada. El siglo XX*. Madrid: Taurus.
- COSTERA, M. IRENE AND PRINS, BAUKJE (1998) “How Bodies Come to Matter: An Interview with Judith Butler”. *Signs*, Vol. 23, No. 2 (Winter, 1998), pp. 275-286
Published by: The University of Chicago Press. Traducción castellana por Alberto E. F. Canseco: *Como los cuerpos llegan a ser materia una entrevista con Judith Butler*. (2009), versión en línea:
http://antroposmoderno.com/antro-articulo.php?id_articulo=1272 (revisado 28-3-14)
- DE BEAUVOIR, SIMONE (2009). *El segundo sexo*. Sudamericana: Buenos Aires.
- DELEUZE, GILLES (2005). “Postdata sobre las sociedades de control.” En *El lenguaje Libertario*, Christian Ferrer (Comp.),2005. Buenos Aires: Terramar.
- DELEUZE, G. Y GUTTARI, F. (2008) *Mil Mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Valencia: pre-textos.
- DERRIDA, JACQUES (1984) “Kafka: ante la ley”. En: *Derrida, Jacques. Filosofía como institución*. Barcelona: Juan Granica
- _____ (1994) “Firma, acontecimiento, contexto”. En *Márgenes de la filosofía*. Madrid: cátedra.
- DICCIONARIO DE SEMIÓTICA, S. Albano, A. Levit y L. Rosenberg (2005). Buenos Aires: Quadratta.
- DUQUE, FÉLIX (2003) “De Cyborgs, superhombres y otras exageraciones” en *Arte, Cuerpo, tecnología* (Domingo Hernández Sánchez Edit.), Salamanca: Ed. Universidad
- DE LAURETTIS, TERESA (1990) «Queer Theory: Lesbian and Gay Sexualities. An Introduction» en *Differences. A Journal of Feminist Cultural Studies*, vol. 5, num. 2, verano, 1991. Traducción castellana: De Laurettis, Teresa (2010) «Teoría QUEER: sexualidades lesbianas y gay» en *Florilegios de deseos: Nuevos enfoques, estudios y escenarios de la disidencia sexual y genérica*, Mauricio List

Reyes y Alberto Teutle López (coords.),Méjico: B.UA de Puebla, 2010. (Será esta edición la que citaremos en nuestro trabajo).

-DEL ZOTTO, MARÍA EUGENIA (2010). *Los híbridos de Bruno Latour y el legado de Yerminator I y II*. Tesina de grado, Escuela de Comunicación Social, Facultad de Ciencias Políticas y Relaciones Internacionales, Universidad Nacional de Rosario.

-FEMINIAS, M.L. (2003) *Judith Butler: Introducción a su lectura*. Bs. As.: Catálogos.

_____ (2012) *Sobre sujeto y género: (Re) Lecturas feministas desde Beauvoir a Butler*. Rosario: Prohistoria.

-FOUCAULT, MICHEL (1985). «Poderes y Estrategias». En: *Un diálogo sobre el poder y otras conversaciones*. Alianza Ed., Madrid.

_____ (1990), *Tecnologías del yo*, Barcelona: Paidós 1990

_____ (2003). *Historia de la sexualidad 1: la voluntad del saber*, Bs. Aires: S. XXI.

_____ (2004), *La Arqueología del Saber*. Buenos Aires: Siglo XXI.

-GRÜNER, EDUARDO(1995).«Foucault: Una política de la interpretación». Prólogo en *Michael Foucault :Nietzsche, Freud, Marx*. Buenos Aires: El cielo por asalto.

-HAMON, PHILIPPE (1977). “Para un estatuto semiológico del personaje” en Barthes, Roland et al. *Poétique du récit*. Paris: Seuil. Traducción: Danuta Teresa Mozejko de Costa

-HARAWAY, DONNA (1985). Science, Technology and Socialist Feminism in the 1980s. *Socialist Review*, 80 (1985). Traducción castellana: *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza* (1995). Valencia: Cátedra.

_____ (1995) “prologue” en *The Cyborg Handbook* (Hables Gray, Chris et al eds.), New York: Routledge.

-HARDT, MICHAEL (2004) *Deleuze, Un aprendizaje filosófico por Michael Hardt*. Buenos Aires: Paidós.

-IRIGARAY, LUCE (1981). *Ese sexo que no es uno*. Madrid: Saltés.

-KAFKA, FRANZ (2010a) "Ante la ley". En: *Franz Kafka, Cuentos Completos*. Madrid: Valdemar. pp.222-225

_____ (2010b) "En la colonia penitenciaria". En: *Franz Kafka, Cuentos Completos*. Madrid: Valdemar. pp.225-265

-KIRBY, VICKI (2006) *Judith Butler: Pensamiento en acción*. Barcelona: ediciones Bellaterra.

-KRISTEVA, JULIA (1988) *Poderes de la perversión*. Méjico: S.XXI

-LACLAU, ERNESTO y MOUFFE, CHANTAL (2011). *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. Buenos Aires: FCE.

-LATOURETTE, BRUNO (2001). *La esperanza de Pandora. Ensayos sobre la realidad de los estudios de la ciencia*. Barcelona: Gedisa

-MATTIO, EDUARDO (2008a) "Identidades inestables. Performatividad y radicalismo queer en Judith Butler" en: Schickendantz, Carlos. (ed.). *Memoria, identidades inestables y erotismo. Textos sobre género y feminismos*. Córdoba: EDUCC.

_____ (2008b) *Entre narraciones performativas y tecnologías prostéticas. O cómo abordar la singularidad de los cuerpos*. (inédito). Artículo presentado en Jornadas de discusión sobre sexualidad y ciencias sociales del Grupo de Estudios sobre Sexualidades (GES), Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, U.B.A, 3 y 4 de diciembre de 2008.

-MARCHART, OLIVER (2009). *El pensamiento político posfundacional. La diferencia política en Nancy, Lefort, Badiou y Laclau*. Buenos Aires:Edit. F.C.E.

-MARQUEZ, HECTOR RAÚL (2012). *Más allá de lo mismo: una lectura butleriana de la cuestión de la otredad en el pensamiento de Luce Irigaray*. Tesis de grado de Licenciatura en Filosofía. FFyH, Escuela de filosofía, UNC.

-MERLEAU-PONTY, MAURICE (1945). *Phénoménologie de la perception*. Paris: Gallimard. Traducción castellana: "Fenomenología de la percepción". Buenos Aires: Planeta de Agostini, 1993. (será esta edición la que citaremos en nuestro trabajo)

-MORETTI, IANINA (2013) *Cuerpos vulnerables, cuerpos posibles . Una aproximación al análisis de la violencia normativa en la ontología social corporal de Judith Butler*. Trabajo Final de Licenciatura en Filosofía, Escuela de Filosofía, UNC. (no publicado)

-NEWTON, ESTHER (1972). *Mother Camp: Female Impersonator in América*. Chicago: The university of Chicago Press.

-NIETZSCHE, F. (1998). *La genealogía de la moral. Un escrito polémico*. Madrid: Alianza.

-OLSON, GARY A & WORSHAN, LYNN (2000). "Changing the subject". Entrevista con Judith Butler. En *Jac* 20:4 (2000), pp.731-65 y Salih, S, *The Judith Butler Reader* (2004). Australia: Blackwell. Traducción castellana: "Cambio de sujeto: la política de la resignificación radical de Judith Butler" (2009). Trad. CASALE, ROLANDO y CHIACCHIO, CECILIA en *Máscaras del deseo. Una lectura del deseo en Judith Butler*. Buenos Aires: Catálogos. (será esta edición la que citaremos en nuestro trabajo)

-ORTEGA, FRANCISCO (2010) *El cuerpo incierto. Corporeidad, tecnologías médicas y cultura contemporánea*. Madrid: Consejo superior de investigaciones científicas.

-PINTO DA ROCHA, ANABELA RIBEIRO (2012) *Outro Género de Corpos. O Materialismo Tecnológico Fisicalista de Beatriz Preciado*. Dissertação de Mestrado em Filosofia Contemporânea, Faculdade de Ciências Sociais e Humanas, Universidade nova de Lisboa, Portugal (no publicado).

-PRECIADO, BEATRIZ (2002). *Manifiesto contra-sexual*. Madrid: opera prima.

_____ (2003). RETÓRICAS DEL GÉNERO/ POLÍTICAS DE IDENTIDAD: performance, performatividad y prótesis. Seminario de la Universidad Internacional de Andalucía (UNIA), Resúmenes de las sesiones de trabajo y de las conferencias. Versión en línea disponible:

http://ayp.unia.es/index.php?option=com_content&task=view&id=425 (consultado 1-11-13)

_____ (2004) *Género y performance: 3 episodios de un cybermanga feminista queer trans...* Aparecido en *Zehar*: revista de Arteleku-ko aldizkaria, Número 54. Versión en línea disponible: <http://www.hartza.com/performance.pdf> (consultado 30-10-2013)

_____ (2005a). "Entrevista Beatriz Preciado Jesús Carrillo". En revista *Desacuerdos. Sobre arte, políticas y esfera pública en el Estado español. Cuaderno 2.*(Febrero de 2005) Co edición Barcelona-Gipuzkoa-Granada. Disponible on line: http://ayp.unia.es/index.php?option=com_content&task=view&id=146 (consultado 6/4/13)

_____ (2005b) El cuerpo digitalizado. Artículo publicado en La Vanguardia, versión en línea disponible:

http://salonkritik.net/04-06/archivo/2005/09/el_cuerpo_digit.php (revisado 27-3-14)

_____ (2005c) "MULTITUDES QUEER. NOTA PARA UNA POLÍTICA DE LOS "ANORMALES" en *Nombres: revista de filosofía*, año XV, N°19, Abril de 2005. Versión en línea disponible:

<http://www.revistas.unc.edu.ar/index.php/NOMBRES/article/view/2338/1275> (revisado 1-4-2014)

_____ (2006a) "Artivismo queer. "Ready-made" políticos" en La vanguardia (periódico) aparecido el día 6 de Septiembre de 2006. Versión en línea disponible:

<http://hemeroteca.lavanguardia.com/preview/2006/09/06/pagina-4/51194419/pdf.html>
(revisado 01-04-2014)

-PRECIADO, BEATRIZ & SOLEY-BELTRAN, PATRÍCIA (2006b) "Abrir posibilidades. Una conversación con Judith Butler". En *Lectora: revista de dones i textualitat*, Núm. 13 (2007), p. 217-239, ISSN 2030-9470. Hay versión on line disponible:

<http://www.raco.cat/index.php/Lectora/article/viewFile/205622/297983> (visitado 18-3-14)

_____ (2008). *Testo Yonqui*. Madrid: Espasa-Calpe.

_____ (2009) «Biopolítica del género» en AA.VV., *Conversaciones feministas. Biopolítica*. Buenos Aires:Ají de Pollo.

_____ (2013a). ¿La muerte de la clínica?. Conferencia dictada en programa Somateca del Museo Reina Sofía-Madrid, el día 9 de Marzo. La transcripción del material audiovisual es nuestra. Hay versión on line disponible: <http://www.museoreinasofia.es/programas-publicos/pensamiento-y-debate/la-muerte-de-la-clinica.html> (consultado 6/4/13)

_____ (2013b) CAROL RAMA FOR EVER. Artículo publicado en blog JEU DE PAUME (Mayo de 2013), versión on line disponible:

<http://lemagazine.jeudepaume.org/blogs/beatrizpreciado/2013/05/24/carol-rama-for-ever-12-es/>
(revisado 27-3-14)

-PRECIADO, BEATRIZ (2013c) GIRONCOLI CONTRA MONEY, O EL ARTE COMO APARATO DE VERIFICACIÓN DISIDENTE. Artículo publicado en blog JEU DE PAUME (Septiembre de 2013), versión on line disponible:

<http://lemagazine.jeudepaume.org/blogs/beatrizpreciado/2013/09/11/gironcoli-contra-money-o-el-arte-como-aparato-de-verificacion-disidente/> (revisado 27-3-14)

-QUIJANO, ANÍBAL (2000), "Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina" en *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas Latinoamericanas*. Edgardo Lander (comp.) Buenos Aires: CLACSO. (p. 246.)

-RADI, BLAS (2013). *Defundamentos y postfundaciones. Tecnologías de apropiación de subjetividades trans en la obra de Beatriz Preciado. Escrito presentado en AFRA 2013, CABA* (no publicado).

-ROMANUTTI, GARCIA HERNAN (2011) *Historia, interpretación y performatividad. Discurso y contexto en el pensamiento de Michel Foucault y Jacques Derrida*. Trabajo Final de Licenciatura en Filosofía, , Escuela de Filosofía, UNC. (no publicada)

-SARTRE, JEAN PAUL (1943) *L'être et le néant: Essai d'ontologie phénoménologique*. Galimard: Paris. Traducción castellana: *El ser y la nada*. Losada: Barcelona. (2004). (será esta edición la que citaremos en nuestro trabajo)

-SERRANO, JULIA (2009) "Repensar el sexismo: cómo cuestionan al feminismo las mujeres trans". En Cabral, Mauro (comp.). *Construyéndonos. Cuadernos de lecturas para feminismos trans, I*. Mulabi, Espacio Latinoamericano de sexualidades y derechos.

-SCAVINO, DARDO (2009). *El señor, el amante y el poeta. Notas sobre la perennidad de la metafísica*. Buenos Aires: Eterna Cadencia.

-SIBILA, PAULA (2010a). *El hombre postorgánico. Cuerpo, subjetividad y tecnologías digitales*. Buenos Aires: FCE.

-SIBILA, PAULA (2010b) "¿Cómo ser un cuerpo contemporáneo?. Autoestima, bienestar, creatividad, alto desempeño y buena forma". En *Cuadernos del Inadi*, Número 2, Agosto de 2010. Hay versión en línea disponible: <http://cuadernos.inadi.gob.ar/numero-02/paula-sibilia-como-ser-un-cuerpo-contemporaneo/> (revisado 01-04-2014)

-SONTAG, S (2008). *Contra la interpretación y otros ensayos*. Incluye, "Notas sobre lo *camp*". Buenos Aires: Sudamericana.

-SPIVAK, GAYATRI. (1987) *In Other Worlds. Essays in Cultural Politics*, New York: Methuen.

- TURNER, W. VICTOR (1974) *Dramas, Fields, and Metaphors*, New York Ithaca: Cornell University Press.

-YOUNG, MARION IRIS (2000) *La justicia y la política de la diferencia*. Madrid: Cátedra.

-WITTIG, MONIQUE (1981), «One is Not Born a Woman», *Feminist Issues*, Vol.1, N°2. También aparecido en la recopilación de los textos más representativos de la segunda ola del feminismo: Nicholson, Linda (1997) ed., *The Second Wave. A reader in Feminist Theory*, New York-London: Routledge. Este trabajo de Wittig fue en principio presentado en la conferencia *Simone de Beauvoir* que tuvo lugar en Nueva York en 1979. Traducción castellana: «No se nace mujer», en Monique Wittig (2006), *El pensamiento heterosexual y otros ensayos*. Madrid: Egales. Incluye asimismo el texto «El pensamiento heterosexual» publicado en 1980. Traducción de Javier Sáez y Paco Vidarte. (Será esta edición la que citaremos en nuestro trabajo).

